

IA D  
AM  
7  
10

IDAD AUTONOMA DE MURCIA  
CCIÓN DE B

resuwrreccróm de

locik holmes

70

more

PR4622

R4  
S6

1541



1020023331



AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

LA RESURRECCIÓN  
DE  
**SHERLOCK HOLMES**

POR  
ARTURO CONAN-DOYLE



ACERVO DE LITERATURA

115376

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Traducción de José Francés.  
LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

Mesonero Romanos, 42  
MADRID  
1908

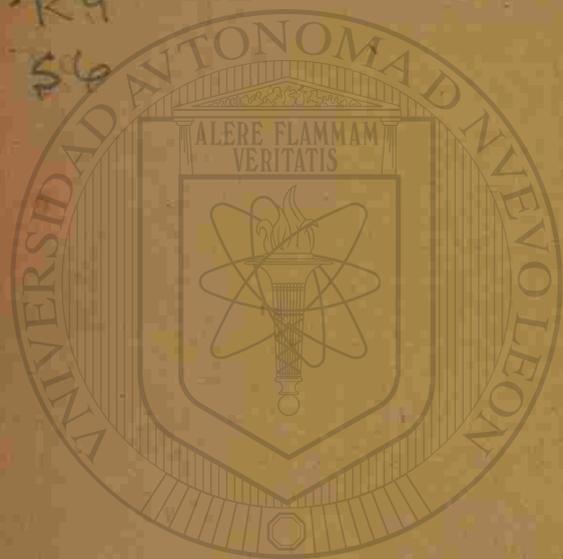
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

28994

PR 4620

RH

56



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## La resurrección de Sherlock Holmes

LA CASA VACÍA

I

Todo Londres, y especialmente la gente aristocrática, quedó consternada el día 30 de Marzo de 1894 por la muerte de Ronaldo Adair, que tuvo lugar en condiciones tan extraordinarias como inexplicables. Sin embargo, se omitieron no pocos detalles, y la confesión de los culpables hizo que el asunto perdiera su interés á poco de ser conocido. Han pasado cerca de diez años; la gente se olvidó de ello, como se olvidó y olvidará de cosas más importantes aún, y sólo yo, por razones especiales que luego comprenderá el lector, resucito los hechos y procuro eslabonarlos de un modo claro y preciso.

El crimen era ya de por sí bastante emocional; pero no obstante, yo le hubiera olvidado como uno de tantos á no ser por lo que trajo tras de sí, y que fué una de las mayores y más terribles impresiones que he recibido y creo que recibiré en mi vida.

Aun ahora que ya están muy lejos de mí aquellos días de conmoción y de aturdimiento, siento nuevamente aquella sugestiva emoción, mezcla de asombro, de alegría y de incredulidad, que me quitó la voz y vació el cerebro de ideas.

Todos cuantos hayan acogido con benevolencia esta serie de narraciones donde procuré sujetar aquella compleja y admirable personalidad de un hombre único, se habrán acostumbrado á los misterios, ocultaciones y esperas necesarios é inevitables en muchos casos, y que en algunos, como en éste, duran cerca de diez años.

He aquí la razón de que haya tardado tanto tiempo en hablar. La prohibición de hacerlo expiró el día 3 del mes pasado.

Estos mismos asíduos y benévolos lectores comprenderán que yo me hubiese ido poco á poco acostumbrado al vivir ajetreado y quimérico de Holmes y á sentir su interés por las causas criminales. Más de una y de dos veces intenté emplear sus procedimientos deductivos y analíticos, más por mi recreo personal, lo confieso, que por sentir un ingénito amor y quiotismo por todas las injusticias y humanos dolores.

Ningún crimen me conmovió tanto como la muerte de Ronaldo Adair. Conforme iba leyendo las declaraciones, las pruebas acumuladas en el sumario,

más y más me acordaba de Sherlock Holmes y más comprendía la irreparable pérdida que con su muerte había sufrido la sociedad.

Seguramente él se hubiera apasionado por este asunto pletórico de extraños detalles y confusas pruebas, y los esfuerzos de la policía hubieran sido maravillosamente secundados con igual entusiasmo y maestría que lo fueron en otras ocasiones.

Todos los días, lo mismo en mis ratos de ocio, como en mis paseatas de enfermo á enfermo, el maldito crimen daba vueltas en mi cerebro, apesándome las ideas y lanzándome á quiméricas divagaciones.

No obstante la resonancia que tuvo y la poca gente que se quedaría sin enterarse de ello, como ha pasado mucho tiempo y el olvido es muy humano, voy á reconstruir los hechos.

Ronaldo Adair era el hijo segundo del conde de Maynooth, gobernador de una colonia australiana, cuyo nombre he olvidado.

Ronaldo vivía con su madre, que volvió á Inglaterra para que le operasen unas cataratas, y su hermana Hilda, en Londres, en el núm. 427 de Park Lane. El joven era consideradísimo en la alta sociedad, y no se le conocían vicios de ninguna clase ni enemigos de ningún género. Tuvo relaciones formales con miss Edith Woodley; pero estas relaciones se rompieron de común acuerdo hacía algunos meses, sin que nada pareciese indicar que este acontecimiento arrastrara consecuencias buenas ó

malas. Su vida era y continuó siendo plácida, sencilla, sin escándalos que la hicieran surgir ante el público, sin trastornos que le desprestigiaran. Su conducta no podía ser más normal ni más frío su temperamento.

Y, sin embargo, sobre este aristócrata lleno de desprecio para el mundo y que tan lejos del mundo parecía estar, cayó la mano de la muerte la noche del 30 de Marzo de 1894.

El único vicio que se le conocía á Ronaldo Adair —y aun éste no tenía importancia por la falta de apasionamiento que ponía en él—era el juego. Formaba parte de los círculos de Balduin, Cavendish y del club de *La Bagatela*.

Se ha demostrado que el día de su muerte jugó á primera hora de la tarde al whist en este último círculo. Sus compañeros el Sr. Murray, sir John Hardy y el coronel Moran han declarado que fué aquella una partida en que menos dinero se atravesó, y que si Adair perdió cinco libras, no podía esto afectarle lo más mínimo, teniendo en cuenta lo considerable de su fortuna. Por otra parte, era siempre un jugador afortunado y prudente que sabía retirarse á tiempo. Precisamente hacía unas cuantas semanas, teniendo por compañero al coronel Moran, había ganado cuatrocientas veinte libras esterlinas á Godfrey Wilner y lord Balmoral.

La noche del crimen volvió á su casa á las diez en punto. Ni su madre ni su hermana estaban en casa, pues habían ido á pasar la velada con unos pa-

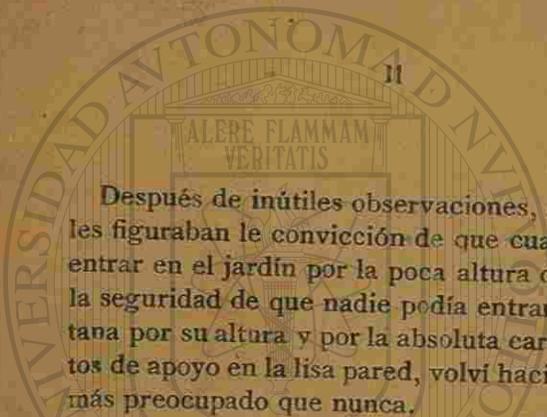
rientes. La doncella declaró que le sintió entrar en su cuarto, situado en el segundo piso, con una amplia ventana que daba á la calle. Unos momentos antes ella estuvo encendiendo la chimenea y abrió los cristales para que saliera el humo.

Hasta las once, hora en que volvieron lady Maynooth y su hija, no se oyó el menor ruido en el cuarto del joven aristócrata. Deseosa su madre de saludarle antes de acostarse, intentó entrar en la habitación y se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Primero llamó con los nudillos, luego dijo el nombre de su hijo, después le gritó, pero sus voces, que fueron aumentando poco á poco de diapasón, quedaron sin respuesta.

A sus gritos acudió gente y derribaron la puerta.

El desgraciado joven yacía en el suelo junto á la mesa, con la cabeza horriblemente destrozada de un balazo, sin que en el cuarto se hallara arma alguna. Sobre la mesa había dos billetes de Banco de diez libras cada uno, y diez y siete libras y diez chelines en monedas de oro y de plata, cuidadosamente apiladas. En un papel, y enfrente de algunos nombres de amigos suyos, había unas cuantas cifras, lo cual parecía indicar que la muerte le sorprendió cuando estaba haciendo balance de sus deudas de juego.

Conforme se fué estudiando más el crimen, apareció más confuso é inexplicable. Nadie pudo sospechar por qué esta noche precisamente —y no haciéndolo nunca—se cerró el joven por dentro. Que daba la suposición de que fué el asesino quien echó



Después de inútiles observaciones, entre las cuales figuraban la convicción de que cualquiera podía entrar en el jardín por la poca altura de las tapias y la seguridad de que nadie podía entrar por la ventana por su altura y por la absoluta carencia de puntos de apoyo en la lisa pared, volví hacia Kensington más preocupado que nunca.

Hacia un momento que estaba sentado cerca de la ventana, hojeando un reciente tratado de terapéutica, cuando entró la criada anunciándome una visita. Dí orden de que la dejaran pasar, y ¡cuál no sería mi asombro cuando vi entrar al anciano bibliófilo! Era el mismo, con su cuerpo esquelético y encorvado, su rostro macilento, sus largas patillas blancas como la revuelta cabellera y con sus ocho ó diez volúmenes bajo el brazo.

—Parece ser que os causa asombro mi visita — dijo con voz extrañamente burlona.

Yo asentí con la cabeza.

—Pues no hay motivo para ello. Yo soy un hombre honrado y enemigo de faltar á nadie. Por eso, cuando os he visto entrar en esta casa, entré detrás de vos, mascullando para mis adentros estos ó pa-

recidos propósitos: «Voy á ver á ese gentleman y á decirle que me perdone si le contesté demasiado bruscamente, pues nada más lejos de mi que el pensamiento de ofenderle. Al contrario, le estoy profundamente agradecido por haberme ayudado á recoger los libros.»

Yo me eché á reír.

—Veo que sois excesivamente meticulado. La cosa no tiene importancia alguna.

El protestó.

—¡Oh! Ya lo creo que la tiene; sí, señor.

Me encogí de hombros.

—Bueno; como queráis. ¿Y cómo habéis sabido dónde vivía y cómo me llamaba?

—Es que, con perdón vuestro, tengo el alto honor de que seamos vecinos. Al final de Church Street tengo una modesta tienda de libros, donde me regocijaría infinito recibir una visita vuestra. No sé por qué se me figura que vos también debéis ser algo aficionado á la lectura. Mirad; precisamente traigo aquí algunos volúmenes muy curiosos; *Pájaros de Inglaterra*, un *Cátulo*, *La guerra santa*... Son verdaderas gangas. Con cinco volúmenes podéis llenar ese hueco que tenéis ahí en el segundo estante de la librería. Tal como está, resulta muy poco estético.

Esta observación me hizo girar la vista hacia la biblioteca, y cuando volví la cabeza... vi... ¡oh, prodigio inexplicable!... Vi... en persona, vivo, sonriente, á... ¡¡¡Sherlock Holmes!!!



MONTERREY, N. L.



Me levanté, lo miré durante breves momentos con una estupefacción sin límites, luego se me fué enturbiando la vista, me repiquearon las sienes, me zumbaron los oídos y caí de espaldas sin conocimiento.

Cuando volví en <sup>mi</sup> estaba sentado en un sillón; en los labios tenía sabor de cognac y sobre mi rostro se inclinaba, inquieto y cariñoso, el de mi antiguo, el de mi inolvidable amigo.

—Dispensadme, querido Watson—dijo aquella voz que creí rota para siempre—, dispensadme... Yo nunca pude imaginar que mi presencia os causara un efecto semejante.

Yo no me cansaba de mirarle. Mi cara debía reflejar un asombro rayano en la estupidez. Holmes sonreía.

—¿Pero que? ¿Todavía dudáis?

Al oírle por segunda vez recobré el habla y la acción, y cogiéndole de un brazo, grité:

—¡Holmes! ¡Sherlock! ¿Es posible? ¿Sois vos? ¿No es una alucinación mía? ¿Es posible que hayáis resucitado?

—Sí; he resucitado—contestó sonriendo.

Luego, sin duda al ver el aspecto de loco que iba tomando mi rostro se puso más serio, y apretándome las manos cariñosamente, añadió:

—Vamos, vamos, estáis muy excitado. Nunca pude

imaginarme que esta pequeña comedia os causara un tan grande efecto.

—No; si ya estoy repuesto. Ya... ¡Pero sí es que no puedo creer á mi vista! ¡Holmes! Creedme: ¡me parece mentira! ¡Y pensar que hace un momento os hablaba tan tranquilo, sin sospechas de ningún género!

Y nuevamente le cogí el brazo, que sentí bajo mis dedos, delgado y musculoso como en los días lejanos.

—¿Qué? ¿Miráis á ver si soy de carne y hueso?

Yo me eché á reír.

—La verdad: ¡sí! Ahora que ya estoy seguro de que no sois un fantasma, sentáos aquí, á mi lado y contadme vuestras aventuras. Deben de ser extraordinarias.

Holmes se sentó enfrente de mí y encendió un cigarro con aquella su antigua despreocupación. Continuaba con el levitón del viejo librero, pero encima de la mesa estaban la peluca y las patillas, junto al montón de libros.

Estaba un poco más delgado, y el brillo febril de sus ojos y la palidez casi inverosímil de su rostro, indicaban claramente que su salud debía de haber padecido rudos golpes.

—¡Qué gusto da estirarse, amigo Watson!—exclamó después de un rato de silencio—. No en balde se violenta un hombre de mi estatura para figurar durante días y días que es mucho más bajo.

—Cada nueva palabra vuestra—interrumpí—es

un acicate más de mi curiosidad. Estoy deseando que me expliquéis todo lo ocurrido.

—Calma, calma, querido Watson. Se me presenta una noche...

—Se nos...

—Bien; se nos presenta una noche de bastante ajeteo y no poco peligro. De modo que, si os parece, dejaremos las explicaciones para luego, cuando ya estemos completamente tranquilos.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Nada. Que me devora la curiosidad.

—Bien, hombre, vamos á satisfacerla. ¿Estáis dispuesto á venir esta noche conmigo?

—¿Donde queráis y cuando queráis!

Holmes me estrechó las manos conmovido.

—¡Gracias, Watson! Esta contestación me evoca los pasados días. Sois el mismo de siempre. Supongo que tomaremos un bocado antes de partir.

Yo me levanté apresuradamente; di las órdenes á la criada, y volviendo al despacho me senté junto á Holmes diciendo:

—Con que vamos á ver, ¿cómo salisteis de la sima?

—¿De la sima? ¡Si no caí en ella!

—¿Que no caísteis en la sima?

—No.

—¿Entonces vuestra carta?...

—Completamente sincera y verídica. Cuando vi la siniestra figura del profesor Morinoy, cerrándome

me la única salida del desfiladero, me comprendí perdido para siempre. En sus ojos se leía una sentencia inexorable. Incapaz de humillaciones y de pedir una vida que de antemano me sería negada, le saludé cortesmente, rogándole que me permitiera escribir cuatro líneas de despedida. Puse la carta debajo de la pitillera, y sin decir una palabra más, eché á andar por el estrecho sendero delante de Moriarty que iba pisándome los talones. Cuando llegué al final me detuve y apenas tuve tiempo de volverme cuando me sentí fuertemente estrechado por los brazos del profesor. Por su pensamiento, como por el mío, pasó la misma idea: íbamos á morir matando. Hubo un momento de angustia. Los dos cuerpos llegaron casi al borde del abismo. Afortunadamente yo poseo ciertos conocimientos del *baritmo* (1) que me han servido de mucho en distintas ocasiones y que me sirvió en aquélla. Con un violento esfuerzo le descoyunté los brazos y pude librarme de él. Lanzó un grito terrible, vaciló, procuró conservar el equilibrio, pero no pudo y cayó de espaldas. Inclinado sobre el abismo seguí su carrera: primero rebotó contra una roca, se destrozó el cráneo contra un pico de más abajo y, por último, se hundió en el torbellino de las aguas que continuaron corajudas y estruendosas, después de tragarse el cadáver.

Holmes hizo una pausa, quitó la ceniza del cigarro

(1) *Baritmo*. Lucha japonesa. (N. del T.)

con la uña del dedo meñique, y dió tres chupadas tranquilamente.

—¿Pero y las huellas?—exclamé.—Yo mismo examiné el sendero y no vi pisadas algunas que indicasen la vuelta.

—¡Qué impaciente sois! En cuanto ví desaparecer el cuerpo de Moriarty comprendí lo milagrosamente que me había salvado; pero también que Moriarty no era el único hombre que había jurado mi muerte. Por lo menos quedaban otros tres á quienes la muerte del jefe habría de excitar terriblemente y recrudecer su odio contra mí. Ninguno de ellos—sin serlo tanto como su jefe—era enemigo despreciable, y tarde ó temprano lograrían su deseo. En cambio, si yo dejaba que se extendiera la creencia de mi muerte, estos individuos recobrarían poco á poco la tranquilidad y la audacia; olvidarían, en una palabra, toda clase de precauciones y darían con ello lugar á que, más tarde ó más temprano, los reventara yo. Debía, pues, ocultar á todo el mundo mi salvación, y trabajaron con tal rapidez mis ideas, que tengo la seguridad de que el profesor Moriarty no había llegado aún al fondo del Reichembach cuando ya había tomado yo mi resolución.

Me levanté y examiné la pared rocosa que había detrás de mí. En el pintoresco estudio que publicásteis respecto de mi desaparición, dijísteis que esta roca estaba cortada á pico y sin el menor saliente. Esta afirmación no era del todo exacta, porque la pared presentaba algunas asperezas y hasta un ligero

reborde, aunque estaba tan alto que casi parecía inaccesible. Sin embargo, yo no podía volver por el sendero sin dejar huellas de mi paso. Debía, pues, intentar la ascensión de la montaña, lo cual, según comprenderéis, amigo Watson, no tenía nada de fácil.

A mis pies mugía el torrente y hasta—ya sabéis que no tengo nada de cobarde—me parecía que Moriarty me llamaba con grandes y desafortadas voces desde el fondo del precipicio.

Emprendí la ascensión lentamente. El menor paso en falso podía serme fatal. Más de una vez mis manos arrancaron un puñado de hierbas que creí seguro sostén, ó mis pies resbalaron sobre la pared húmeda y viscosa. Por fin, y á costa de no sé cuantas desolladuras y flaquezas, presta y valerosamente dominadas, llegué al reborde de que os hablé antes. Es una especie de plataforma bastante ancha, recubierta de fino y suave musgo, en la cual un hombre podía extenderse cómodamente y pasar inadvertido. Así lo hice, y allí estaba cuando vos me buscábais en el sendero y las cercanías tan triste como inútilmente.

Os seguí con la vista en todas vuestras evoluciones, y tuve la suficiente fuerza de voluntad para no gritaros cuando os ví volver hacia el hotel cabizbajo y melancólico.

Quedé un poco más tranquilo, pensándome ya libre de asechanzas y mortales sorpresas, cuando una enorme piedra resbaló desde lo alto, pasó sobre mí,

cayó al sendero y del sendero se hundió ruidosamente en el agua. Atribuí primero este incidente á la casualidad, pero minutos después cayó un segundo bloque, y un tercero sin tocarme, pero pasando junto á mí silbantes y aterradores. Levanté la cabeza, y en la cumbre, recortándose enérgicamente sobre el cielo azul, ví la silueta de un hombre.

Entonces comprendí toda la extensión del nuevo peligro. Moriarty no vino solo; él ó los acompañantes presenciaron desde lejos la lucha, me vieron vencedor, subir al reborde musgoso, y tranquila y friamente procuraban vengar á su jefe desde lo alto de la roca.

Como comprenderéis, amigo Watson, era absolutamente preciso tomar cuanto antes una resolución. Volví á mirar hacia arriba y ví que mi enemigo se disponía á arrojar otro bloque mayor que los anteriores. Con mucha sangre fría, con una presencia de ánimo que aún me asombra, emprendí el descenso mil veces más peligroso que la subida.

Casi rozándome pasó el cuarto pedazo de roca, mis pies y mis manos resbalaron, un velo de sangre me cegó, perdí las fuerzas y sangriento, destrozado, caí de espaldas en medio del sendero. El golpe de la caída me hizo recobrar la conciencia del peligro. Me levanté y eché á correr.

Protegido por la obscuridad de la noche, corrí no sé cuánto; ignoro cuántas montañas subí y qué número de desfiladeros crucé...

Una semana más tarde me encontraba en Floren-

cia sano y salvo, seguro de que mi muerte era un hecho consumado é innegable para todo el mundo.

Sólo una persona, mi hermano Mycroft, supo la verdad. Espero, amigo Watson, que no os ofenderéis por esto que á primera vista parece falta de confianza en vos. Debéis tener en cuenta que yo deseaba no se dudase lo más mínimo respecto de mi muerte y por eso tenía la seguridad que, si hubiérais estado convencido de lo contrario, no habría tenido tal vigor ni tan sugestiva y convincente sinceridad la versión que disteis de mi última aventura.

Muchas veces, durante estos tres años, he cogido la pluma para escribiros lo que ahora os digo de palabra; pero siempre la dejé caer temeroso de que vuestro cariño y vuestra alegría os hicieran cometer alguna indiscreción que tal vez me fuese fatal.

Aun esta misma tarde, cuando nos tropezamos, salí huyendo y sin atreverme á deciros lo más mínimo, porque comprendía que el menor gesto de asombro, la más trivial palabra vuestra, me hubieran perdido para siempre.

Respecto de mi hermano, ya comprenderéis que si me confié á él ha sido porque no tenía otro remedio. Mi vida, en vista del resultado del proceso, que dejó en libertad á dos de los cómplices de Moriarty,—precisamente los más temibles y peligrosos para mí—mi vida, repito, necesitaba ser de vagabundaje y de constante cambio de lugares. Para ello necesitaba dinero abundante y Mycroft me lo enviaba á los distintos sitios donde estuve.

He viajado por el Tibet durante dos años y he tenido el placer de conocer Lharsa y de pasear algunos días en el Gran Lama.

Tal vez llegaran á vuestros oídos las notables exploraciones que por estos sitios hacía un noruego llamado Ligerson; y si tal cosa sucedió, ¡qué lejos estábais de adivinar que bajo este nombre se ocultaba vuestro invariable amigo!

Luego atravesé toda la Persia, visité la Meca é hice al califato de Khartum una rápida é interesante visita, de la cual sé conservar los detalles más salientes y curiosos en el Foreign Office. Me interné en Francia, y dirigí durante algún tiempo un importante laboratorio en Montpellier.

Al cabo de unos cuantos meses me enteré de que sólo quedaba en Londres uno de mis enemigos, y ya me disponía á volver á Inglaterra, cuando este asunto de Park Lane me hizo apresurar la vuelta. No ya solamente por su aspecto misterioso me interesaba este crimen.

Había y hay en él ciertas particularidades que me interesaban particularmente.

Volví, pues, á Londres, y desde la estación me dirigí á Baker Street, donde mi aparición causó un ataque de nervios á nuestra excelente patrona. Todo estaba como si yo hubiera salido la víspera de aquel cuarto. Mi hermano Microft había cuidado de todo durante mi ausencia.

Me lavé, comí sin gana; y al acodarme por la noche en la barandilla del balcón, mi pensamiento via-

jó hasta vos, y un deseo imperioso, irresistible de veros se apoderó de mí.

Tal fué, lectores míos; la historia emocionante que en una noche de Abril oí de aquellos labios que creí mudos para siempre, mientras mis ojos no se saciaban de contemplar la amada figura de Sherlock Holmes, un poco más délgada, un poco más vieja, pero siempre noble y altiva y audaz.

Cuando terminó de hablar me tendió los brazos y nos estrechamos silenciosamente durante unos minutos. Pronto surgió en él la personalidad inquieta y voluntariosa, enemiga del sentimentalismo y de la ociosidad, y, separándose de mí, exclamó:

—Ya véis, querido, como el trabajo es el supremo antídoto del dolor. Durante estos tres años no estuve inactivo un solo día...

—Pero esta noche...

—Esta noche, Watson, mucho menos. Hemos de trabajar muy rudamente, y si triunfo—que así lo espero—bien podéis admirarme y bien puedo enorgullecerme de la victoria.

En vano le rogué que me explicase de lo que se trataba. A mis reiteradas súplicas sólo contestaba repitiendo:

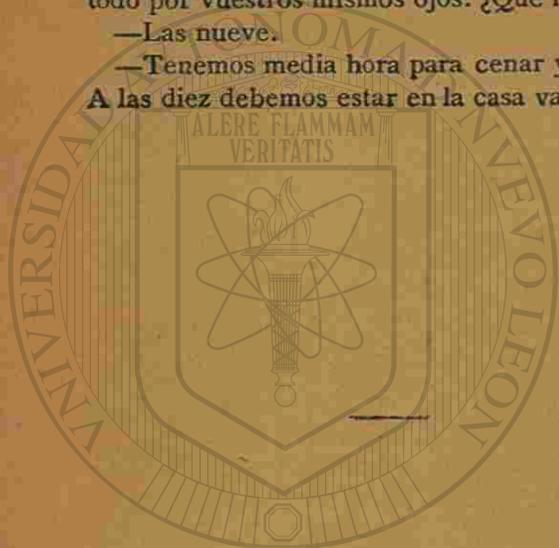
—Mañana... Mañana.

—Sin embargo, Holmes...

—Nada, querido Watson; quiero que lo sepáis todo por vuestros mismos ojos. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Tenemos media hora para cenar y arreglarnos. A las diez debemos estar en la casa vacía.



## III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A las nueve y media salimos de casa.

Como en los días lejanos, igual que en las noches pretéritas, me ví sentado en un coche al lado de mi amigo, con el revólver en el bolsillo y la ansiedad en el corazón. Volvían á mí las aventuras y había en mi alma la fragante sensación de un renacimiento.

Holmes iba, como antiguamente, silencioso y taciturno. De cuando en cuando las manchas de luz de los faroles, que se asomaban por las ventanillas del carruaje, iluminaban brevemente su cara, y yo leía en las arrugas de la frente, en la boca, obstinadamente cerrada, el trabajo lento y absorbente de la meditación.

Ignoraba qué clase de fiera íbamos á buscar en la selva oscura y enmarañada del Londres criminal; no sabía donde íbamos á encontrarla; pero en la actitud meditabunda del gran cazador, comprendí que la expedición había de ser peligrosa, así como en la fugaz y cruel sonrisa, que á veces desunía sus labios, la no muy envidiable suerte que había de correr la fiera.

Por un momento creí que nos dirigiáramos á Baker Street; pero al llegar á Cavendish Square, Holmes

mandó parar el carruaje. Al saltar á tierra le ví mirar en torno suyo con una mirada inquieta y escrutadora. Luego me hizo seña de que le siguiera y echó á andar.

Confieso que, á pesar de mi conocimiento de Londres, hubo un momento en que no supe donde estábamos ni adonde íbamos. Por tales encrucijadas, callejuelas y recovecos me condujo aquel hombre.

Al fin desembocamos en una calle estrechuca y triste que terminaba en Menchester Street, desde donde fuimos á Blandfort Street. De pronto Holmes empujó una verja, que giró silenciosamente sobre sus goznes, y nos hallamos en un patio obscuro y desierto; luego abrió con una llave que sacó del bolsillo la puerta de servicio de la casa y la cerró detrás de nosotros.

Un silencio absoluto, una absoluta obscuridad reinaban en torno nuestro. Nuestros zapatos resonaban lúgubrementé sobre los ladrillos. Yo tendí la mano y tenté la pared, cuyo papel colgaba en largos jirones, dejando al descubierto el yeso. Los dedos huesudos y helados de Holmes me cogieron de la muñeca y me dejé conducir á través de algunas habitaciones hasta dar en otra donde los cristales polvorientos de dos ventanas apenas dejaban pasar la luz fibia y medrosa de la calle. Sólo el centro de la habitación estaba semi-iluminado. En los rincones la sombra era impenetrable.

Mi compañero me puso la mano sobre el hombro, y arrimando los labios á mi oreja murmuró:

—¿Sabéis dónde estamos?

Yo me aproximé hacia una de las ventanas y miré á través de los cristales encostrados de polvo.

—En Baker Street—contesté lleno de asombro.

—Justo.

—¿Y esta casa?...

—Estamos en Camden Honsen, situada frente por frente de nuestro antiguo alojamiento.

—¿Y para qué hemos venido aquí?

—Pues sencillamente por las hermosas vistas que tiene esta habitación. Tened la bondad de acercaros un poco más al cristal, amigo Watson, y mirad la ventana de enfrente, la de nuestra casa. Me parece que durante estos tres años habréis perdido la costumbre de recibir sorpresas.

Me aproximé á los polvorientos cristales y miré la tan conocida ventana. Apenas se fijaron en ella mis pupilas no pude contener un grito de estupor. Los visillos estaban corridos y una luz intensa iluminaba la habitación. Sobre el cuadrado luminoso se recostaba perfecta y claramente la silueta de un hombre sentado en un sillón; el rostro de perfil recordaba uno de aquellos retratos negros de que tan gustosos eran nuestros antepasados. Pero lo extraño, lo diabólico, lo incomprensible, lo que me conmovió de asombro, para luego estremecerme de terror, era que aquella figura de rasgos enérgicos, de nariz ganchuda, era la de... ¡Sherlock Holmes!

De tal manera me sorprendió esta cualidad extraordinaria, que quedé un rato inmóvil y sin voz; lue-

go alargué la mano para ver si Holmes estaba todavía conmigo. Junto á mi sonó una risa apagada.

—Y bien, ¿qué os parece?—me preguntó.

—¡Es prodigioso!—contesté.—¡Admirable!

—Vuestro asombro me regocija, porque es prueba de que los años no han pisado mi ingenio ni agotado mis recursos.

Y en su voz se reflejaba el orgullo de los artistas creadores. Después, cambiando de tono, prosiguió:

—¿Verdad que se me parece?

—Ya lo creo. Yo no tendría inconveniente en apostar que érais vos mismo.

—¡Bah! Después de todo yo no hice más que concebir el proyecto. El mérito del parecido corresponde al Sr. Oscar Mennier, de Grenoble, que ha sido quien modeló la figura.

—¿Y de qué es?

—De cera. Está puesta ahí desde esta tarde.

—Pero ¿con qué objeto?

—Porque es el caso, amigo Watson, que yo tengo interés especialísimo en que varias personas me crean en casa precisamente cuando yo esté fuera de ella.

—Entonces, ¿creéis que os vigilan?

—No lo creo. Estoy seguro de ello.

—¿Y por quién?

—Por mis antiguos enemigos. Por aquella plácida y encantadora sociedad, cuyo jefe yace en el precipicio de Reichembach.

—¿Pero saben que estáis aquí, en Londres?

—De eso no, estoy seguro. Pero sí de que ya conocían mi salvación y de que tarde ó temprano había de volver á Londres. Por lo tanto, no dejan ni un solo día de acechar nuestra antigua casa, esperando saber de este modo mi vuelta.

—¿Y cómo os habéis enterado de ese espionaje?

—Porque el otro día, anteayer, conocí al que estaba de centinela aquel día. Es un tal Parker. Fué uno de los intimos amigos de Moriarty y el que me arrojó desde la cumbre los bloques y los pedazos de roca con la sana intención de destrozarme. Es uno de los criminales más empedernidos y más peligrosos de Europa.

—En ese caso...

—En ese caso, querido doctor, vamos á procurar que se coja los dedos contra la puerta. Ya que él me vigila á mí, voy á vigilarle yo á él.

Poco á poco fuí comprendiendo el admirable y astuto plan de Holmes.

Aquella silueta angulosa era el reclamo y nosotros los cazadores.

Ya no volvimos á cruzar la palabra. Silenciosos, hundidos en la obscuridad, vigilábamos la calle acechando á los yentes y vinientes. Holmes estaba impassible y taciturno, pero en sus ojos brillantes y en el aspecto sobradamente inmóvil de su cuerpo, se notaba que estaba siempre alerta.

Era fría la noche. El viento inclemente aullaba en la estrechez de la calle, aporraceando las ventanas, tableteando en las puertas, gozándose en hacer tem-

blar las luces de los faroles. La gente iba y venía, rápida, taconeadora, envueltos unos en abrigos de pieles, hundidos otros las cabezas en bufandas; pero todos apresurados, con un gesto de disgusto y de hostilidad en las facies amoratadas por el frío.

Dos ó tres veces me pareció ver pasar y repasar á un mismo individuo y me fijé también en dos hombres que, luego de mirar con mucha atención nuestra antigua casa, se ocultaron en una puerta cocheta un poco más arriba.

Llamé la atención de Holmes respecto de aquellos individuos, pero se limitó á hacer un gesto de impaciencia y continuó examinando la calle con la anterior impasibilidad.

De cuando en cuando daba un corto y silencioso paseo, hundiendo rabiosamente las manos en los bolsillos. Indudablemente los hechos no se realizaban tal como él había imaginado.

En un reloj lejano sonaron doce campanadas. La agitación de Holmes aumentó. Los paseos se alargaban, y en el silencio de la noche se oían crujir sus dientes y un somurmogeo impreciso de rabiosas palabras. Me disponía á consolarle cuando levanté inconscientemente los ojos y miré la especie de transparente luminoso frontero á la polvorienta ventana.

Como la vez primera, lancé un grito de asombro, y deteniendo á Holmes en uno de sus paseos, exclamé:

—¡¡Se ha movido!!

Efectivamente. La silueta ya no estaba de perfil.

Holmes me contestó bruscamente. Los tres años transcurridos no habían limado las asperezas de su carácter ni dulcificado sus violencias al encontrarse con un cerebro menos privilegiado.

—¡Claro que se ha movido! ¿Me creáis tan imbécil que pensara en engañar á dos de los bandidos más listos de Londres, con un monigote que estuviese toda la noche en la misma posición? Estamos aquí hace dos horas, y durante ese tiempo la señora Hudson ha movido ocho veces el maniquí; es decir, cada cuarto de hora. Durante largo rato la estuve adiestrando del modo que había de hacerlo para que no se notara su sombra. Así, pues. ¡Ah!

Y se calló de pronto. En la semiobscuridad que nos rodeaba, ví avanzar su cabeza con un gesto de ansiedad. Afuera, la calle permanecía desierta. Los dos espías debían continuar—aunque no los veíamos—refugiados en la puerta. Reinaba un augusto silencio.

Todo estaba negro, excepto el transparente luminoso de la ventana, donde se destacaba, rígida y precisa, la silueta de Holmes.

Junto á mí sonó silbante la contenida respiración de Holmes. ®

Un minuto después me arrastró hasta el rincón más obscuro de la estancia y me puso la mano sobre los labios. Sus dedos temblaban, demostrando una agitación extraña en este hombre acostumbrado á dominarse á sí mismo y á amordazar sus

sentimientos. Sin embargo, nada parece justificar aquella actitud. La calle permanecía desierta. El silencio reinaba en torno nuestro. En el cuadrado de luz la silueta continuaba tranquila é impasible.

De pronto á mis oídos, menos sutiles que los suyos, llegó la causa de tales precauciones. Lejos, muy lejos, pero en el interior de la casa donde estábamos, hubo un ruido breve y confuso. Luego se percibió más claro el golpetazo de una puerta que se abría y se cerraba. Después se oyeron pasos en el vestíbulo y poco á poco se fueron aproximando hasta nosotros. Realmente producían un calofrío de terror aquellas pisadas que se extendían y se acercaban por la amplitud de las desiertas estancias.

Holmes se aplastó contra la pared. Yo, acariciando inconscientemente la culata del revólver, hice lo mismo.

Nuestros ojos, acostumbrados á la penumbra que nos rodeaba, vieron destacarse en el hueco sombrío de la puerta la figura de un hombre. Se detuvo un instante como escuchando. Yo me llevé la mano al pecho para contener los latidos del corazón.

La sombra adelantó con pasos tácitos, con el cuello extendido, las manos prontas á cualquier sorpresa. Avanzaba, avanzaba hacia nosotros; pasó rozándonos y llegó hasta la ventana. Si llega á sorprendernos, antes de que se hubiese dado cuenta hubiese tenido una bala en el cráneo.

Ya junto á la ventana acechó un segundo; después suavemente, dulcemente, levantó el cristal algunos

centímetros (1) y se arrodilló para mirar por la abertura. Libre de la espesa capa de cristal polvorienta, entró la luz de la luna y le envolvió la cara por completo. Yo ví sus narices contraerse y dilatarse agitadamente. El jadeo de su pecho subía á los labios temblorosos. Luz de fiebre brillaba en sus pupilas.

Era un hombre ya de edad, calvo, con la nariz enérgicamente aguileña y un espeso y largo bigote gris. Echado sobre la nuca rebrillaba el sombrero de copa, y por entre la negrura del abrigo surgía el blanco charolado de una camisa de frac.

Sin embargo, á pesar de lo correcto de su indumentaria, de la distinción de su semblante, había en él algo de salvaje, de inexplicable crueldad.

En la mano derecha tenía un objeto que al principio creí un bastón, pero que al dejarlo caer en el suelo produjo un sonido metálico. Luego sacó del pecho un bulto no muy grande y se absorbió en un examen que terminó con el ruido de un gatillo al montarse.

Después se inclinó más hacia delante, sonó un chirrido áspero de muelle que se va abriendo poco á poco, para terminar en un encaje seco.

Suspiró de satisfacción, y entonces le vimos entre las manos una carabina de extraña forma. Abrió la culata, metió algo en ella y la volvió á cerrar. Luego, arrodillándose nuevamente, apoyó el cañón en

(1) En la mayor parte de las casas de Londres las ventanas son de las llamadas de Guillotina. (N. de T.)

el rebordé de la ventana. La luz de la luna iluminó el bigoto gris junto al gatillo, y el ojo brillante que buscaba el punto vulnerable.

Alargué curiosamente la cabeza buscando el blanco. Si hubiera podido tirarse una línea recta desde el cañón de la carabina, habría terminado en la siueta del maniquí.

Hubo una pausa angustiosa... El dedo se apoyó en el gatillo, sonó un silbido débil é inmediatamente llegó hasta nosotros el ruido de unos cristales rotos.

En el mismo momento Holmes saltó con la agilidad de un tigre sobre el tirador y lo derribó en tierra. Pero éste se levantó en seguida, y á no ser por que yo intervine y dé un culatazo en el cráneo lo hice rodar por el suelo segunda vez, no lo hubiera pasado muy bien mi compañero.

Le puse una rodilla encima, le agarroté con ambas manos la garganta y Holmes lanzó un silbido. En la calle se oyó rumor de gente que corría, y dos minutos después un individuo seguido de dos policías entraba en la habitación.

—¡Calla! ¿Sois vos, Lestrade?—dijo Holmes con voz tranquila y serena.

—Yo soy, querido Holmes. En cuanto supe que se trataba de vos, no dejé que interviniera otro en el asunto. No sabéis cuanto celebro volver á veros.

—Gracias, Lestrade—repuso Holmes estrechándome enérgicamente la mano. Realmente era vergonzoso lo que ocurría. Sólo en un año se han cometi-

do tres asesinatos sin que hayan sido descubiertos los autores.

Yo me había incorporado. Nuestro prisionero jadeaba entre los dos guardias. Algunos trasnochadores empezaban á agruparse frente á las ventanas.

—¿Habéis traído velas?—preguntó Holmes.

Los dos guardias sacaron de entre los capotes sus linternas. Lestrade contestó afirmativamente y encendió dos velas que llevaba en el bolsillo, entregándome una y quedándose él con la otra.

Entonces mi compañero bajó el cristal y cerró las contraventanas.

Todas las miradas se fijaron en el detenido.

Era el suyo un rostro siniestro, de fuertes mandíbulas, de amplia frente. Desde el primer momento se comprendía que aquel hombre nació para grandes empresas. No podían mirarse sus ojos claros, azules, de un brillo metálico y siniestro, su nariz audaz y agresiva, su frente surcada de infinitas arrugas, sin sufrir un estremecimiento.

Todos nosotros le fuimos indiferentes. Sólo en Holmes posó una mirada de odio y de asombro á la vez.

—¡Demonio!—rugió.—¡Sois un hombre extraordinario!

—¡Ah, coronel!—contestó sonriendo Holmes.— Todo en la vida vuelve por los antiguos cauces, y todos nos encontramos más pronto ó más tarde como dijo el otro. Ya hacía mucho tiempo que no nos veíamos ¿verdad? La última vez fué... fué... ¡Ah! Sí:

en el precipicio de Reichembach, donde os entrevistéis en tirarme chinitas.

El coronel continuaba mirándole con los ojos desorbitados y la boca abierta, murmurando:

—Sois el demonio... el demonio...

Mi compañero se volvió hacia nosotros, y siempre sonriendo, continuó:

—Perdonadme, señores, que no lo haya hecho antes. Tengo el gusto de presentaros al coronel Sebastián Moran, que prestó servicio en el ejército de Su Majestad en las Indias. Allí tenía fama de ser uno de los cazadores más notables; mejor dicho, el primero en las cacerías de tigres. ¿No es cierto, coronel? Vamos á ver. ¿Tendriáis la bondad de decirnos cuántos tigres habéis matado en este mundo?

El viejo no contestó. Sus ojos llameaban, se mordía el bigote rabiosamente y algo pasó por su cara que nos recordó las fieras de aquellos lejanos países evocados por la voz de Holmes.

—¿Qué? ¿No os acordáis? ¿Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Pero la verdad, coronel: resulta muy extraño que un hombre tan listo como vos y tan experto en lides de este género, os hayáis dejado engañar como un niño. Después de todo, yo no he hecho más que caricaturizar vuestro procedimiento: de atar un corderillo á un árbol y esperar oculto en otro á que sus balidos atrajeran la fiera.

El coronel Moran hizo un movimiento para lanzarse sobre Holmes, pero se lo impidió la fuerte sujeción de los guardias. La cólera parecía haber lle-

gado á su grado máximo. El rostro estaba congestionado. El pecho jadeaba con estertor de fragua.

—Después de todo, mi querido y excelentísimo coronel—prosiguió Holmes imperturbable,—aparte de que habéis obrado aquí dentro, y no fuera como yo creía y donde os acechaba mi compañero Lestrade, no ha resultado mal del todo la sorpresa, ¿verdad?

El coronel Moran, volviéndose hacia Lestrade, exclamó:

—¡Esto es indigno, señor inspector! No pretendo discutir ahora si tenéis ó no derecho á detenerme, pero si me parece que lo tengo para no sufrir las zumberías de este hombre. Puesto que he caído en manos de la justicia me parece que no es éste el modo de obrar. Debe hacerse con más seriedad y menos estupideces.

—Tenéis mucha razón—contestó el policía.

Y luego, volviéndose hacia Holmes, repuso:

—¿Tenéis algo más que alegar en contra de este hombre?

Holmes había cogido la carabina y la examinaba minuciosamente.

—¡Vaya un arma, señores!—exclamó como si no hubiera oído la última pregunta.—Tiene todas las de la ley: es segura, infalible, silenciosa, disimulable... ¡Una verdadera joya! Yo conocí á Von Herder, un ingeniero alemán y ciego, que la construyó bajo la dirección del respetable profesor Moriarty—que en paz descanse.—Sin embargo, nunca hasta

ahora había tenido el gusto de examinar esta arma que tantas muertes ha causado. Os la recomiendo, amigo Lestrade, por medio de ella se pueden descubrir muchas cosas.

—Bien, bien—dijo Lestrade, cogiendo la escopeta.—Vamos, señores, tened la bondad de echar á andar.

Los dos guardias se dispusieron á salir del cuarto.

—¡Ah! Holmes—exclamó Lestrade, deteniéndose cerca de la puerta.—¿No tenéis ninguna pregunta que hacerme ni ningún consejo más que darme?

—No... Es decir; sí. ¿De qué váis á acusar á ese hombre?

—¿Que de qué le voy á acusar? Pues muy sencillo: de tentativa de asesinato en la persona de Sherlock Holmes.

—No, Lestrade, de ningún modo. Yo no quiero figurar en este asunto. Únicamente á vos debe corresponder la gloria de esta importante detención. Así como así, más tarde ó más temprano, dados vuestro talento y vuestra sagacidad, le hubiérais detenido.

—¿A este hombre?

—A ese hombre.

—Sin embargo... á no ser por lo ocurrido esta noche...

—Querido: Ese individuo es el coronel Sebastián Morán, que dió muerte á sir Ronald Adair por medio de una bala explosiva lanzada con su carabina de viento á través de la ventana abierta en un cuar-

to situado en el segundo piso de la casa núm. 427 de Park Lane el día 3o del mes pasado. Y ahora, querido Watson, si no os importan las corrientes de aire, vamos á fumar un cigarro á la casa de enfrente.

—¿Qué, mistress Hudson—dijo Holmes—habéis hecho todo según os lo encargué?

—Sí, señor. Cada cuarto de hora me ponía de rodillas y cambiaba de posición el muñeco.

—Muy bien. Sois una mujer excelente. ¿Y la bala? ¿Sabéis donde ha ido á parar la bala?

—Ya lo creo. Por cierto que me parece ha estropeado esta hermosa obra de arte. Como véis, ha atravesado la cabeza y fué á incrustarse aquí, en la pared. Tomad.

Holmes la cogió, y alargándomela, dijo:

—Como véis, amigo Watson, se trata de una bala de revólver, lo cual os probará el talento del criminal. ¿Quién ha de imaginarse que una bala semejante ha sido lanzada con un fusil de viento? Muchas gracias, mistress Hudson; os habéis portado magistralmente.

La excelente mujer sonreía con las manos en los bolsillos.

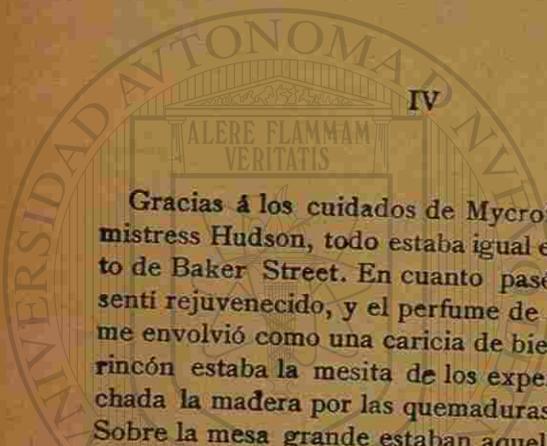
—¿Me necesitaréis para algo más, Sr. Holmes?

—No; retiráos á descansar, que buena falta os hace.

—Buenas noches, Sr. Holmes. Buenas noches, Sr. Watson.

Los dos contestamos simultáneamente:

—Buenas noches, mistress Hudson.



Gracias á los cuidados de Mycroft, Holmes y de mistress Hudson, todo estaba igual en nuestro cuarto de Baker Street. En cuanto pasé el umbral me sentí rejuvenecido, y el perfume de los días lejanos me envolvió como una caricia de bienvenida. En un rincón estaba la mesita de los experimentos, manchada la madera por las quemaduras de los ácidos. Sobre la mesa grande estaban aquellos formidables cuadernos donde había la vida y milagros de tantas personas, la caja del violín, el piperó y otras mil cosas, queridas compañeras de nuestra vida pretérita, entre las cuales se destacaba la babuchapera, siempre llena de aromoso tabaco.

Al entrar me pareció que había en el cuarto dos personas. Luego ví que sólo estaba mistress Hudson y el monigote que tan importante papel había representado en el reciente drama.

Era un perfecto y asombroso busto de mi amigo y estaba de tal modo colocado sobre una columna cubierta con una bata de Holmes, que entonces comprendí el admirable efecto que causaba desde la calle y desde la casa de enfrente.

28994

En cuanto nos quedamos solos, Holmes se quitó la americana, se puso la bata gris que tenía la columna y se sentó lanzando un suspiro de satisfacción.

—¡Ajajá! Ahora, amigo Watson, si no tenéis sueño, voy á contaros algunas cosas muy interesantes.

Hizo una breve pausa. Yo me creí con cuatro años de menos. Era la antigua vida que volvía, las antiguas confidencias en aquel cuarto inolvidable. Holmes había cogido el busto de cera y lo examinaba atentamente.

—¡Caramba! Los años han pasado por ese hombre sin alterar su pulso ni atenuar la precisión de su vista. Fijáos, Watson. La bala ha entrado por la nuca y me hubiese destrozado el cerebro por completo. Ahora comprenderéis lo justificada que es la fama de tirador que tiene el coronel Moran. ¿No habéis oído hablar de él!

—Nunca.

—¡Ah, gloria, gloria!... ¡Qué limitada eres!

Yo me eché á reír.

—Después de todo—continuó Holmes—esta ignorancia vuestra no tiene nada de particular, puesto que, si la memoria no me es infiel, recuerdo que tampoco habíais oído hablar del profesor Moriarty, una lumbrera de su siglo. ¿Queréis alargarme el *Índice biográfico*, ese que está ahí junto á las babuchas? ¡Ese!

Le entregué el libro y empezó á pasar negligentemente las hojas dando fuertes chupadas al cigarro.

—Realmente la letra *M* es una de las más curio-

sas. Como si no bastara con Moriarty, suficiente por sí solo para ennoblecer un registro de esta especie, aquí tenemos á Morgan, el envenenador; á Miwidew, el asesino de funesta memoria; á Mothew, que me rompió un diente en la sala de espera de la estación de Charing Cross; á... ¡Ah! Aquí está nuestro hombre.

Y me tendió el libro. Yo lo cogí y leí en voz alta lo siguiente:

«MORAN (Sebastián). Coronel retirado.—Mandó el 1.º de gastadores de Bangalore. Nació en Londres en 1840 y es hijo de sir Augusto Moran C. B., antiguo cónsul en Persia. Educado en Eton y Oxford. Ha figurado en las campañas Jowaki, del Afghanistan, de Chaziabah, de Sherpur y de Cabul. Ha publicado dos obras tituladas: *Las Cacerías en el Himalaya occidental* (1881) y *Tres meses en las selvas indias* (1884).»  
»Clubs Anglo-indico, Tankerville y *La Bagatela*.»

Al margen y de letra de Holmes había escrito lo siguiente:

«*El segundo entre los más peligrosos de Londres*.»

—¡Es extraño!—exclamé cerrando el libro.—La carrera de este hombre resulta la de un militar valiente y aguerrido.

—Y así fué—contestó Holmes.—Es un hombre

que no conoció nunca el miedo, y en la India, donde tantos alardes de valor se han hecho, aún corren historias y anécdotas respecto de su bravura é intrepidez. Pero de igual modo que en ciertos árboles brotan de pronto enormes y repugnantes protuberancias, así en la vida de algunos hombres surgen á veces cambios bruscos é inesperados. Yo tengo la creencia que todo individuo no es más que un desdoblamiento de sus antepasados, y que las impensadas y súbitas orientaciones hacia el bien ó hacia el mal no son más que resultado de influencias acentrales.

—Es una teoría...

—Teoría ó hecho innegable, no me parece ahora ocasión oportuna de discutirlo. El caso es que en un momento determinado la vida del coronel Moran se torció por el camino del mal. Comprendiendo que su estancia en la India había llegado á ser insostenible, pidió el retiro y volvió á Londres, donde adquirió en seguida una triste y funesta reputación. Por esa época trabó íntimo conocimiento con Moriarty y fué el segundo jefe de la banda. Moriarty le pagaba generosamente y no hacía uso de él más que en los casos extremos que requerían gran tacto y no poco talento.

—Recordáis la muerte de mistress Stenart en Lander el año 1887? ¿No? Pues bien: fué uno de los crímenes más ruidosos y más hábiles, y aunque no se pudo comprobar nada en contra de Moran, yo estoy seguro de que él fué uno de los factores principales.

Recordaréis también que cuando hace tres años os fui á visitar á vuestra casa cerré las contraventanas, despertándoos la curiosidad y un poco la compasión por creerme un maniático. Pues bien: ya conocía la existencia de ese temible fusil y sabía que estaba en las manos de uno de los tiradores más hábiles del mundo.

Cuando partimos para Suiza, nos siguió en compañía del profesor Moriarty, y él fué quien me hizo pasar tan malos ratos al borde del precipicio.

Aunque lejos de Inglaterra ya comprenderéis que parte por afición y parte por personal interés, seguía en los periódicos todos los sucesos ingleses y analizaba los crímenes de alguna resonancia, esperando ver asomar el nombre del coronel Moran.

Mientras este hombre fuera dueño de sus acciones mi vida en Londres sería imposible. Un constante peligro de muerte me hubiera rodeado, y al fin, en un día cualesquiera, ese hombre hubiera sido el vencedor. Mi espíritu vacilaba antes de tomar una determinación definitiva. Si yo le mataba á él, era muy probable, casi seguro, que fuese condenado por asesinato; si le denunciaba, la justicia se encogería de hombros no teniendo pruebas fehacientes en que apoyarse y si únicamente sospechas de un hombre que ya sabéis la fama de visionario que tiene.

No me quedaba, pues, más remedio que encogerme de hombros, cruzarme de brazos y esperar. Sin embargo, continuaba leyendo todos los periódicos de Londres, seguro de que más tarde ó más tempra-

no el coronel cometería una torpeza que lo perdiese para siempre.

Por fin apareció el asesinato de Ronaldo Adair, y al leer y releer las circunstancias que le rodeaban, lancé el *Eureka!* griego. Desde el primer momento comprendí que el asesino era el coronel Moran. Debía de haber estado jugando en el Círculo con Adair, luego le debió seguir hasta su domicilio, y, por último, disparó desde la carretera y á través de la ventana abierta con la famosa carabina de viento. Aquellas extrañas balas explosivas, propias de un revólver que no se encontró, eran más que suficientes para hacerme ver la mano de este hombre en el crimen.

Lleno de alegría volví á Londres después de tres largos años de ausencia, y el mismo día en que llegué me vió un espía del coronel. En seguida adiviné lo que iba á pasar. Moran, advertido por el espía y relacionando mi vuelta con el crimen que acababa de cometer, había de ponerse en guardia y acechar la ocasión propicia para disparar sobre mí su arma terrible.

Entonces fué cuando ideé la construcción del muñeco. Entre la señora Hudson y yo lo colocamos del mejor modo posible, avisé á la policía, citándola para aquella noche frente á mi casa, y yo decidí entrar en la frontera que estaba desalquilada para ver desde allí todo lo que ocurriese. Afortunadamente, y sin que yo sospechara lo más mínimo, el coronel Moran eligió el mismo escondite para cometer el crimen con toda clase de seguridades.

Hubo una pausa. Holmes encendió un nuevo cigarro y posó, con cierta satisfacción voluptuosa, la mirada sobre el busto de cera que yacía á sus pies.

—Como véis, amigo Watson—dijo echando una bocanada de humo que se deshizo en caprichosas volutas azules—he acertado en casi todo. ¿Tenéis alguna duda? ¿Deseáis saber algo más?

—Sí.

—¿Sí? ¿Cuál?

—El móvil que ha impulsado al coronel Moran á matar á sir Ronaldo Adair.

—¡Ah! Procuraré explicarlo, aunque siempre basándose en conjeturas, es decir, á condición de que no reputéis como artículos de fe mis palabras. Por otra parte, como todavía no ha declarado el asesino, todo el mundo puede formarse las hipótesis que quiera, sin que esto quiera decir que unas estén más cerca de la verdad que otras ni que ésta sea mejor que aquélla.

—Conformes; pero yo tengo más confianza en vuestra imaginación que en la mía ó en la de muchos otros.

Holmes se inclinó irónicamente, aunque en el fondo agradeciera mi contestación.

—Sois muy amable, Watson. Pero, sin embargo, no creo que sea preciso ser muy lince en esta ocasión para reconstituir los hechos. Según se desprende del sumario, el coronel Moran y el joven Adair se asociaban siempre para jugar, y de este modo habían ganado fuertes sumas en distintas ocasiones.

Tal vez Moran, el día del asesinato, cometiera alguna trampa—lo cual no tiene nada de particular porque entre sus virtudes tiene la de ser un admirable fullero—y el joven Adair se percatara de que tal trampa había sido hecha. Tratándose de un muchacho de muy buena familia é intachable por todos conceptos, no quiso dejar las cosas de aquel modo, y en cuanto se vió á solas con Moran le afeó su conducta y le hizo prometer que se daría de baja en el Círculo so pena de denunciarle. Quizás el joven no hubiese ido tan lejos, mucho menos teniendo en cuenta que durante mucho tiempo el Moran había sido consocio suyo y tal vez le salpicara el lodo de que estaba envuelto el coronel. Pero éste no lo creyó así, y sabiendo que al expulsarle de los clubs perdería sus medios de vida, decidió evitar á toda costa que hablase Adair. Entonces concibió el asesinato.

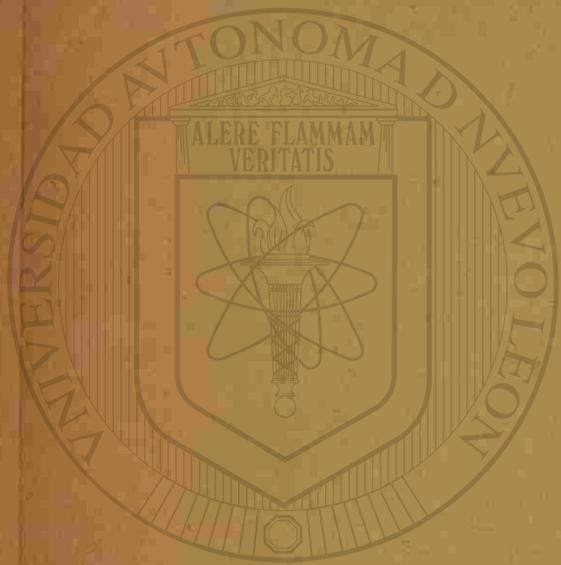
Y aquella misma noche, cuando sir Ronaldo contaba sobre la mesa sus ganancias para devolver á su ex socio el dinero que habían ganado gracias á una fullería, recibió en pleno cráneo una bala que, al explotar, le causó la muerte.

La puerta cerrada para evitar indiscreciones, la lista de amigos y cantidades demuestran plenamente que el joven se ocupaba en la honrada operación que os he dicho. ¿No lo creéis así?

—Así lo creo. A pesar de los años transcurridos, veo que continuáis con igual lucidez y con las mismas prodigiosas facultades de siempre.

Holmes se encogió de hombros.

—Veremos á ver si el proceso es tan bondadoso conmigo como con vos. Pero resulte lo que resulte, tengo una seguridad: la de que el coronel Moran no ha de preocuparme en lo sucesivo. La famosa carabina de viento irá á aumentar el Museo de Scolantd-Yard, y vuestro amigo Sherlock Holmes podrá consagrarse con toda tranquilidad al estudio y resolución de cuantos problemas se le vengán presentando.



## EL MISTERIO DE LOWER NORWOOD

### I

Pasaron tres meses.

Yo, á ruegos de Holmes, había cedido mi clientela de Kennington y me fuí á vivir con él á Baker Street. Un joven doctor, llamado Verner, á quien le traspasé mi consulta, me la compró en una cantidad que sobrepujó á las mayores esperanzas. Más tarde comprendí la razón de esta generosidad al enterarme de que Verner era pariente lejano de Holmes, y que en realidad fué éste quien facilitó los fondos para el traspaso.

Durante estos tres meses no había Holmes intervenido más que en dos asuntos importantes; el de los documentos del ex presidente Murello, y el del naufragio del *steamer* danés *El Friesland*, donde estuvimos á punto de perder la vida. ®

Sin embargo, parecía que el tiempo fué enfriando el ya frío temperamento de Holmes y exacerbó en él su antiguo desprecio de la popularidad. Y digo esto, porque en ninguna ocasión como en estas dos que acabo de mencionar, se opuso tan tenazmente á que se las narrara al público.

Tal vez algún día quebrante mi promesa. Hasta entonces hablaremos de esta aventura del contratista Jones Oldacre, una de las más interesantes y misteriosas en que el admirable Holmes intervino.

Cierta tarde del mes de Agosto estábamos Holmes y yo sentados junto al balcón, fumando silenciosamente. Las miradas seguían errabundas las epilépticas contorsiones del humo, y puedo juraros que en aquel momento las ideas habían dejado mundos y limpios nuestros cerebros.

De pronto, Holmes lanzando un largo bostezo, exclamó:

—La verdad es que, desde el punto de vista criminal, Londres ha perdido todo su interés con la muerte del profesor Moriarty.

—No creo que haya muchos conciudadanos de la misma opinión que vos—contesté sonriendo.

Holmes lanzó una carcajada.

—Tenéis razón, Watson—dijo levantándose y estirando los brazos con un ademán de pereza y aburrimiento.—No debemos ser egoistas. Todos en Londres, excepto los periodistas, pueden rogocijarse con la muerte de aquel hombre. Viviendo un criminal como el doctor Moriarty, los pobres ganapanes del reporterismo tenían materia segura donde trabajar y lucir las miserables flores de su ingenio.

—Ya véis como no se ha perdido mucho, antes bien...

—Pero ¿y yo, querido?—interrumpió Holmes.—Para mí el menor detalle, la más nimia circunstancia de cualquier crimen me servían para adivinar en él la presencia de aquel hombre admirable, de igual modo que en el ligero temblor de la tela de araña adivinamos que el insecto acecha desde su guarida. El robo insignificante, el crimen vulgar, el atentado sin consumación—insignificantes, vulgares é inconcluidos á flor de mirada,—tenían para mí una importancia inapreciable. Lo que pasaba como nubecilla de insignificancia y trivialidad por las gacetillas de los periódicos y las salas de los juzgados, era para mí fuerte y rotunda tempestad movida por la mano de un hombre poderoso é intangible y sin sucesión. Londres, considerado con los ojos profesionales del policía, era la capital más importante de Europa. Hoy... hoy se muere uno de fastidio.

Y bostezó ruidosamente.

Yo me disponía á contestarle cuando sonó un violento campanillazo, seguido de un rumor sordo como si apuñecaran la puerta.

Después se oyeron pasos precipitados en la escalera, en el corredor, y en nuestro cuarto se precipitó un joven convulso, agitado, los ojos febriles, la cabeza despeinada, la tez livida, las manos temblorosas.

Tuvo un momento de vacilación en que sus ojos angustiados giraron de Holmes á mí. Después,

comprendiendo por el asombro de nuestras miradas lo incorrecto de su presentación, exclamó:

—¡Perdonadme, señores! ¡Yo no sé lo que me hagol. Estoy trastornado, loco, Sr. Holmes. ¡Yo soy el misero Hector Mac-Parlane!

Y pronunció este nombre como si él solo bastase para explicarnos el objeto de su visita. Sin embargo, á juzgar por el semblante de Holmes, no parecía más enterado que yo.

—Tranquilizáos, joven—contestó mi compañero—y sentáos antes de hablar. ¿Queréis un cigarro? ¿No? Bien, bien.

Tal como estáis me parece que mi amigo el doctor Watson haría bien en prepararos un sedativo. ¡Ha hecho tanto calor estos días!

Hice lo que me pedía Holmes, y después que hubo bebido el joven, continuó mi compañero:

—Ahora, si os sentís un poco mejor, tendré mucho gusto en oíros hablar y en enterarme quié sois. El modo con que habéis dicho parece indicar que yo debía conocerlo. Sin embargo, por desgracia, no es así. Aparte de ciertos detalles esenciales que me han dicho sois soltero, francmasón, que intervenís en asuntos judiciales y que tenéis principio de asma, no sé nada respecto de vos.

Acostumbrado á los métodos de deducción y observación de mi amigo, me resultó fácil como á Holmes adivinar todas aquellas cosas, fijándome en el desordenado del vestir, en un paquete envuelto en papel de oficio que asomaba por uno de los bol-

sillos, en los dijes de la cadena del reloj y en la fatigosa respiración del joven.

—Sí, tenéis razón—contestó Mac-Parlane—yo soy todo eso que decís y además el hombre más desgraciado de Londres. ¡Por amor de Dios, Sr. Holmes! ¡No me abandonéis! Yo no quisiera que me detuviesen antes de contaros mi historia. Después... después no me importa. Marcharé tranquilo á la cárcel sabiendo que vos trabajaréis por mi salvación.

—¡Deteneros! ¡La cárcel!—exclamó Holmes.—Veo que efectivamente vuestro caso debe ser muy diver... muy curioso. ¿Y por qué os van á detener?

—Por un asesinato.

—¡Demonio!

—Sí; me acusan de la muerte de Mr. Jones Oldacre, de Lower Norwood.

El rostro de Holmes reflejó cierta simpatía no exenta de egoísta satisfacción.

—¡Qué casualidad, hombre! Precisamente hace un momento que hablaba yo con mi compañero Watson de lo aburrido de Londres y de lo poco sensacionales que vienen ahora los periódicos.

El joven alargó su mano temblorosa, y cogiendo de encima de la mesa el *Daily Telegraph*, dijo:

—Bien se conoce, Sr. Holmes, que no habéis leído hoy este periódico, si no hubiéseis comprendido en seguida de lo que se trataba al oír mi nombre. Y abriendo el diario nos señaló la segunda página.

—Aquí está. Oid: «*El misterio de Lower Nor-*

wood.—*Desaparición de un contratista.—Asesinato é incendio.—La pista del asesino.* Ya lo veís, Sr. Holmes. Han encontrado la pista de una persona á quien creen culpable, y esa persona soy yo. Me vienen siguiendo desde la estación de London Bridge, y si no me han detenido ya es porque esperan la orden judicial. Bien sabe Dios que no lo siento por mí, sino por mi madre. ¡Pobre madre mía! ¡Se va á morir del disgusto!

Y retorciéndose las manos convulsivamente estalló en desgarradores sollozos.

Sin saber por qué, sentí nacer en mi alma una inmensa simpatía por aquel hombre aplanado bajo el peso de una acusación de asesinato. Era rubio y de aspecto enfermizo. Tenía los ojos azules y tímidos, el rostro afeitado y la boca doliente y sin color. Representaba unos veintisiete años de edad, y sus modales y su traje eran los de una persona de regular posición.

—Vamos, vamos, tranquilizáos—dijo Holmes.—¿Qué conseguís con dejaros vencer de ese modo? Todo tiene arreglo en este mundo y nuestro asunto también lo tendrá. A ver, Watson, ¿queréis tener la bondad de leer en voz alta lo que dice ese periódico?

Cogí el periódico, y sentándome entre Mac-Farlane y Holmes, leí lo siguiente:

## EL MISTERIO DE LOWER NORWOOD

*Desaparición de un contratista.—Asesinato é incendio.  
La pista del asesino.*

En la madrugada última ha ocurrido en Lower Norwood un suceso que presenta todos los caracteres de asesinato. Escribimos bajo la impresión que nos ha causado la noticia, y aunque quisiéramos hacer dolorosos comentarios, no podemos hacerlo por la falta de tiempo. Nos limitaremos, pues, á narrar escuetamente los acontecimientos tal y como han llegado á nuestra redacción.

Hace muchos años se estableció en Deep Deenhouse un tal Mr. Jones Oldacre, y desde entonces vivía tranquilamente como contratista de toda clase de construcciones. Soltero y de unos cincuenta y tantos años de edad, tenía costumbres algo excéntricas, y no se trataba con ninguno de sus vecinos.

De algún tiempo á esta parte vivía retirado de los negocios, y, según dicen las gentes, había logrado reunir un envidiable capital.

Y vamos con el suceso:

La madrugada última, á eso de las dos, las gentes de la contornada se despertaron alarmadas por un gran resplandor. Pronto se vió que la valla de madera circundante de la casa del contratista era pasto de las llamas. Afortunadamente, los bomberos acudieron en seguida, y aunque no se consiguió salvar la cerca, por estar la madera muy seca, se

»pudo evitar que el fuego se transmitiera á la casa.

»Hasta aquí todo parecía indicar que lo sucedido era uno de tantos incidentes sin importancia. Pero bien pronto varió la cosa. Desde el primer momento se notó la ausencia del contratista, y registrada la casa después de extinguido el incendio, se vió que había desaparecido. Examinando su cuarto, se vió que la cama estaba intacta, pero no así la caja de caudales situada á la cabecera, cuya puerta estaba descerrajada. En el centro de la habitación se encontraron revueltos y rotos una porción de documentos importantísimos. Además se han notado señales de lucha, se han encontrado junto á una ventana un bastón, cuyo puño estaba manchado de sangre.

»Todo parece indicar que se trata de un crimen, y que la policía está sobre las huellas del asesino.

»Se ha comprobado que ayer noche el señor Oldacre recibió la visita de un tal John Hector MacFarlane, que vive en el núm. 426, de Gresham Buildings, E. C., así como también hay la certeza de que el bastón manchado de sangre es propiedad del citado joven.»

#### ÚLTIMA HORA

«A la hora de entrar en máquina este número, ha corrido el rumor de que han detenido á MacFarlane. Lo cierto es que la policía lo persigue activamente, y que no terminará el día de hoy sin que el presunto autor esté á buen recaudo. Conforme va

»pasando tiempo se van conociendo más detalles y se van sumando mayor número de pruebas de la culpabilidad del joven abogado londinense. Además de las indudables señales de lucha que se descubrieron en la alcoba del desgraciado contratista, se han hallado al pie de una de las ventanas las huellas de un cuerpo muy pesado, que alguien arrastró hasta la hoguera de la valla. También se han encontrado restos humanos entre las cenizas.

»La impresión general es que el ex contratista fué asesinado en su alcoba, y que luego el asesino arrastró el cadáver hasta el jardín, y allí lo prendió fuego para borrar toda huella del crimen.

»El notable policía, Sr. Lestrade, de Scotland Yard se ha hecho cargo del asunto, y de su reconocido talento esperamos la pronta y justiciera solución de tan horrible crimen.»

Sherlock Holmes había permanecido con los ojos cerrados y el rostro impasible durante la lectura.

—Es un caso muy interesante—murmuró en cuanto el joven dejó de leer;—pero hay una cosa que no me explico...

—¿Cuál?—preguntó curiosamente MacFarlane.

—Que estáis en libertad, pesando sobre vos sospechas tan contundentes y definitivas.

—Voy á explicaros, Sr. Holmes, mi intervención en el asunto, y esto os servirá de respuesta. Yo, se-

ñor Holmes, habito con mis padres en Torington Lodge Blackheath, y la noche pasada, teniendo que resolver ciertos asuntos, que luego os diré, con el Sr. Oldacre, fui á Norwood, y después de hablar con el contratista, pasé la noche en un hotel. Esta mañana al leer lo que acabáis de oír, comprendí lo apurado de mi situación y me apresuré á venir en busca vuestra. Sin duda, gracias á esta rapidez, no han podido dar conmigo todavía... Pero ya os lo dije antes, me siguen los pasos muy de cerca, y... ¡gran Dios!

Había sonado un violento campanillazo. Se oyeron fuertes y presurosas pisadas en la escalera y en el pasillo, y, finalmente, se abrió la puerta con violencia y en el umbral apareció la escueta figura de nuestro antiguo amigo Lestrade. Detrás de él se veían las siluetas de dos guardias.

—¿El Sr. John Hector Mac-Farlane?—exclamó con voz firme y severa.

El desgraciado joven se levantó, con el rostro lívido y las piernas temblonas. Lestrade dió unos pasos hasta llegar á él, y poniéndole una mano en el hombro, continuó:

—Yo os detengo en nombre de la ley y como autor de la muerte de Mr. Jones Oldacre, de Lower Norwood.

A Mac-Farlane le abandonaron las fuerzas, y volviendo hacia nosotros el rostro, con un gesto de desesperación, se dejó caer desfallecido en el asiento que acababa de dejar.

—Un momento, Lestrade—intervino Holmes.— Me parece que un minuto más ó menos no tiene importancia alguna, y precisamente cuando llegásteis empezaba este caballero á decir la verdad respecto de ese crimen.

—La verdad no hace falta que la diga él—contestó brusca y lúgubrementemente Lestrade.

—Sin embargo, amigo Lestrade, sin embargo, yo desearía oírle antes de que os lo llevarais.

—Como gustéis, Holmes. Ya sabéis que yo tengo mucho honor en servirlos, ya que no por agradecimiento propio, por gratitud de corporación. En Scotland Yard hay el recuerdo de más de tres y de cuatro triunfos vuestros que no se olvidarán nunca. Sin embargo, me váis á permitir que me quede y esté presente á la entrevista.

Luego, mirando el reloj, continuó:

—Os concedo media hora. Pero he de advertiros que diga lo que diga será inútil. Pocas veces se habrá presentado tan claro un asunto.

—Os agradezco mucho vuestra atención—dijo con voz aún temblona el joven abogado.—Tengo la esperanza de que después de haberme oído os convenceréis de la verdad de mis palabras.

Lestrade se encogió de hombros. Holmes se volvió á sentar y tornó á esconder las pupilas bajo los párpados, y Mac-Farlane, con voz que poco á poco se fué haciendo segura, empezó su narración:

—Antes de nada debo deciros que hasta ayer yo no conocía personalmente á Mr. Jones Oldacre, á

pesar de que su nombre me era muy familiar. Según creo, en otros tiempos tuvo relaciones de amistad con mis padres; pero éstas cesaron por completo hace algunos años. Juzgad, pues, cuál sería mi asombro al verle entrar ayer en mi oficina y mucho más al saber el objeto que le impelia á visitarme.

Después de saludarnos y hacerme saber quién era, sacó del bolsillo varios escritos llenos de enmiendas y tachaduras, y poniéndolos sobre la mesa, dijo:

—Aquí tenéis mi testamento. Os ruego lo escribáis en forma legal. Mientras tanto, y como no tengo prisa, esperaré.

Yo me puse inmediatamente á copiar el documento y á las pocas líneas levanté estupefacto la cabeza. El Sr. Jones Oldacre me dejaba toda su fortuna.

Al ver mi asombro, sonrió con una sonrisa extraña, más extraña que su cuerpecillo de viejo marrullero y sus ojos que brillaban como brasas bajo la blancura de las cejas. No dando crédito á mi vista le pregunté si era cierto lo que yo había leído, y entonces, siempre con la misma sonrisa sobre los labios; me contestó que sí, que él era soltero y sin parientes cercanos. También me afirmó que en otros tiempos había sido muy amigo de mis padres y que desde entonces se interesó por mi suerte. Todas estas razones unidas á la que le habían dicho mil alabanzas de mi conducta como hijo y como hombre, le impulsaban á dejar su fortuna á una persona que tan buen empleo podía darle. Deshaciéndome en palabras de gratitud terminé la copia del documento á

lo firmamos en presencia de mis dos pasantes. Aquí lo tenéis, así como el borrador de puño y letra de Oldacre.

Ya de pie, y con las manos enlazadas en el apretón de despedida, el contratista me dijo que tenía en su casa infinidad de documentos, como títulos, obligaciones hipotecarias, etc., etc., que convenia examinar yo, para irme poniendo al corriente de lo que había de heredar. Añadió que no estaría tranquilo hasta concluir todos los trámites que él creía necesarios y para ello me rogó que fuera aquella misma noche á su casa de Norwood con el testamento.

—¡Ah!—dijo por último.—Ya se me olvidaba: no debéis decir una sola palabra á vuestros padres. Es una sorpresa que les preparo.

Después de insistir mucho respecto de este último punto, hasta que consiguió de mí la promesa formal de que lo haría según sus deseos, no me dejó.

Ya comprenderéis, Sr. Holmes, que yo no podía negarme á esta petición suya. El Sr. Oldacre se había transformado de la noche á la mañana en un decidido protector mío, y deber mío era satisfacer todos sus deseos por muy estrambóticos y caprichosos que fueran. Puse, pues, un telegrama á mi familia diciendo que un asunto urgente me impedía ir á cenar y quizás volver en toda la noche.

El Sr. Oldacre me invitó á comer á las nueve de la noche, y ya convenido todo nos despedimos.

Tardé algún tiempo en encontrar la casa, y eran más de las nueve y media cuando llegué al lugar de la cita.

—Un momento—interrumpió Holmes.—¿Quié-  
os abrió la puerta?

—Una mujer de cierta edad, que debe de ser el  
ama de gobierno.

—¿Y fué ella misma quien os condujo á la presen-  
cia de Oldacre?

—Ella misma.

—Está bien. Continúad.

Mac-Farlane se enjugó el sudor que perlaba su  
frente y prosiguió:

—Entré, pues, en el comedor y cené en compa-  
ña del Sr. Oldacre. Cuando nos levantamos de la  
mesa mi bienhechor espontáneo me condujo á su al-  
coba, y abriendo una caja de caudales situada á la  
cabecera de la cama, sacó los documentos de que me  
había hablado y los estuvimos examinando juntos.  
A eso de las once y media terminamos, y entonces  
él, pretextando que no valía la pena de despertar á  
la criada, me hizo salir por una puerta de cristales  
que daba al pasillo.

—¿Tiene visillos esa puerta?

—No sé; creo que sí.

—¿No os fijásteis si estaban corridos?

—No lo recuerdo. Ya en el jardín me acordé del  
bastón; pero Oldacre me dijo, dándome una palma-  
da en el hombro: «Ya lo cogeréis otro día, porque  
no será ésta la última vez que nos veamos, ¿eh?»

Cuando salí á la calle miré el reloj y ví que era  
demasiado tarde para volver á Blackheath. Alquilé,  
pues, una habitación en el Hotel Anerlyc Arms y  
dormí no muy tranquilamente hasta hoy por la ma-  
ñana, en que me ví desagradablemente sorprendido  
con la noticia del crimen.

—Bueno; ¿estáis contento ya, Sr. Holmes?—inte-  
rumpió Lestrade, cuyas cejas se habian fruncido  
más de una vez durante el curso de la narración.

—¿Puedo serviros en algo más?

—Por ahora no. Tal vez luego, cuando vaya á  
Blackheath.

—A Norwood, querréis decir—repuso Lestrade.

—Sí, á Norwood he querido decir—contestó Hol-  
mes con una sonrisa enigmática.

Acostumbrado Lestrade á las sorpresas de Hol-  
mes y á las prodigiosas facultades adivinatorias de  
este hombre de acero, sintió el mordisco de la cu-  
riosidad.

—Tenemos que hablar, Sr. Holmes.

—Cuando queráis.

—Ahora mismo, ¿Puede ser?

—¿Por qué no?—contestó Holmes, siempre son-  
riendo.—¿Y qué pensáis hacer con vuestro dete-  
vido?

Lestrade se volvió hacia los agentes.

—Tened la bondad de acompañar al Sr. Mac-Far-  
lane al coche, y luego llevadle á Scotland Yard.

El mísero joven se levantó, y sin decir nada, pero  
mirándonos con unos ojos llenos de súplica y de an-

siedad, salió de la habitación seguido de los dos agentes.

Quedamos solos Lestrade, Holmes y yo. Mi compañero había cogido los documentos de Mac-Farlane y los examinaba atentamente.

—¿Qué os parece de estos papeles?—exclamó de pronto Holmes, entregándole al policía el borrador del testamento.

Lestrade lo miró y remiró durante largo rato; luego, y con aire preocupado, se lo devolvió á Holmes, diciendo:

—Las primeras líneas están escritas muy claramente, así como las de en medio de la segunda página y las del final de la última. Tienen la claridad de los caracteres de imprenta, pero, en cambio, el texto de las otras páginas no puede ser más confuso, y hasta hay tres sitios en que es ilegible en absoluto.

—Bueno, ¿y qué deducís de eso?—preguntó Holmes.

—¿Qué deducís vos?

Holmes se echó á reír.

—No es mal sistema ese de contestar á una pregunta repitiéndola. Pero, en fin, yo seré más explícito que vos. Ese borrador ha sido escrito durante un viaje. Las partes claras en las estaciones, las confusas durante el trayecto y las ilegibles al pasar por las planchas giratorias. Considerando que la redacción del testamento ha durado todo el viaje y que el tren no se ha detenido en ninguna estación, re-

sulta claro, de toda claridad, que dicho tren era un exprés y que el trayecto ha sido el que media entre Norwood y London Bridge.

Lestrade soltó la carcajada.

—¡Adiós! ¡Ya empezaron las hipótesis y las teorías! Sois terrible, Holmes, cuando dejáis suelta á la imaginación. Vamos á ver, ¿qué relación puede tener todo eso con el crimen?

—Bien claro resulta. Estas observaciones mías ratifican la declaración de Mac-Farlane; el Sr. Oldacre fué redactando el testamento mientras el tren le conducía en busca del joven abogado. ¿Y no os parece un poco extraño, Sr. Lestrade, que un documento de tal importancia se redactara tan precipitadamente? Según mi modo de ver, el individuo que hace de esta manera un acto tan transcendental no le concede importancia alguna; lo considera tal vez como un medio, no como un fin, y hasta es probable que, llegado el momento de formalizar las cosas y cumplir las promesas, se volviera atrás.

—Y, sin embargo—exclamó Lestrade,—al firmar ese documento firmó su sentencia de muerte.

—¿Sí?

—¡Claro! ¿Pero no lo entendéis?

—Hombre... ¡no! Os confieso que todo eso de la sentencia de muerte no lo entiendo muy bien que digamos.

—Pues para mí resulta evidéntísimo. Pocas veces se presentarán asuntos más indudables que éste. Supongamos un individuo sabedor de que á la muerte

de una determinada persona heredará una regular fortuna.

—Ya está supuesto ¿y qué?

—Este joven, deseoso ó necesitado de ese dinero, pone un telegrama pretextando urgentes ocupaciones; espera á la noche, y entrando en casa del viejo espera á que la única persona de la servidumbre esté acostada, y cuando se ha cerciorado de ello, salta sobre el viejo, lo asesina, y arrastrando el cadáver hasta el centro del jardín, prende fuego á la valla de madera para que la muerte se atribuya á un accidente desgraciado. Hecho esto se fué á dormir tranquilamente á un hotel cercano. ¿Qué os parecen mis deducciones, amigo Sherlock?

—Que serían verdad si no fueran mentira.

—¡Bonita contestación!

Holmes se encogió de hombros.

—Mirad, amigo Lestrade. Una de las pocas cualidades buenas que os faltan es la imaginación. Vamos á ver. Supongamos por un momento que vos sois ese joven asesino. ¿Escogeríais para cometer el crimen, precisamente la noche misma en que fué firmado el testamento? ¿No os parece que luego resultaría muy extraña la coincidencia? Además, ¿no habíerais comprendido que era una locura cometer el crimen esa misma noche, sabiendo que la criada os había abierto la puerta y que al día siguiente su declaración sería un cargo terrible contra vos? Y por último, ¿íbais á poner tanto cuidado en la desaparición del cadáver, y tan poco en otras cosas, como,

por ejemplo, el olvido del bastón manchado de sangre, que habría de decir claramente vuestra culpabilidad? Tenéis que confesar, Lestrade, que todo esto hubiera sido obrar como un perfecto imbecil.

—Respecto del bastón, ya sabéis, Holmes, que aun los hombres más avezados al crimen tienen, á veces, descuidos inexplicables para el hombre que conserva toda su sangre fría y que razona y discute desde su despacho. Además, hasta ahora no habéis hecho más que refutar mi hipótesis; pero no me habéis dicho la vuestra.

—Podría decirnos veinte ó treinta—contestó Holmes sonriendo;—pero me conformaré con una. Por ejemplo: el viejo está examinando sus papeles en compañía del joven abogado. Por la carretera pasa un vagabundo que, á través de la puerta de cristales, ve la escena y se esconde para obrar en cuanto se quede solo el viejo. Se marcha el joven, y entonces el vagabundo entra en la habitación, mata al viejo con el bastón de Mac-Farlane y escapa después de haber prendido fuego al cadáver.

—¿Y qué interés podía tener el vagabundo en hacer desaparecer el cadáver?

—¿Y que interés pudo tener Mac-Farlane en hacer eso mismo?

—El de borrar toda prueba comprometedora para él.

—En ese caso me parece que igual deseo podía tener el vagabundo, por muy vagabundo que fuese.

—Pero si fué un vagabundo, ¿cómo os explicáis que no robase nada absolutamente?

—Porque se encontró con que no había más que papeles innegociables en absoluto, y en cambio muy comprometedores.

Lestrade sacudió la cabeza como un hombre que no quiere dejarse convencer por pruebas mezquinas.

—Bueno. Cada loco con su tema. Dedicáos á la busca y captura de ese vagabundo, amigo Holmes, mientras nosotros nos conformamos con Mac-Farlane. El porvenir dirá quién tiene razón. Pero fijáos, amigo Holmes, en que no ha sido robado un solo documento y en que únicamente nuestro detenido es la sola persona que podía no tener interés en cogernos, puesto que, como heredero, había de tenerlos más tarde con todas las formalidades legales.

Por la cara que puso Holmes comprendí que este último golpe fué bien dirigido.

—Convengo—dijo ya un poco más serio,—convengo en que todas las apariencias son más favorables á vuestra hipótesis que á la mía. Pero no importa. Como habéis dicho hace un momento, el porvenir decidirá.

Y tendiendo la mano, en señal de despedida, á Lestrade, continuó:

—Es posible que nos veamos en Norwood esta tarde.

—¿Váis á ir?

—No lo sé; por eso he dicho que es posible.

Después de la marcha del policía, Holmes hizo sus preparativos de viaje con el apresuramiento de un hombre que cuenta con pocas horas para cumplir una larga é inevitable misión. Al cabo de media hora ya estaba con el gabán puesto y el saquito de viaje en la mano.

—Vaya, adiós Watson.

—¿Adónde váis á ir?

—A Blackheath.

—¿Y por qué no váis primero á Norwood?

—Porque en este asunto, como en todo, hay dos puntos importantes y la policía ha cometido la candidez de fijarse únicamente en el segundo, engañada por la aparente claridad del crimen. Yo voy en busca del primero. Me parece que, lógicamente pensando, hay que buscar antes que nada la razón de ese extraño é inesperado testamento que instituye heredero universal á un muchacho que no tenía relación de ningún género con el testador.

—¿No queréis que os acompañe?—pregunté.

—No. Se trata de una expedición vulgarísima y sin peligro de ningún género que precisara vuestra inestimable ayuda. Así, pues, esperadme aquí, y yo creo que esta noche podré daros alguna noticia que corrobore lo dicho por ese joven tan simpático y tan desgraciado.

nes Oldacre era un redomado granuja. Lo primero que hice fué dirigirme á la casa de Mac-Farlane; el padre había salido en busca de noticias, y por lo tanto no hallé más que á la madre, una mujercilla de pelo rizado y de ojos azules, temblorosa de miedo y de indignación. Aunque, naturalmente, no admitía de ningún modo la posibilidad de que su hijo hubiese cometido un crimen semejante, no me pareció muy asombrada ni muy dolida de la muerte de Oldacre. Al contrario, me habló del contratista con tal odio y tal indignación, que sus palabras, si las hubiera oído alguno de la policía, habrían sido una prueba más contra su hijo. Nada más natural que el joven Hector, impulsado por el odio de su madre, llegara hasta el crimen.

—Ese hombre—me decía la flaca mujercita llameándole de cólera las pupilas azules—ha sido desde muy joven un perfecto canalla. Su alma era almacén de todos los vicios y de todas las infamias.

—¿La conocisteis en su juventud?

—¿Que si le conocí? ¡Ya lo creo! Fué de mis pretendientes más obstinados. Afortunadamente el Señor me iluminó y lo rechacé á pesar de su fortuna para casarme con un hombre más pobre que él, pero más, mucho más honrado y de mejores sentimientos. Siendo novia suya, mejor dicho, no habiéndome decidido aún por nadie, me dijeron que tuvo la crueldad de encerrar un gato en un palomar, y fué tal la repulsión que me causó este innoble acto suyo,

## II

Bien entrada la noche volvió mi compañero. En cuanto le ví juzgué por el decaimiento del rostro y el modo con que se quitó el abrigo y dejó caer el saco de mano, que las esperanzas y las ilusiones matinales habían desaparecido por completo. A mis ansiosas preguntas no se dignó contestar, y después de quedarse en traje de casa se recostó sobre la chimenea y durante media hora estuvo tocando encarnizadamente el violín. Pasados los treinta minutos dejó el instrumento, y sentándose junto á mí empezó á hablar.

—Esto va mal, Watson, muy mal, cada vez peor. Hay que desengañarse. Alguna vez habían de estar sobre la buena pista los torpes y los tantas veces equivocados. Mucho me temo que si ponemos en uno de los platillos de una balanza mis suposiciones y en el otro la realidad de los hechos, mucho me temo, repito, que el bonachón jurado inglés no tenga la suficiente inteligencia para ver que pesa más mi platillo que el que le sirve de apoyo á Lestrade.

—¿Qué? ¿Habéis estado en Blackheath?

—Sí; he estado en Blackheath y he adquirido desde el primer momento la convicción de que Mr. Jo-

que desde entonces me negué á cruzar con él la menor palabra.

Y abriendo un cajón de la cómoda, sacó un retrato de mujer destrozado á navajazos, y continuó:

—Esta era yo en aquella época, y el día de mi boda me devolvió la fotografía, tal como véis, acompañada de su maldición.

—Sin embargo—contesté—según parece os ha perdonado luego, puesto que deja por heredero de toda su fortuna á vuestro hijo.

—Ni mi hijo ni yo aceptaremos nada de ese hombre aunque nos estuviéramos muriendo de miseria—exclamó ella enérgicamente.—Si es cierto que existe Dios, ya veréis como se descubre la verdad y todo el mundo se convencerá de que las manos de mi hijo no se han manchado en la sangre de ese bandido.

Intenté arrancarle algunas palabras más, pero no conseguí nada, y mucho menos en apoyo de mi hipótesis. Al contrario; todo parecía indicar que el joven Mac-Farlane había cometido el crimen impulsado por su madre, la mujercilla de apariencia histérica y de ojos azules.

Me despedí de ella y tomé el tren con dirección á Norwood.

La casa llamada Deep-Dee House es un hotel de moderna construcción, situado en medio de una planicie y rodeado de altos y copudos árboles. A la derecha está el patio, cuya cerca de madera fué parte de las llamas. Aquí tenéis un plano de la casa

y de las habitaciones. Este cuadrado que véis aquí es la puerta de cristales por donde salió el joven Mac-Farlane y la cual examiné cuidadosamente.

—¿Estaba allí Lestrade?

—No; pero me encontré con el inspector segundo que se brindó á acompañarme desde el primer momento y que me informó detalladamente de la marcha del sumario. Aquella misma mañana encontraron entre las cenizas y los huesos calcinados unos discos de metal que me enseñó, y que desde el primer momento comprendí que eran unos botones. En uno de ellos lei el nombre Hyams, que, según parece, es el sastre del pueblo, y que era el que hacía toda la ropa á Oldacre. Luego examiné el césped y la tierra del jardín, buscando alguna huella, pero como hace tanto calor y sequedad durante estos días, no encontré la más mínima señal. Lo único que noté fué el rastro que había dejado un cuerpo muy pesado que arrastraron desde la puerta de cristales hasta la cerca de madera destruida por el incendio. Como véis, todo confirma la acusación primera. Inútilmente permanecí durante una hora bajo el martirio del sol, tendido boca abajo, buscando entre las cenizas algún indicio salvador. Nada.

Después de esto, que podemos llamar derrota, entré en la alcoba del muerto y la examiné atentamente. Las manchas de sangre del piso y del bastón—que indudablemente es el del joven Mac-Farlane—aunque no muy espesas ni numerosas, se notaba que eran recientes. Sobre la alfombra noté las hue-

llas de dos hombres, pero no de tres, lo cual como véis, contribuye á destruir mi hipótesis. Todos los detalles confirman la versión oficial, y no solo la confirman, sino que cada nuevo descubrimiento la afianza con grave quebranto de la nuestra.

Todo estaba en contra mía. No entreví ni el menor rayo de esperanza. Después examiné la caja de caudales y los documentos que contenía. A juzgar por ellos y por el talonario de cheques, la fortuna de Mr. Oldacre no es tan importante como decían. Sin embargo, y á despecho de lo afirmado por Lestrade, yo tengo la seguridad de que allí faltaban algunos papeles importantes á juzgar por ciertas alusiones que he visto en los otros y que parecen indicar que precisamente han desaparecido los de más valor. Si lográsemos demostrar esto plenamente, uno de los argumentos más contundentes de Lestrade se volvía contra él. En efecto, ¿por qué había de robar el joven Mac-Farlane unos papeles que legalmente le habían de ser entregados?

Por último hablé con el ama de gobierno. Esta señora Lexington—tal es su nombre—es una mujer alta, morena, de muy pocas palabras y de ojos recelosos y enemigos de mirar cara á cara. Tengo la seguridad de que detrás de su frente hay más de un secreto y que quizás ella pudiera servirnos de mucho en esta ocasión... pero se obstina en callar y en no decir más que lo absolutamente preciso.

A mis preguntas contestó con lo anteriormente declarado. Dice que abrió la puerta al joven Mac-

Farlane á eso de las nueve y media de la noche; que le condujo hasta el comedor, y que á las diez y media, después de quitar la mesa, se fué á acostar, no sabiendo una sola palabra más de lo ocurrido.

—¿Os fijásteis si el joven entró con el sombrero y el bastón en el comedor?—le interrumpí.

—Creo que no. Me parece que dejó ambas cosas en el perchero.

Luego continuó diciendo que la primera noticia que tuvo del crimen fueron las veces de «¡fuego!» «¡fuego!» que la despertaron y la hicieron correr medio desnuda al patio, donde indudablemente ardía el cadáver de su desgraciado señor.

—¿Sabéis si Mr. Oldacre tenía algún enemigo?—la dije.

—¿Enemigos? Siempre tenemos alguno, aunque no lo sepamos—contestó eludiendo mis miradas.—Pero mi señor hacía una vida retirada y sin meterse con nadie.

También confirmó mi sospecha de que los botones hallados pertenecían á Oldacre, diciendo que eran los que tenía el traje que llevaba la noche de autos.

Por último, aseguró que cuando llegó al incendio, no distinguió más que una inmensa hoguera, aunque notó, como alguna otra persona de las que acudieron, olor á carne quemada.

—¿Sabéis á cuanto ascendería la fortuna de mister Oldacre?

A esta pregunta mía se encogió de hombros con-

testando que no, que jamás se había preocupado de los negocios y de la posición de su amo.

Hubo una pausa. Holmes se retorció las manos nerviosamente, y con una amargura que en muy pocas ocasiones noté en sus palabras, continuó:

—Ahí tenéis, amigo Watson, todo lo que he sacado en limpio... Todo, absolutamente todo, parece dar la razón á las afirmaciones de Lestrade, y... sin embargo, sin embargo... yo dudo, y algo dentro de mí que me dice son mentira las apariencias y que el ama de llaves debe tener también la que abra el misterio. En sus ojos, en sus respuestas capciosas, en las palabras dichas lentamente, y como aprendidas de memoria, yo he visto algo extraño é inexplicable.

—Entonces...—insinué.

—Entonces, amigo Watson—añadió Holmes con mayor amargura todavía,—no conseguiremos nada. Tengo el presentimiento de que esta vez voy á ser vencido y de que este crimen no figurará en la serie de mis éxitos. Y si no al tiempo.

—Sin embargo, querido Holmes, yo creo que la actitud del jurado impresionará favorablemente á los jueces.

—No os fiéis mucho, Watson. ¿Os acordáis de aquel famoso asesino Bert Stevens que nos rogó que le amparáramos? Me parece que fué en el año 87. Pues bien; ya recordaréis lo correcto de su actitud, lo noble de su aspecto y la dulzura de sus palabras.

—¡Es verdad!

—Así es, querido Watson, que como no logremos hallar pruebas más convincentes, el pobre Mac-Farlane se puede considerar perdido. Todo se vuelve contra él y nada hay en favor suyo... á no ser un pequeño detalle.

—¿Cuál?—exclamé ansiosamente.

—Examinando el talonario de Mr. Oldacre, he visto que el crédito era insignificante á causa de haber suscrito en lo que va de año una porción de cheques de bastante importancia á nombre de un tal Cornelius. Ya comprenderéis que si logramos saber quién es este caballero y en virtud de qué servicios ó combinaciones le entregaba tales cantidades el difunto contratista, tal vez nos pusiéramos en buen camino. Mañana seguiremos nuestras pesquisas; pero ya os dije antes, amigo Watson, que en este asunto llevamos la de perder. ¡Ojalá me engañe! Pero ahora, en este momento, casi podéis asegurar que el crimen de Lower Norwood será un triunfo para Scotland Yard y una derrota para Sherlock Holmes.

Nunca logré saber si Holmes durmió aquella noche. Lo cierto es que al levantarme al día siguiente, lo encontré pálido y fatigado, con los ojos brillantes y febriles entre la mancha cárdena de los ojeras.

El suelo estaba, en torno del sillón, cubierto de colillas y de los periódicos de la mañana.

—¡Hola, Watson!—me dijo al entrar yo en la habitación.—A ver qué os parece ese telegrama.

Y me señaló uno que estaba abierto encima de la mesa. Procedía de Norwood y decía lo siguiente:

«Nueva prueba abrumadora. Culpabilidad MacFarlane demostrada definitivamente. Os aconsejo que abandonéis asunto por imposible.—*Lestrade.*»

—¡Demonio!—exclamé.

—Ya lo véis, Watson—dijo Holmes tristemente.—Ese telegrama es el canto de triunfo de *Lestrade*.

—¿Y qué?—pregunté lleno de ansiedad.—¿Pensáis abandonar la partida?

—¡Eso nunca! Después de todo, una prueba cualesquiera puede transformarse en un arma de dos filos y demostrar lo contrario de lo que parezca á

primera vista. Váis á desayunaros en seguida, amigo Watson, para ponernos en camino cuanto antes. Hoy sí que me parece que os voy á necesitar.

—¿Creéis que haya algún peligro?

—Peligro material, no; moral, sí. Y para estos desengaños y estos decaimientos espirituales deben ser los amigos. ¡*Mistress Hudson!* Traed el desayuno de Watson.

—¿Y el vuestro?

—Yo no quiero.

Creo haber dicho en alguna otra ocasión, y si no lo digo ahora, que Holmes en las grandes crisis psicológicas suprimía toda clase de alimento, y era tal el poder que tenía sobre sí mismo en esas ocasiones que nada parecía indicar, ni nadie notaba lo próximo que estaba á caer desmayado de inanición. «En esos momentos no hay que malgastar energías de ningún género con la digestión», me contestaba, cuando yo, invocando mi autoridad de médico, pretendía convencerle de que debía comer algo.

Así, pues, en la mañana de que vengo hablando, yo fuí el único que se desayunó, á pesar de lo cual, cuando salimos á la calle marchaba tan ágil y tan campante á mi lado.

Al cabo de una hora llegamos á Norwood. Ante Deep Deen House, había estacionados varios grupos de esa clase de gente enamorada de los crímenes y de los espectáculos repugnantes.

Entramos en el jardín y en seguida nos salió al encuentro *Lestrade* con la cara resplandeciente de

triufo. No pudo contenerse, y antes de llegar á nosotros exclamó á grandes voces:

—¡Hola, amigo Holmes! ¿Venís á demostrarnos que estamos equivocados? ¿Y ese vagabundo? ¿Pareció ya?

—Todavía no he encontrado una solución exacta—contestó Holmes tranquilamente.

—Nosotros, sí—repuso Lestrade reuniéndose con nosotros y echando á andar los tres hacia la casa.—Tenemos la prueba definitiva, absoluta. Ahora sí que no os queda más remedio que confesar vuestro error, amigo Holmes.

—Realmente—dijo mi compañero con la misma impasibilidad—no hace falta más que veros para juzgar que debéis de haber descubierto algo extraordinario.

Lestrade lanzó una carcajada.

—Amigo, no siempre váis á ser vos quien lo acierte todo. Alguna vez hemos de ser los demás. ¿No es cierto, Watson? Venid por aquí, señores; voy á tener el gusto de demostraros plenamente que el señor Mac-Farlane es el asesino de Mr. Jones Oldacre.

Nos hizo atravesar un corredor y nos condujo á una oscura antesala.

—Aquí está el perchero—continuó triunfalmente el policía—y de aquí cogió el sombrero el asesino después de cometer el crimen. ¡Voilà!

Y con un gesto teatral encendió una cerilla y nos señaló una mancha de sangre sobre la pared enca-

da. Luego, acercando más la cerilla y aproximándonos más nosotros, ví que no era una mancha de sangre sino la huella clara é indudable de un dedo pulgar.

—Tened la bondad de mirarlo con vuestra lupa, Sr. Holmes.

—Ya, ya; eso estoy haciendo.

—Ya sabréis, querido colega, que en el mundo no hay dos pulgares iguales.

—Sí; algo he oído decir respecto de eso.

—Pues bien; tened la bondad de comparar esa huella con ésta, que he hecho tomar hoy mismo del pulgar de Mac-Farlane.

Y colocó el pedazo de cera junto á la mancha de sangre. No era necesaria la lupa. Aun á simple vista se comprendía que las dos huellas correspondían al mismo dedo. Mac-Farlane estaba irremisiblemente perdido.

—¡Es indudable!—exclamó Lestrade.

—¡Indudable!—dije yo como un eco.

—¡Indudable!—repitió Holmes.

Algo noté en su voz que me extrañó y me hizo volver la cabeza. Su rostro había variado por completo. Sus ojos brillaban animosamente, y por las violentas contracciones bucales comprendí que hacía grandes esfuerzos por contener la risa.

—¡Indudable! ¡Es indudable!—repitió.—¿Quién se lo había de imaginar? Un muchacho tan simpático, tan amable, tan... ¡Cómo engañan las apariencias! Esta lección me servirá para no dejarme llevar otra

vez del primer impulso. ¿Verdad, amigo Lestrade?

—Sí, Sr. Holmes. Hay ciertas gentes que tienen el inmenso defecto de la vanidad y se creen superiores al resto del mundo y que sólo sus palabras son las verdaderas.

A pesar de lo directas que iban al amor propio de Holmes las palabras de Lestrade, aquél no se dió por entendido y continuó hablando como si tal cosa.

—¡La verdad es que ha resultado providencial esta huella! Nada más natural ni más lógico que apoyar el pulgar en la pared cuando se va á coger el sombrero de la percha.

Por segunda vez noté en el rostro de mi compañero la comezón de reír, pero de igual modo que antes se contuvo y prosiguió en el mismo tono tranquilo y reposado.

—¿Y quién, quién ha sido, amigo Lestrade, el autor de este importantísimo descubrimiento?

—La señora Lexington.

—¿La señora Lexington?

—Sí; el ama de gobierno. Esta mañana se lo dijo el agente Hognes.

—¿El agente Hognes? ¿Y dónde está el agente Hognes?

—En la alcoba del muerto; pasó allí la noche de guardia para que nadie tocara lo más mínimo.

—¿Y cómo os explicáis, amigo Lestrade, que esta señal pasara inadvertida ayer á vuestra reconocida y envidiable sagacidad?

—Muy sencillo. Como véis, este es un lugar bas-

tante obscuro y que además no había razón ninguna para examinarlo.

—Es verdad. Realmente es indudable que ayer esta pared estaba completamente limpia.

Lestrade dió un salto y se le quedó mirando á Holmes como á un loco. Yo mismo quedé sorprendido, y las palabras de mi amigo, á pesar de la risa contenida de antes, me supieron á extrañas.

—¿Habéis dicho que ayer no había esta señal?— preguntó Lestrade no dando crédito á sus oídos.

—He dicho que ayer no había esta señal—contestó Holmes, sonriendo tranquilamente.

—¡Esto ya es demasiado!—exclamó el policía.— Entonces, según vos, el joven Mac-Farlane ha salido esta noche de la cárcel con el único y exclusivo objeto de venir á dejar en la pared esta prueba definitiva de su culpabilidad, ¿no es eso?

—Yo no he dicho semejante cosa.

—Pero no me negaréis tampoco que esta señal es la de un dedo suyo.

—No sólo no lo niego, sino que lo afirmo. Lestrade se echó á reír.

—Vaya, Holmes, veo que siempre habéis de estar soñando... Yo, en cambio, soy un hombre práctico y que afianza todas sus afirmaciones en la realidad.

Y luego, mirando al reloj, añadió:

—Ya es tarde. Voy á escribir el resultado de mis gestiones, si tenéis que decirme alguna cosa me encontraréis en el comedor.

—Realmente, querido Watson—me dijo Holmes echando á andar pasillo adelante,—esta es una prueba terrible contra el pobre Mac-Farlane; pero precisamente ahora es cuando yo confío más en su salvación.

—No sabéis lo que me alegra oiros hablar de ese modo—contesté;—yo ya empezaba á temer que todo estaba perdido para él.

—No es que yo diga que esté ya salvado; pero no le falta mucho. El inspector Lestrade cometió ayer un olvido imperdonable.

—¿Cuál?

—El no examinar ese pasillo. Fijáos bien en lo que os voy á decir: *Estoy completamente, absolutamente seguro, de que ayer no existía en la pared esa huella sangrienta.* Y ahora, si os parece, amigo Watson, vamos á dar unas vueltas por el jardín. Hace un tiempo hermosísimo.

## IV

Largo tiempo paseamos por el jardín. Yo, aunque lleno el cerebro de negras ideas y funestas deseperanzas, sentía germinar en mi corazón un presentimiento vago, impreciso, pero consolador. Holmes no me habló una sola palabra mientras dimos lentamente la vuelta á la casa y la examinó por los cuatro costados. Luego entramos en el interior y lo recorrimos todo, desde los sótanos hasta los graneros. Aunque la mayor parte de las habitaciones estaban vacías, Holmes las inspeccionó con igual cuidado que las amuebladas. Por último, al llegar al corredor del último piso, al cual daban tres cuartos llenos de trastos viejos, se echó á reír.

—¿Qué os pasa?—pregunté asombrado.

—Una friolera, ilustre doctor, una friolera. Verdaderamente no he visto en mi larga vida de aventuras un asunto tan interesante como éste.

—¿Pero habéis descubierto algo?

—¡Ya lo creo! Ha sonado la hora de la venganza, y voy á pagarle á Lestrade con la misma moneda sus burlas y sus desplantes de hace poco.

—¿Pero?...

—Nada; no me preguntéis nada; porque por aho-

ra es un secreto. Permitidme que os dé una sorpresa.

Bajamos en busca del inspector de Scotland Yard, y entrando en el comedor le vimos sentado á la mesa muy atareado escribiendo.

—¿Qué? ¿Cómo va esa memoria?—exclamó Holmes alegremente.

—Bien.

—Me parece que obráis un poco de ligero. A pesar de vuestras seguridades, yo sigo creyendo que esa prueba no es completamente definitiva.

Lestrade conocía demasiado á mi amigo para depreciar sus palabras. Así, pues, dejó la pluma sobre la mesa, y mirándole fijamente preguntó:

—¿Qué queréis decir con esas reticencias?

—Pues sencillamente que no os habéis cuidado de tomar declaración á un testigo importantísimo.

—¿Cuál?

—Uno.

—Bueno, ¿pero dónde está?

—Para eso he venido á buscaros.

Lestrade se levantó.

—Se le puede ver ahora mismo.

—No deseo otra cosa. ¿Cuántos agentes tenéis aquí?

—Tres.

—Bastan. ¿Son hombres robustos?

—Sí.

—¿Tienen buena voz?

Lestrade se le quedó mirando con la boca abierta.

—Creo que sí. Pero no veo la necesidad de que tengan buena voz para...

Holmes se encogió de hombros.

—Yo, sí. Y si eso os extraña ¿qué diréis cuando os haga ver cosas mucho más extraordinarias? Tened la bondad de hacer venir á esos agentes.

Cinco minutos después los agentes estaban de pie enfrente de nosotros.

—Vamos á ver—dijo Holmes.—¿Sabéis dónde está el granero?

Los tres agentes inclinaron la cabeza en sentido afirmativo.

—Perfectamente. Entonces váis á subir al granero y cogereis tres grandes brazados de paja, y con ellos nos esperáis en el corredor del tercer piso.

Los tres agentes salieron del comedor.

—¿Para qué queréis esa paja—preguntó Lestrade cada vez más intrigado.

—¡Ah, querido!—exclamó Holmes con voz enfática y burlona.—Esa paja ha de ser la que nos traiga al testigo. ¿Tenéis cerillas, Watson? ¿Sí? Muy bien. Ahora, señores, tened la bondad de seguirme.

Quando llegamos al tercer piso, ya nos esperaban en el corredor los tres agentes al lado de un gran montón de paja. Holmes, sin decir una palabra y con ademanes misteriosos, nos condujo á un extremo del pasillo. Los tres agentes sonreían; Lestrade estaba profundamente preocupado; yo no quitaba los ojos de Holmes, que parecía un pestidigitador disponiendo un complicado y divertido juego.

—A ver, Lestrade, ¿queréis tener la bondad de enviar á dos de estos buenos mozos por dos cubos de agua?

Sin que el inspector dijera una palabra, dos de los agentes se apresuraron á cumplir el deseo.

—Mientras tanto—continuó Holmes,—nosotros vamos á colocar la paja aquí, en el centro, lo más lejos posible de las paredes.

Así lo hicimos, y no habíamos terminado aún cuando subieron los dos agentes con los cubos llenos de agua.

—Bueno, ¿está ya todo?—preguntó Holmes echando una mirada en torno suyo.

Lestrade no pudo contenerse más, y con voz agria y descompuesta, dijo:

—Pero ¿qué mojiganga estáis haciendo? Si sabéis algo, decidlo de una vez sin necesidad de todo este aparato.

—Tened la seguridad, ¡oh, admirable y sagaz amigo Lestrade! que si obro de esta manera es porque no hay otro remedio. No teníais tanta impaciencia antes cuando os burlábais de mí. A ver, Watson, tened la bondad de abrir esa ventana y prender fuego á la paja.

Así lo hice.

En seguida, y empujada por la corriente de aire, una humareda espesa invadió el pasillo, mientras la paja seca ardía sonoramente.

—Ha llegado el momento de que aparezca el testigo. Vamos á ver, señores, procuremos gritar todos

á una: «¡fuego!» ¿Estamos? A la una, á las dos, ¡á las tres!

—¡¡Fuego!!—gritamos todos.

—Gracias. Otra vez.

—¡¡Fuego!!

—Muy bien, otra vez, la última.

—¡¡Fuegoooo!!!

Las voces debieron de oírse en todo Norwood. Apenas el eco se había apoderado de nuestro último grito, cuando ocurrió una cosa extraordinaria. En el fondo del pasillo, donde creíamos que no había más que la pared, se abrió una puerta, y un hombrecillo, con los vestidos en desorden, y los ojos fuera de las órbitas, salió dando brincos.

—¡Ajajá!—exclamó Holmes.—Tened la bondad, señores de echar el agua de los cubos sobre la hoguera.

Y luego, volviéndose al inspector y haciendo una ceremoniosa reverencia, prosiguió:

—Amigo Lestrade: tengo el honor de presentaros al testigo principal, Mr. Jones Oldacre.

Lestrade se quedó mirando estupefacto, atónito, al aparecido. Este, parpadeaba sus ojuelos, crueles y astutos de ave de rapiña. Era un hombrecillo repulsivo, con todas las apariencias de una mala persona. ®

—¿Qué demonios es esto?—exclamó el detective cuando le dejó hablar el asombro.—¿Qué diablos hacíais ahí dentro?

Oldacre intentó reír, con lo cual su rostro se hizo

más repugnante, y sus ojos, ya acostumbrados á la luz, se volvieron hacia la cara, roja por la cólera, de Lestrade.

—Nada malo, señores, nada malo...

—Con que nada malo, ¿eh? ¿Os parece bueno entonces poner todos los medios para que ahorquen á un inocente?

El miserable empezó á gemir lleno de terror...

—Yo os juro, señores, que se trataba de una broma... Era una broma nada más...

—¡Una broma! Pues yo os aseguro que no os váis á reír mucho tiempo. A ver, sujetarle y bajarle al comedor hasta que yo vaya.

Los tres agentes desaparecieron, arrastrando al vejete, que se resistía lloriqueando y pataleando.

—Ya comprenderéis, Sr. Holmes—dijo Lestrade en cuanto nos quedamos solos—que yo no podía hablar delante de esos hombres. Ahora es otra cosa. El doctor Watson es una persona discreta. Os estoy muy agradecido. A no ser por vos se hubiera condenado á un inocente, y más tarde ó más temprano hubiera caído el descrédito sobre Scotland Yard, mejor dicho, sobre mí.

Holmes sonrió, y dando palmadas en el hombro de Lestrade, dijo:

—Todo lo contrario, querido. En vez de desacreditaros, este asunto será para vos uno de los mayores triunfos. Todo se reduce á que rompáis lo que lleváis escrito y hagáis una versión completamente distinta.

—¿Pero y vos?

—¿Cómo yo?

—Sí; ¿no queréis que figure vuestro nombre?

—De ningún modo, La satisfacción íntima es mi mayor recompensa. Tal vez dentro de algunos años vendrá la gloria á buscarme, cuando yo le consienta á mi fiel historiador que narre esta aventura. Hasta entonces... Vaya, vamos á ver la guarida de esa animalucho.

Cogiendo próximamente seis pies del pasillo, habían levantado un tabique con una puertecilla perfectamente disimulada con el yeso. En la reducida habitación, formada de esta manera, había una pequeña mesa, un colchón, algunos comestibles y muchos libros y papeles.

—Muy bien—dijo Holmes después de echar una rápida ojeada á todo aquéllo.—De algo le había de servir á ese tipo el haber sido tanto tiempo contratista.

—¿Pero se habrá hecho él solo esa guarida?—preguntó Lestrade.

—No sé; pero por si acaso debéis echar mano al ama de gobierno. Esa señora Lexington me parece una pájara de cuenta.

—Seguiré vuestros consejos, Sr. Holmes; pero decidme: ¿cómo lograsteis descubrir ese escondite?

—Desde el primer momento, amigo Lestrade, adquirí la convicción de que Oldacre estaba vivo y oculto en la casa. Faltaba saber dónde, y para eso la registré minuciosamente, hasta que, observando

que el pasillo del tercer piso tenía seis pies menos que los correspondientes de los pisos inferiores, adquirí la certeza de dónde estaba la guarida. En seguida formé el plan de ataque, seguro de que el mismo Oldacre se descubriría al oír los gritos de alarma. Bien es verdad que pudimos ahorrarnos esa molestia y derribar el tabique de primera intención; pero yo sentía un malsano deseo de venganza por vuestras burlas de por la mañana.

—Ya, ya; me habéis pagado en la misma moneda; y cómo diablos os animásteis hoy y no ayer á registrar la casa?

—Por la huella del pulgar. Por eso, cuando vos exclamásteis que esa prueba era indudable yo repetí el adjetivo, pero en sentido completamente opuesto. El día anterior yo había examinado la pared y tenía la seguridad que estaba completamente limpia. Luego resultaba indudable que la señal fué hecha durante la noche.

—¿Pero cómo iban á hacerla?

—Muy sencillo. Ya recordaréis que algunos de los documentos examinados por Mac-Farlane y Oldacre han aparecido en sobres perfectamente lacrados. Indudablemente, Jones Oldacre consiguió que él apoyase el pulgar sobre el lacre, lo cual era muy fácil de conseguir, pues no había de excitar sospecha ninguna en el ánimo del joven. Sin embargo, creo que, á pesar de haberse procurado esa marca, el viejo no sabía aún cómo la utilizaría. Debió ser luego, durante sus largas meditaciones en el encierro.

cuando se le ocurriera que esta señal podía ser una prueba irrecusable, definitiva, la que diera el golpe de gracia á la suerte del pobre Mac-Farlane. Nada más fácil que con un poco de cera obtener esta huella del pulgar, y luego, manchando la cera con sangre, reproducir la huella sobre la pared. Tengo la seguridad de que cuando se registre el escondite ha de hallarse entre los papeles el pliego con la huella del pulgar de Mac-Farlane.

—¡Asombroso!—exclamó Lestrade.—Ahora todo parece claro como agua de roca. Ya no os falta más que decirme la razón que haya tenido ese viejo repugnante para obrar de tal modo.

Para mí lo verdaderamente asombroso y chusco era el cambio operado en la actitud del policía. A sus arrogancias de antes había sucedido una respetuosa atención; sus desplantes y vocerío cambiáronse en mesurada y discreta habla, muy de discípulo en presencia del maestro.

—Tampoco eso me parece difícil de explicar—dijo Holmes contestando á la pregunta de Lestrade.—Ese gentlemán que nos espera en el comedor, es una mala persona que, entre sus buenas cualidades, tiene la de ser vengativo. Ya recordaréis que la madre de Mac-Farlane, siendo soltera, rehusó casarse con él. En la cara del policía se pintó la estupefacción.

—¿No lo sabíais? ¿No habéis hablado con ella? ¡No?... Mal hecho. Ya os dije que las pesquisas debían empezar en Blackheath. Pero, en fin, lo mismo da. El caso es que esta injuria le hirió de tal modo

que se incrustó en su cerebro de malvado y se pasó toda la vida buscando un medio de venganza, sin encontrarlo hasta ahora. Durante estos últimos años sus negocios no iban todo lo bien que hubiese querido, y ciertas especulaciones secretas me han demostrado que se hallaba en un verdadero aprieto. Entonces formó el propósito de jugar una mala pasada á sus acreedores, y para ello suscribió cantidades muy considerables á favor de un tal Cornelius que, ó mucho me engaño, ó debe ser el mismo bajo otro nombre. Todavía no he tenido ocasión de seguir la pista de estos cheques, pero os puedo asegurar que habían sido descontados en alguna casa de banca de cualesquiera otra provincia donde Oldacre viva bajo el nombre de Cornelius cortas temporadas. Ya comprenderéis que una vez tomadas tales precauciones, no iba á quedarse en medio del camino, y que, por lo tanto, nació en él la idea de desaparecer en absoluto.

—¡Asombroso!—interrumpió Lestrade.

—Una vez que se le ocurrió esta idea apareció la de la venganza. Como véis, era una jugada magnífica. Al mismo tiempo que salvaba toda su fortuna, que se burlaba de sus acreedores, haría creer á todo el mundo que el hijo de su antigua prometida le había asesinado alevosamente. Debemos reconocer que obró en esta ocasión, hasta en los menores detalles, con un talento verdaderamente admirable, digno de un gran maestro del crimen. La invención del testamento como acicate del crimen, la visita

secreta, hecha sin conocimiento de los padres, el bastón manchado de sangre, los huesos calcinados, los botones, todo, absolutamente todo, estuvo maravillosamente pensado y realizado. El joven Mac-Farlane podía considerarse definitivamente perdido; á cada nuevo descubrimiento, nueva prueba acusadora. Sin embargo, le faltó á Jones Oldacre la suprema cualidad del artista: la de saber dónde debía detenerse. Quiso perfeccionar lo que ya era perfecto; apretar más el nudo que ya oprimía la garganta de su víctima, y... lo echó á perder... Mas ya hemos llegado al comedor. Entremos.

El odioso vejete, que estaba sentado en un sillón entre dos agentes, al vernos entrar se levantó, exclamando con voz temblona y lloriqueante:

—¡Por Dios, señores, tened compasión de mí! ¡Era una broma, nada más que una broma! Si me oculté fué para gozarme luego con aparecer cuando todo el mundo me creyera muerto; pero tened la seguridad de que no hubiera dejado nunca que condenasen al joven Mac-Farlane.

—Bueno, basta de lloriqueos. Nosotros no somos quienes han de decidir en este asunto. Nosotros nos limitaremos á acusaros de un complot, mejor dicho, de una tentativa de asesinato con todas las agravantes.

—Y de ese modo—intervino Holmes—vuestros acreedores podrán cobrar todo el dinero de ese ilustre señor Cornelius.

El viejo dió un salto, y perdiendo toda continen-

cia, clavó sus ojos crueles y taladrantes en mi compañero, y con voz de rabia y de odio, exclamó:

—¡Ah! ¿También sabéis eso? ¡No importa! La vida es larga y ya nos volveremos á encontrar. Veremos á ver quién se ríe entonces.

Holmes lanzó una carcajada.

—Por de pronto, ahora me río yo—contestó,—y me reiré durante mucho tiempo, pues me parece que no libraréis con dos ni tres años. A propósito: ¿qué fué lo que metisteis en los pantalones destinados á la cremación? ¿Un perro muerto? ¿Unos conejos?

El viejo no contestó, y apretando los labios hasta quitarles el color y centelleándole las pupilas, siguió mirando á Holmes.

Mi compañero, encogiéndose de hombros, continuó:

—¿No lo queréis decir? Igual da. Yo creo que dos conejos fueron suficientes para la sangre y para los huesos. Si alguna vez, querido Watson, escribís esta historia, podéis asegurar que fueron dos de esos simpáticos animalillos.

## LOS MONIGOTES

### I

Hacia largo tiempo que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintas odorisades.

Largo tiempo hacía también que yo le miraba y le comparaba mentalmente con una colosal ave de rapaña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza, y mirándome fijamente exclamó:

—¿De modo, amigo Watson, que no estáis completamente decidido?

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en papel sudamericano.

Dí un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar á tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.

cia, clavó sus ojos crueles y taladrantes en mi compañero, y con voz de rabia y de odio, exclamó:

—¡Ah! ¿También sabéis eso? ¡No importa! La vida es larga y ya nos volveremos á encontrar. Veremos á ver quién se ríe entonces.

Holmes lanzó una carcajada.

—Por de pronto, ahora me río yo—contestó,—y me reiré durante mucho tiempo, pues me parece que no libraréis con dos ni tres años. A propósito: ¿qué fué lo que metisteis en los pantalones destinados á la cremación? ¿Un perro muerto? ¿Unos conejos?

El viejo no contestó, y apretando los labios hasta quitarles el color y centelleándole las pupilas, siguió mirando á Holmes.

Mi compañero, encogiéndose de hombros, continuó:

—¿No lo queréis decir? Igual da. Yo creo que dos conejos fueron suficientes para la sangre y para los huesos. Si alguna vez, querido Watson, escribís esta historia, podéis asegurar que fueron dos de esos simpáticos animalillos.

## LOS MONIGOTES

### I

Hacia largo tiempo que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintas odorisades.

Largo tiempo hacía también que yo le miraba y le comparaba mentalmente con una colosal ave de rapaña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza, y mirándome fijamente exclamó:

—¿De modo, amigo Watson, que no estáis completamente decidido?

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en papel sudamericano.

Dí un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar á tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.

—¿Quién os lo ha dicho?—pregunté estupefacto. Holmes dió la vuelta en el taburete, y con un tubo de experiencias en la mano se me quedó mirando. Por sus labios vagaba una sonrisa irónicamente burlesca.

—Vaya, confesad, amigo Watson, que os ha sorprendido mi pregunta.

—Lo confieso.

—Estoy á punto de exigirlos por escrito esa confesión.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos opinaréis que no tiene nada de particular que os haya adivinado el pensamiento.

—De ningún modo, querido. Lo admirable es siempre admirable.

—Perfectamente. Ahora veréis.

Dejó cuidadosamente el tubo en un vasito de cristal; se levantó del taburete, y viniendo á sentarse junto á mí, empezó á hablar.

—Todo descubrimiento se basa sobre una serie de deducciones perfectamente enlazadas unas con otras y absolutamente necesarias entre sí. Teniendo en cuenta esto, si nos llamamos las deducciones intermedias y decimos únicamente el punto de partida y la conclusión, produciremos un efecto sorprendente, aunque no muy estable y seguro en la mayoría de los casos. Por ejemplo, ahora yo no he necesitado más que examinar el espacio que existe entre vuestros dedos índice y pulgar, para deducir que no es-

táis muy decidido á arriesgar vuestro capital en las minas de oro sudafricanas. *Antes dijo: sudamericanas.*

—Pues no veo la relación...

—Ahora la veréis. Voy á deciros los eslabones que faltan á esta cadena deductiva.

1.º Ayer por la tarde, cuando volvísteis del Circolo, traíais manchada de tiza la mano izquierda, entre los dedos pulgar é índice.

2.º Generalmente esa parte de la mano es la que se unta de tiza para que resbale mejor el taco cuando se juega al billar.

3.º Vos no jugáis nunca al billar más que con Thurskon.

4.º Hace un mes me dijísteis que Thurskon, no teniendo bastante dinero disponible para comprar unas acciones de las minas de oro que le habían propuesto, dándole un mes de plazo para pensarlo, os ofreció la mitad.

5.º Vuestro talonario de *cheques* lo tengo yo guardado en mi secreter y no me habéis pedido la llave.

6.º y último. Se comprende que no queréis arriesgar vuestro capital en esas acciones.

—¡Pues sí que es sencillo!—exclamé sin poder contener la exclamación.

—¿Lo véis?—contestó Holmes un poco molesto.

—Todo nos parece muy sencillo en cuanto nos descubren el secreto. Sin embargo, hay problemas que... Por ejemplo, mirad este papel.

Y tirando encima de la mesa una hoja de papel

se entregó de nuevo á sus experimentos químicos. Cogió el papel estupefacto. Allí no había más que unos cuantos jeroglíficos.

—¡Pero esto es cosa de chicos!—exclamé después de darle mil vueltas y de mirarlo en todos sentidos.

—¿Estáis seguro?

—No puede ser otra cosa.

—Desgraciadamente no es esa la opinión de mister Hilton Cubitt, de Reding Thorpe Manor, Norfolk. Ese enigma que véis ahí lo he recibido esta mañana por correo y esta tarde recibiré la visita de quien me lo ha enviado.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—¿No lo dije?—continuó Holmes.—O mucho me engaño ó ese que ha llamado debe ser él.

Sonaron pasos firmes y enérgicos en la escalera, luego en el pasillo y momentos después se abrió la puerta del cuarto y entró un hombre alto y corpulento. Todo su aspecto, desde la rubicundez del afeitado rostro y la bondad de sus ojos claros y serenos, hasta su vestir sencillo, pero elegante, revelaban un hombre sano acostumbrado á vivir lejos de las nieblas de Baker Street. Con él pareció entrar una ráfaga campesina. Después de estrecharnos las manos iba á sentarse, cuando sus ojos tropezaron con el papel que me había dado Holmes hacía un momento, y volvió á coger la mano de mi amigo diciendo:

—¿Qué, Sr. Holmes, habéis descubierto el enigma? Me han dicho que sois muy aficionado á los asuntos misteriosos.

Holmes inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues bien; ninguno tan extraño y tan oscuro como el mío. Os envié este papel esta mañana para que tuviérais tiempo de descifrarlo antes de que llegase yo.

—Realmente—contestó Holmes, se trata de un documento muy curioso. A primera vista parece el dibujo de un niño que intentase representar una porción de monigotes bailando. ¿Qué motivos tenéis para conceder tal importancia á una cosa tan grotesca?

—Se trata de mi mujer, Sr. Holmes. Hace unos días que la noto cambiada, silenciosa, temblando al menor ruido, con los ojos llenos de terror. Ese es el motivo que me ha obligado á enviaros estos monigotes y á venir en busca de vuestro talento.

Holmes levantó el papel y lo puso á plena luz. Era una hoja arrancada de algún cuaderno y en ella había dibujados varios monigotes. (Fig. 1.<sup>a</sup>)

Durante largo rato reinó un silencio absoluto. Por fin, Holmes, guardándose el papel en la cartera, dijo:

—Cada vez me convenzo más de que este asunto me dará bastante que hacer. Ahora, aunque en



Figura primera.

vuestra carta no dábais muchos detalles respecto de vuestra personalidad, desearía, Sr. Hilton Cubitt, que los repitiérais y ampliárais para que los oiga mi compañero el doctor Watson.

Hilton Cubitt me lanzó una mirada tímida, después, carraspeando y retorciéndose nerviosamente las manos anchas y rudas, empezó:

—Yo, señores, no tengo condiciones de narrador ni facilidad de palabra. Todo lo contrario. Así, pues, contaré las cosas como pueda, y si alguna os parece confusa debéis decírmelo para explicarla. Quiero que os enteréis perfectamente. Hará un año que contraí matrimonio. Aunque no soy muy rico, mi familia es una de las más antiguas del condado de Norfolk y hace cinco siglos que se establecieron los primeros Cubitt en Riding Thorpe. Hará cosa de un año vine á Londres con motivo de las fiestas del pueblo en compañía de Parker, nuestro párroco, y ambos nos hospedamos en una casa de huéspedes situada en Rursel Square.

Allí trabé conocimiento con una joven americana llamada Elsa Patrick. Simpatizamos desde el primer momento, y antes de un mes ya estaba locamente enamorado de ella, y pasados unos días del segundo nos casamos y volvimos inmediatamente á Riding Thorpe. Tal vez, señores, os parezca que un individuo de mis condiciones, perteneciente á una de las familias más nobles y activas del condado de Norfolk, hizo mal casándose de un modo tan precipitado, sin cuidarse de averiguar los antecedentes y la

familia de su esposa; pero si la hubiéseis visto, comprenderíais mi súbita lucura.

Sin embargo, he de decir en descargo de ella, mejor dicho, en alabanza suya, que conmigo se portó lealmente. Antes de casarnos me hizo la siguiente confesión: «En otros tiempos, Hilton, formé parte de una sociedad secreta que pesó cruelmente sobre mi vida hasta tal punto, que no sé lo que daría por no tener un pasado tan doloroso. Aún estáis á tiempo, pero tened la seguridad de que si os casáis conmigo no tendré nunca que ruborizarme delante de vos y de que en mi pasado no hay nada deshonoroso para mí. Además, en el caso de que me aceptéis habéis de resignaros á no saber una sola palabra de todo lo ocurrido antes de conoceros. Si os parecen demasiado duras estas condiciones, volvéos á Norfolk y abandonadme; yo seguiré la vida como si no nos hubiéramos conocido nunca.» Por toda contestación la cogí la mano y la besé en la frente. Mi palabra estaba dada y desde entonces la he cumplido religiosamente.

Pasó un año, y nuestra vida era de una felicidad envidiable. Pero de pronto, el mes pasado aparecieron las primeras señales de tempestad. Cierta día mi mujer, que no recibía nunca correspondencia, se encontró con una carta procedente de América, según pude adivinar por el sello de origen. Al leerla se puso lívida, y haciéndola mil pedazos la arrojó al fuego. Ninguno de los dos, fieles á nuestra promesa, hablamos del incidente. Desde entonces no hubo mi-

nuto de tranquilidad para ella. Como os dije antes, parece estar bajo el peso de un presentimiento terrible y sus ojos expresan un terror constante. A no ser por la promesa que la hice, yo la hubiera hablado ya y tal vez confiándose ella á mi conjuraríamos el peligro; pero en vista de su silencio yo también he callado, aunque con gran dolor de mi alma. Debo advertiros, sin embargo, que ni un solo momento dudé de ella. Es una mujer admirable; conoce mi modo de ser, el culto que rindo á la caballeridad, el respeto que la tengo, y por nada del mundo cometerá una falta que pudiese manchar mi nombre.

Y ahora llegamos á la parte extraña y misteriosa de esta historia.

Hace próximamente una semana, el martes último, encontré en el trozo de muro que hay debajo de la ventana de mi cuarto una porción de monigotes semejantes á los que hay en ese papel y dibujados con tiza en la piedra. Creí al principio que los habría hecho el lacayo, pero éste me juró y perjuró repetidas veces que no hizo tal cosa. Mandé que los borrarán y le dí cuenta á mi mujer del hallazgo. Con gran sorpresa mía se afectó profundamente y me rogó que si volvían á aparecer otros dibujos como aquél, le avisara antes de borrarlos. Transecurrió la semana sin novedad; pero ayer por la mañana me encontré en el jardín esa hoja que os he enviado. Al enseñársela á Elsa, la produjo tal efecto que cayó sin conocimiento. Desde entonces, parece vivir en sueños, en una pesadilla horrible, y á mis súplicas

responde con miradas dolorosas, de sonámbula, de mujer que ya no vive en este mundo. Ahí tenéis, señor Holmes, mi historia. Acudo á vos, esperando que no desoigáis mis súplicas. No soy un hombre rico; pero si lográis descubrir este enigma y salvar á mi esposa, estoy pronto á quedarme en la miseria para recompensaros.

Calló Hilton Cubitt. Nuestras almas se sintieron impulsadas hacia la franca y sana de aquel hombre de la antigua nobleza inglesa, de ojos azules y de ademanes sencillos. En sus palabras sentimos vibrar la abnegación y el amor que sentía por su mujer, y largo rato después de haber terminado de hablar, un silencio augusto llenaba la habitación. Por fin Holmes habló.

—¿No os parece, Sr. Cubitt, que lo mejor sería interrogar á vuestra esposa y rogarla que os confiera su secreto?

Hilton Cubitt sacudió la cabeza denegando.

—Ya os he dicho, Sr. Holmes, media entre nosotros dos mi palabra de caballero. Cuando Elsa no me ha dicho nada es que no puede hacerlo y deber mío es respetar su silencio. Pero en cambio la veo en peligro, y como tengo el derecho y la obligación de defenderla lo haré cueste lo que cueste.

Holmes le tendió la mano y le estrechó la suya enérgicamente.

—¡Bravo, Sr. Cubitt! Sois un perfecto caballero y, por lo tanto, os serviré con toda mi alma. Vamos á ver: ¿os habéis fijado si ha habido algún extran-

jero estos días en las cercanías de vuestra casa?

—No; no he visto á nadie extraño.

—La localidad será lo suficiente tranquila y lo suficiente pequeña para que no pasara inadvertido cualquier forastero, ¿no es así?

—No tanto. Cerca de Norfolk hay algunas playas notables y no pocos hoteles, casi siempre llenos de forasteros.

—Eso varía la cosa. Indudablemente estos monigotes no son producto de un entretenimiento ó de una distracción, sino que tienen un significado, en cuyo caso hemos de procurar averiguar la clave. Sin embargo, necesito una base mayor que ésta, es decir, más dibujos, porque este sólo no es suficiente. Así, pues, me parece que lo más conveniente es que os volváis á Norfolk, organicéis una severa vigilancia y en cuanto notéis la aparición de más monigotes me lo comunicuéis inmediatamente. Es lástima que no os quedarais con copia de los otros, de los que aparecieron en la piedra debajo de la ventana. También debéis procurar enteraros quién ó quiénes son los últimos forasteros que han llegado estos días á las playas cercanas y me lo comunicáis en seguida. Estos son los consejos que os puedo dar por ahora, Sr. Cubitt; en la inteligencia de que si ocurriera algo inesperado ó grave me ponéis un telegrama y en el primer tren saldré de Londres para reunirme con vos.

## II

Profunda impresión le causó esta entrevista á mi amigo. En días sucesivos lo ví preocupado y reflexivo, examinando constantemente el papel lleno de monigotes, pero, no obstante, ni él ni yo volvimos á hablar una palabra más acerca del asunto, hasta que, pasados quince días, una tarde en que yo me disponía á salir, Holmes me cogió de un brazo, diciéndome:

—Me parece que haríais mucho mejor quedándoos en casa.

—¿Por qué?

—Porque he recibido esta mañana un telegrama de Hilton Cubitt. Ya recordaréis: Hilton Cubitt, el de los monigotes misteriosos.

—Sí, sí; ya recuerdo.

—Pues bien; en ese telegrama me rogaba que le esperase. A la una y veinte habrá llegado á Liverpool Street y dentro un momento estará aquí. Según parece han ocurrido graves acontecimientos.

No tuvimos que esperar mucho. Nuestro gentil-hombre de Norfolk vino desde la estación con toda la rapidez posible. Parecía más aplanado, más triste, con ojos cansados y la frente rugosa de preocupaciones.

—Me voy á volver loco, Sr. Holmes—exclamó, derrumbándose sobre el primer sillón que encontró.

—La verdad es que no tiene nada de agradable sentirse rodeado de seres extraños é invisibles llenos de malos deseos, y resulta mucho más terrible cuando estos mismos seres, ante mis mismos ojos, van matando lentamente á Elsa.

—¿Y ella se obstina en callar?

Figura segunda.



—Sí. Aún no me ha dicho nada, y eso que muchas veces yo la noto deseos de hablarme, de revelarme el secreto, pero no se atreve y vuelve á caer en su desesperante mutismo. Yo he intentado ayudarla en muchas ocasiones, tirarla de la lengua, fingiendo suspicacias y enojos que no existían. Nada. Parecía como que iba á abrirme el santuario de su alma; pero al tender yo ansioso las manos, al suplicarla con mis ojos llenos de angustias, ella dejaba caer la cabeza, lanzaba un

suspiro profundo y se alejaba de mí.

—¿Y de descubrimientos? ¿Qué hay de nuevo?

—Bastantes. Tengo una infinidad de monigotes que enseñaros, y hasta he visto al personaje que los...

—¿El autor de ellos?—interrumpió Holmes.

—Sí, al autor de ellos. Pero como todo en esta vida requiere mucho método, vamos por partes. A la mañana siguiente al día en que celebramos la primera entrevista, me encontré con nuevos monigotes dibujados con tiza en la puerta de una caseta de madera donde guardamos los útiles de jardinería. Aquí tengo la copia.

Y sacando un papel del bolsillo vimos este geroglífico. (Fig. 2.<sup>a</sup>)

—Perfectamente—dijo Holmes después de examinarlo largo rato.

—Continuad.

—Después de copiarlos los borré, y al cabo de dos días apareció otra nueva inscripción. Aquí tenéis el facsímil. (Fig. 3.<sup>a</sup>)

Holmes se frotó las manos, y echándose á reír exclamó:

—¡Bravo! Esto marcha.

—Tres días más tarde—continuó Hilton Cubitt—apareció esta nueva inscripción en la piedra del reloj de sol, y que como véis, es enteramente igual á la anterior. Entonces decidí ponerme en acecho, y armado de revólver me instalé en mi despacho que, según ya os dije, tiene una ventana, desde la cual se domina perfectamente todo el jardín. A eso de



Figura tercera.

las dos de la madrugada, sentado yo en la más completa obscuridad junto á la ventana, y estando iluminado el jardín por la clara y blanca luz de la luna, sentí ruido de pasos detrás de mí. Volví la cabeza rápidamente... y me encontré con mi mujer. Venía vestida con una bata sobre la cual resaltaba la lividez del rostro, y con voz temblorosa y mojada de lágrimas me rogó que me acostara. Entonces yo la contesté que estaba dispuesto á saber quién era el individuo que nos jugaba tales partidas, y ella repuso que no hiciera caso, que aquello eran bromas sin importancia de ningún género.

—Ahora, si realmente os molestan—añadió—¿por qué no viajamos? ¿Queréis que nos vayamos muy lejos de aquí?

—¿En qué quedamos?—contesté.—Decís que no se trata más que de una brujma, ¿y hemos de concederle tal importancia hasta el punto de abandonar esta casa donde hemos sido tan felices?

—Bueno—suspiró ella.—Acostáos. Mañana hablaremos. ¡Ah!...

Sentí temblar su mano en la mía, y á la luz de la luna me pareció más livido su pálido semblante. Entonces miré hacia el jardín. Cerca de la caseta de madera ví arrastrarse un bulto, hasta se sentó en el suelo, frente á la puerta. Saqué el revólver del bolsillo, y ya iba á saltar por la ventana cuando mi mujer me echó los brazos al cuello, sujetándome con todas sus fuerzas. Largo tiempo luchamos, pues en ella los nervios la duplicaban las fuerzas y resultaba

con casi tanto vigor como yo. Por fin logré desasirme y saltar al jardín, pero ya era tarde. El individuo había desaparecido. Sin embargo, y de igual modo que otras noches, dejó huellas tras de sí. En la madera de la puerta había unos cuantos monigotes completamente iguales á los encontrados anteriormente. Aquí los tenéis en este papel. Recorrí toda la propiedad sin encontrar á nadie, lo cual tiene mucho de extraño, puesto que el individuo misterioso pasó la noche dentro de ella.



Figura cuarta.

—¿Que pasó la noche en vuestra casa?—interrumpió Holmes.

—Sí; porque al levantarme por la mañana y examinar la puerta de la caseta, me encontré con una nueva línea de monigotes debajo de la anterior.

—¿La habéis copiado también?

—Sí; es muy corta. Tomad.

Sacó un papel del bolsillo. La nueva danza era la que marca la figura 4.<sup>a</sup>

—Decidme—preguntó Holmes, en cuyo rostro comprendí el gran interés que iba tomando en el asunto:—¿esta inscripción estaba colocada inmediatamente después de la otra ó aparte?

—Aparte. Estaba dibujada en la otra hoja de la puerta.

Perfectamente. Esa observación es importantísima. Y ahora proseguid vuestro relato, Sr. Cubitt.

—Ya he terminado, Sr. Holmes. No me queda más que deciros la gran contrariedad que me causó el verme detenido por mi mujer cuando iba á castigar al misterioso dibujante. Luego me dijo que si hubiera hecho tal cosa me habría pesado, y esta afirmación suya me hizo creer que no le era desconocido el tal granuja. Sin embargo, Sr. Holmes, era tan sincero su dolor y tan palpable su cariño hacia mí, que la perdoné y me juré á mí mismo no contrariarla en nada. Ahora vos decidiréis; pero por de pronto he de advertiros que tengo pensado montar una guardia con algunos de mis criados de los más brutos, para que si vuelve ese nocturno visitante le den tal paliza que no le queden más ganas de volver á pintar monigotes. ¿Qué os parece?

—Qué eso no es bastante—contestó Holmes.—Desgraciadamente me parece que se trata de una cosa demasiado seria para obrar de tal modo. ¿Cuánto tiempo pensáis estar en Londres?

—Muy poco; esta noche me vuelvo á Norfolk. Por nada del mundo dejaría sola á mi mujer.

—Tenéis razón; pero, sin embargo, si os hubiérais quedado uno ó dos días nos hubiéramos ido juntos. En fin, ¿qué se va á hacer! Dejadme esos papeles y espero que dentro de poco habré resuelto el enigma y os haré una visita.

Hilton Cubitt se puso en pie y tendió la mano á Sherlock Holmes, diciendo:

—Adiós entonces; ¡no olvidéis que en vos tengo todas mis esperanzas!

Holmes se inclinó con su característica frialdad, que no perdió un solo momento durante la entrevista, á pesar de lo cual yo comprendí que estaba profunda y seriamente intrigado é interesado en el asunto.

Efectivamente. Apenas desapareció el enorme corpachón de Cubitt, Holmes se abalanzó sobre los papeles llenos de monigotes, y sentándose en la mesa, se abrumó en largas meditaciones y en detenidos análisis. Durante dos horas no pronunció una sola palabra y le vi escribir infinidad de números y de letras. Tengo la seguridad de que llegó á olvidarse de todo cuanto le rodeaba, incluso mi humilde personalidad. A veces, sin duda cuando tropezaba con una solución, silbaba y tarareaba entre dientes mientras emborrionaba las cuartillas; á veces parecía desalentado, falto de orientación, con la frente llena de arrugas y la mirada incierta. Por fin se levantó de un salto, y dejando escapar un grito de triunfo, empezó á pasear el cuarto frotándose jubilosamente las manos. Luego volvió á sentarse y escribió largamente en un impreso de telegrama.

—Si la respuesta es afirmativa, querido Watson—dijo después de escribir,—ya podéis ir preparando la pluma para anotar un nuevo triunfo y aumentar la narración de mis aventuras. Tengo esperanzas de

que mañana iremos á Norfolk y le podamos decir algo á ese hombre respecto de su asunto.

Confieso que, á pesar de lo despierta y excitada que estaba mi curiosidad, no me atreví á preguntar nada á Holmes. De sobra sabía que, enemigo de hablar antes de tiempo, no querría decirme nada hasta que tuviera contestación al telegrama que acababa de po

## III

Pasaron dos días.

Holmes no podía disimular su impaciencia, y cada vez que llamaban á la puerta no aguardaba á que abriese la criada, sino que corría á hacerlo él mismo. Por fin el segundo día por la tarde llegó una carta de Hilton Cubitt, en la cual decía que todo marchó perfectamente hasta aquella mañana en que encontró en la piedra del reloj de sol una inscripción cuyo facsimil acompañaba. Los monigotes estaban dispuestos de la forma que marca la figura 5.<sup>a</sup>

Holmes examinó la inscripción largo rato, y de pronto se levantó bruscamente, lanzando un grito de angustioso asombro.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—¡Nada!—contestó mi compañero.—¡Que hemos perdido demasiado tiempo! ¿Sabéis de algún tren que nos pueda llevar esta misma tarde á Nort-Walsham?

Nunca le había visto tan inquieto; su voz tenía un acento de sincera angustia.

Consulté la guía. Ya era tarde. El último tren había salido media hora antes. Holmes lanzó un juramento.

que mañana iremos á Norfolk y le podamos decir algo á ese hombre respecto de su asunto.

Confieso que, á pesar de lo despierta y excitada que estaba mi curiosidad, no me atreví á preguntar nada á Holmes. De sobra sabía que, enemigo de hablar antes de tiempo, no querría decirme nada hasta que tuviera contestación al telegrama que acababa de po

## III

Pasaron dos días.

Holmes no podía disimular su impaciencia, y cada vez que llamaban á la puerta no aguardaba á que abriese la criada, sino que corría á hacerlo él mismo. Por fin el segundo día por la tarde llegó una carta de Hilton Cubitt, en la cual decía que todo marchó perfectamente hasta aquella mañana en que encontró en la piedra del reloj de sol una inscripción cuyo facsimil acompañaba. Los monigotes estaban dispuestos de la forma que marca la figura 5.<sup>a</sup>

Holmes examinó la inscripción largo rato, y de pronto se levantó bruscamente, lanzando un grito de angustioso asombro.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—¡Nada!—contestó mi compañero.—¡Que hemos perdido demasiado tiempo! ¿Sabéis de algún tren que nos pueda llevar esta misma tarde á Nort-Walsham?

Nunca le había visto tan inquieto; su voz tenía un acento de sincera angustia.

Consulté la guía. Ya era tarde. El último tren había salido media hora antes. Holmes lanzó un juramento.

—¡...! En fin ¡qué se va á hacer!—continuó dejando caer la cabeza sobre el pecho.—Mañana madrugaremos para tomar el primer tren. Es indispensable nuestra presencia allá...

Fué interrumpido por la entrada de la señora Hudson con un telegrama en la mano. Holmes la arrebató el sobre azul y lo rasgó precipitadamente.

—¡Al fin! Este telegrama, amigo Watson, viene á ratificarme en mi idea de salir mañana mismo para Norfolk. Hay que sacar cuanto antes á Hilton Cubitt del avispero en que está metido.

Ya comprenderás, lector, como me iba interesando poco á poco en este asunto, que me pareció tan pueril al principio y que conforme iba pasando tiempo me llenaba de un terror inconsciente á algo inesperado y desconocido.

Si yo fuese un novelista y pudiera fantasear á mi gusto, procuraría dar á esta historia un desenlace menos trágico del que en realidad tuvo. Pero no puedo. Fiel historiador de los hechos, me veo en la necesidad de ser verídico y seguir paso á paso este suceso, que le prestó á Riding Thorpe Manor unos días de triste resonancia en toda Inglaterra.

Figura quinta

Handwritten scribbles in the left margin, possibly a signature or initials.

A la mañana siguiente, apenas bajamos del tren en la estación de North Walsham, se nos acercó el jefe.

—¿Sois los *detectives* que debían llegar hoy de Londres?—nos preguntó ansiosamente.

Una sospecha inquietó el semblante de Holmes.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Hace un momento ha llegado el inspector Martin de Norwich. Todavía no ha muerto; por lo menos según las últimas noticias que he recibido. Tal vez lleguéis á tiempo de salvarla.

La frente de Holmes se oscureció más aún.

—Efectivamente—contestó.—Nosotros vamos á Riding Thorpe Manor; pero no sabemos una palabra de lo ocurrido.

—¡Una cosa horrible, señores!—exclamó el jefe de estación.—¡Una verdadera desgracia! Según parece, la esposa del Sr. Hilton Cubitt ha matado de un tiro á su marido, y después volvió el arma contra sí, y está herida gravemente. ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia! ¡Una de las familias más consideradas y más nobles del condado!

No perdimos el tiempo en palabreos inútiles. Saltamos sobre el primer coche que se presentó á nuestra vista, y durante las siete millas del trayecto Holmes no pronunció una sola palabra. Pocas veces le vi tan preocupado.

Ya durante el viaje noté su agitación y el afán con que leyó los periódicos de la mañana; pero en cuanto vió realizados sus temores, cesó de agitarse, y

acurrucándose en un rincón del coche cerró los ojos, y sólo por las contracciones de la frente adiviné la turbulencia y trabajo de su cerebro.

Sin embargo, nada tan hermoso ni digno de admirarse como el paisaje que íbamos atravesando. Entre el verdor de la campiña luchaban las dos épocas: la nuestra, glacial, febril y caprichosa, representada por los *chelets* y los hoteles y las blancas casitas, y la otra, evocación de la vieja y austera Inglaterra, con sus castillos y cúpulas y las torres de sus iglesias enamoradas del cielo azul.

Sobre el verdor de los campos apareció el añil del mar, y el cochero me señaló con la fusta una casa de ladrillo que asomaba á trechos entre los árboles.

—Ahí tenéis la posesión de Riding Thorpe.

Un minuto después llegamos á la verja que rodeaba el jardín y en seguida noté la caseta de madera y el reloj de sol que habían jugado un papel tan importante en el misterioso suceso. No habíamos hecho más que bajarnos del carruaje cuando se llegó á nosotros un hombre alto y escueto, con largos y engomados bigotes, que se presentó á sí mismo como el inspector Martín, de la policía de Norfolk.

Al decirle Holmes su nombre no pudo contener una exclamación de asombro, y continuó:

—El crimen, Sr. Holmes, ha tenido lugar á las tres de la madrugada. ¿Cómo demonios os habéis arreglado para saberlo en Londres y llegar aquí al mismo tiempo que yo?

—No lo sabía; lo esperaba y por eso vine, para impedirlo.

—Según eso debéis saber muchas cosas que nosotros ignoramos todavía.

—Muchas, no. Únicamente las danzas de unos monigotes.

El inspector provinciano se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Las danzas de unos monigotes?

—Sí; pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora, puesto que ya se ha cometido el crimen, lo principal es que intentemos hallar los medios de castigarlo. ¿Queréis que verifiquemos las primeras diligencias juntos ó preferís que obremos cada uno por su cuenta?

—Para mí, Sr. Holmes, será un gran honor que os dignéis asociarme en vuestros trabajos—contestó el policía Martín con sincera humildad.

—Conformes. Entonces, si os parece, vamos á examinar la casa y todas sus dependencias lo primero.

El inspector Martín tuvo el buen acuerdo de dejarle á Holmes obrar á su gusto, limitándose á ir anotando las observaciones y los descubrimientos que éste iba haciendo.

Precisamente al ir á entrar en la casa nos encontramos con el médico del pueblo que venía de reconocer á los esposos Cubitt.

Era un viejecillo simpaticón y amable, que contestó cumplidamente al interrogatorio de Holmes.

Según dijo, la señora Cubitt, aunque gravemente herida, podía salvarse. La bala había atravesado el cerebro y había de pasar, por lo tanto, mucho tiempo antes de que la víctima recobrase el conocimiento. También dijo que la forma de la herida no permitía asegurar si se trataba de un suicidio ó de un asesinato. Lo único que podía decir era que el revólver—el cual se encontró en el suelo con dos cápsulas gastadas—fué disparado muy cerca de la sién. Respecto á Hilton, recibió la bala en medio del corazón y nada parecía indicar si fué el marido quien disparó sobre la mujer ó ésta sobre aquél, porque el revólver yacía á igual distancia de ambos.

—¿Han levantado los cadáveres?—preguntó Holmes.

—Nada más que á la mujer. Dada la gravedad de su herida hubiera sido una inhumanidad dejarla tal como estaba.

—¿Desde cuándo estáis aquí, doctor?

—Desde las cuatro de la mañana.

—¿Hay alguien más?

—Sí; el *constable* (1).

—¿Habéis tocado algo?

—Nada.

—Muy bien. ¿Quién os avisó?

—La señorita Saunders.

—¿Quién es esa señorita?

—La doncella.

(1) Agente de policía.—(N. del T.)

—¿Ha sido ella la que descubrió el crimen?

—Ella y mistress King, la cocinera.

—¿Dónde están?

—En la cocina supongo.

—Vamos á verlas.

En un espacioso salón de amplios ventanales, con artesonados de nogal, establecimos una especie de tribunal. Holmes se sentó en medio en un butacón fraíluno, y á ambos lados nos colocamos el inspector Martín, el médico de blanca cabellera, el *constable*, mocetón forzado y de ojos cándidos, y yo. Holmes apoyó la barba entre las manos, y de la palidez de su rostro surgían las dos llamaradas de las pupilas.

El improvisado juez mandó llamar á la doncella y á la cocinera, las cuales declararon lo siguiente:

A eso de las tres de la madrugada las despertó el ruido de una violenta detonación, al cual siguió, con corto intervalo de tiempo, otra. Como ambas sirvientas dormían en cuartos distintos, mistress King fué en busca de su compañera y juntas descendieron al piso bajo. La puerta del despacho estaba abierta de par en par, y encima de la mesa había una vela encendida. El Sr. Cubitt yacía boca abajo en medio de la habitación. Cerca de la ventana y con la cabeza apoyada contra el muro estaba la señora. Respiraba dificultosamente; un río de sangre resbalaba por uno de los lados de la cara, empapando sus vestidos y encharcando el suelo. Una humareda espesa y oíente á pólvora llenaba el cuarto y salía lentamente al

pasillo. La ventana estaba cerrada por dentro. En seguida la doncella corrió á avisar al médico y á la policía, y mientras tanto, la cocinera, auxiliada del *groom* y del lacayo, transportaron á la señora á la cama, que presentaba señales de haber dormido en ella los dos esposos. Estaba completamente vestida; pero su marido no llevaba más que una bata encima de la camisa de dormir. También aseguraron las declarantes que en el despacho no se notó la menor señal de lucha, y que el matrimonio Cubitt se llevaba perfectamente, dando pruebas de quererse mucho. Además, aseguraron que todas las puertas estaban cerradas por dentro, y que el olor á pólvora lo notaron en cuanto salieron de su cuarto.

—Fijáos bien en este último detalle—dijo Holmes al inspector Martín, que inclinó la cabeza asintiendo gravemente.—Y ahora, si os parece bien, vamos á ver el lugar del suceso.

El despacho era una habitación no muy grande, y tres de cuyas paredes estaban cubiertas por las estanterías de la biblioteca. Cerca de la ventana—que daba al jardín—estaba la mesa.

Desde el primer momento toda nuestra atención se concentró en el cadáver del misero Hilton Cubitt. El desorden de sus vestidos indicaba que le sorprendieron en pleno descanso. El asesino debió disparar el arma estando frente á frente de él, porque la bala entró en el corazón y no salió, causándole una muerte instantánea. No se encontraron sobre él señales de pólvora, y en cambio, según declaró el

médico, su mujer si las tenía, aunque nada más que en la cara.

—Después de todo, esto no tiene importancia—dijo Holmes.—No tratándose de cartuchos de construcción muy defectuosa, pueden hacerse infinitos disparos sin mancharse lo más mínimo de pólvora. ¿No le habéis extraído la bala todavía á mistress Cubitt, doctor?

—Todavía no. Hay que hacerla antes una operación muy peligrosa. Mirad; aquí tenéis el revólver. Como véis, es de cuatro tiros, y no faltan más que dos cartuchos, los dos que...

—Entonces—interrumpió Holmes—¿cómo os explicáis ese agujero de la contraventana y que indudablemente ha sido hecho de un balazo?

Todos nos volvimos, y siguiendo la dirección que marcaba el afilado dedo de Holmes, vimos que tenía razón.

—¡Demonio!—exclamó el inspector.—¿Cómo habéis descubierto eso!

—Porque lo he buscado.

—¿Que lo habéis buscado?

—¡Es prodigioso!—exclamó el doctor.—Entonces si existe un tercer balazo—lo cual es indudable—demuestra la intervención de una tercera persona. ¿Pero quién es esta tercera persona? ¿Por dónde ha lo grado escapar?

—Eso es lo que nos falta saber—contestó Holmes.

—Ya recordaréis, inspector Martín, que os hice observar la importancia de esa afirmación de las crias-

das cuando dijeron en su declaración que el olor de la pólvora lo notaron en cuanto salieron de su cuarto.

—Sí; lo recuerdo, pero yo no veo...

—Ahora veréis. Esta observación me hizo comprender que cuando se dispararon los dos tiros la puerta y la ventana estaban completamente abiertas, pues de otro modo no se hubiera extendido tan pronto el olor y el humo por toda la casa. Era preciso que hubiera una corriente de aire. Sin embargo, me parece que la puerta y la ventana no estuvieron abiertas mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque la vela no se ha corrido.

—¡Asombroso!—exclamó el inspector.—¡Asombroso!

—Ya una vez seguro de que la ventana estaba abierta en el momento del drama, ya no resulta tan descabellada la idea de un tercer personaje que debió disparar desde el jardín. Al contestarle desde el interior hicieron el agujero ese de la ventana.

—¿Y quien cerró, entonces, las contraventanas?

—Sin duda la mujer lo haría inconscientemente para... ¿Qué es esto?

Sobre la mesa había un magnífico saco de mano de piel de cocodrilo con adornos de plata. Holmes lo abrió, hallando dentro veinte billetes del Banco de Inglaterra de cincuenta libras esterlinas cada uno sujetos con una goma.

—Tomad—dijo mi compañero entregándole al inspector el saco y los billetes.—Hay que guardar

eso como una prueba de convicción. Y ahora volvamos á estudiar cómo y por quién se disparó este tercer tiro. ¿Tenéis la bondad de llamar á mistress King.

Al poco rato la cocinera entraba en la habitación.

—Según habéis declarado hace un momento—la dijo Holmes,—anoche os despertó el ruido de una violenta detonación. ¿Queréis decir con esto que la primera fué más fuerte que la segunda?

—No lo sé á punto fijo. Desperté con tal sobresalto, que no podría afirmarlo sin temor de equivocarme. Lo único que sé es que fué una detonación tremenda.

—¿No serían dos tiros á la vez?

—No sé.

—Está bien; podéis retiraros. Aquí ya no hacemos nada, señores. Si no tenéis inconveniente vamos al jardín. Tal vez allí descubramos algo más.

Debajo de la ventana del despacho había un cuadrado de césped y de flores. En cuanto llegamos á él un grito de asombro salió de todas las bocas. Las flores estaban destrozadas y sucias, y el césped estaba cubierto de las huellas de un pie hombruno extraordinariamente puntiagudo y afilado. Holmes se endió boca abajo y registró minuciosamente. De pronto lanzó un grito triunfal y se levantó enseñándonos un pequeño cilindro de cobre.

—¡Aquí está!—exclamó.—Bien decía yo que había una tercera persona y que esta tercera persona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
Apdo. 1625 MONTERREY

®

disparó desde el jardín. Estoy satisfecho, señor inspector. Las pesquisas no han podido dar mejor resultado.

El buen inspector Martín estaba estupefacto, aturdimiento. Al principio desconfió algo de aquel aficionado de quien tantos prodigios habían dicho los periódicos; pero luego al ver como iba descubriéndolo todo, se le rindió y estaba dispuesto á obedecerle ciegamente.

—¿Qué? ¿Sabéis algo? ¿Sospecháis algo?—preguntó respetuosamente.

—Permitidme que calle por ahora. Estamos ya tan adelantados que más vale dejarme obrar sin preguntarme nada.

—Como gustéis, Sr. Holmes. ¡Con tal de que logremos coger al asesino!...

—De eso os respondo. Ahora mismo tengo en la mano todos los hilos de este asunto, y aunque la señora Cubitt no recobrará el conocimiento podremos perfectamente reconstituir en todos sus detalles el drama de anoche. Decid, ¿hay en las cercanías alguna posada que lleve el nombre de Elrige?

Se preguntó á los criados. Nadie conocía semejante nombre. Sólo el lacayo recordó que un individuo que se llamaba así tenía una casa de labor á algunas millas de distancia, cerca de East-Ruston.

—¿Está muy solitaria esa casa?

—Sí, señor; muy solitaria.

—Entonces no habrá llegado todavía allí la noticia de lo ocurrido esta noche en esta casa.

—Es probable que no.

Holmes reflexionó unos segundos; luego levantó la cabeza y, con una extraña sonrisa en los labios, dijo:

—Váis á montar á caballo, muchacho, y á todo galope llevaréis una carta á casa de Elrige.

Sacó del bolsillo los papeles llenos de monigotes, y colocándolos extendidos en la mesa, de modo que los viera perfectamente, se puso á escribir. Luego se levantó y le entregó la carta al muchacho, recomendándole muy especialísimamente que no la entregara á nadie más que al destinatario y, sobre todo, que no contestara á ninguna pregunta. Mientras le hacía estas recomendaciones me fijé en el sobre, escrito con una letra muy distinta á la habitual de Holmes y que decía lo siguiente:

PARA EL SR. ABE SLANEY

*En casa de Elrige.*

EAST RUSTON

*(Norfolk.)*

—Me parece, amigo Martín—continuó Holmes dirigiéndose al inspector,—que debíais pedir telegráficamente una escolta, pues si se realizan las cosas tal como espero, tendréis que conducir á la cárcel del condado un individuo muy peligroso. Este muchacho podía también encargarse del telegrama. Respecto á nosotros, querido Watson, esta noche

dormiremos en Baker Street. Este asunto está ya dando las boqueadas.

Cuando marchó el lacayo, Holmes ordenó á las criadas que si venia alguien preguntando por mister Hilton Cubitt que no le dijeran una palabra de lo ocurrido y le condujesen directamente al salón adonde subimos los dos con el inspector Martin, pues el doctor se marchó á cumplir con sus obligaciones.

## IV

Nos sentamos cómodamente en amplios butacones. Puso Holmes encima de la mesa los papeles llenos de monigotes, y con aquella entonación grave y frívola á un tiempo mismo, empezó á hablar.

—Como tenemos lo menos una hora por delante, voy á intentar hacérosla pasar del modo más interesante é instructivo posible. Vos, Watson, me váis á dispensar que no haya satisfecho antes vuestra legítima curiosidad, y vos, inspector Martin, fijáos mucho en lo que voy á decir, porque tal vez os sirva de mucho en vuestra carrera. Y basta de preámbulo.

Hizo una breve pausa, la pausa de todos los oradores que saben, á pesar de la atención de sus oyentes, luego continuó:

—Aquí tenemos estos dibujos que, á no ser porque han figurado como prólogo ó preludeo en este reciente drama, arrancarían una sonrisa. Tales son su gracil, su ingenua desenvoltura, y de tal manera son cómicas las danzas, que desde el primer momento comprendí que se trataba de unos signos convencionales, de un alfabeto secreto. Sin embargo, á pesar de que yo creía conocer todas las escrituras

secretas, á pesar de que soy autor de una obrita en que se estudian ciento cincuenta sistemas diferentes, confieso que éste me era desconocido en absoluto. Indudablemente los autores ó inventores lo adoptaron como uno de los más hostiles al análisis y á la lectura, no teniendo la clave. Efectivamente; todo el que vea una inscripción de éstas no puede menos de atribuirle á la mano inexperta de un muchacho. Pero á mí no lograron engañarme, y en seguida apliqué las reglas que existen—la mayor parte de ellas creadas por mí—para descifrar todas las escrituras secretas. Trabajo me costó, pero salió triunfante de la empresa.

El primer mensaje que llegó á mis manos era tan corto que no pude averiguar más que la significación de este signo. (Fig. 6.<sup>a</sup>)



Figura sexta.

Ya sabéis que la letra E es la que se emplea con más frecuencia en el alfabeto inglés, y es tal su predominio, que hasta en las frases más cortas se encuentra una vez por lo menos. Ahora bien; de los quince signos que componían la primera inscripción, cinco eran semejantes, y, por lo tanto, no era muy descabellada la suposición de que correspondían á la letra E. También noté que la figura representativa de la E tenía á veces una bandera; pero á juzgar por el modo en que estaban dispuestos los tales *abanderados*, deduje que se empleaban únicamente para separar las palabras entre sí.

Una vez sentadas estas hipótesis, quedaba la par-

te más pelliaguda del asunto. Después de la E, las demás letras se emplean indistintamente y sin predominio de unas sobre otras. Haciendo el recuento en la página de un libro, ví que podía establecerse un orden de empleo—numérico, por decirlo así—semejante á éste: T, A, O, I, N, S, H, etc.; pero como esto resultaba muy pesado, decidí cambiar de sistema y esperar una segunda prueba. Pasados unos días, el Sr. Cubitt fué á verme y me entregó dos frases pequeñas, y luego una inscripción donde no había *abanderado*, lo cual demostraba que era una sola palabra. Aquí están. Esta palabra que, como véis, se compone de cinco letras y cuya segunda y cuarta son E, ¿sería *sever* (1), *lever* (2), ó *never*? (3). Como de estas tres palabras la última era la más lógica, pues tenía todo el aspecto de una contestación, deduje que debió ser dibujada por la joven como respuesta á los mensajes anteriores. Partiendo, pues, de este principio, era indudable que los signos (fig. 7.<sup>a</sup>):



Figura séptima

- (1) *Sever*: Dividir, separar.
- (2) *Lever*: Palanca.
- (3) *Never*: Nunca. (N. del T.)

correspondían á las letras N, V y R. Ya conocía cuatro letras; pero no tenía bastante, y entonces pensé que la contestación de la señora Cubitt debía de referirse á los mensajes anteriores, y que el autor de éstos debía ser una persona que la conoció íntimamente en otra época.

Así, pues, se me ocurrió que si descubría una palabra de cinco letras, de las cuales la primera y la última fueran E, debía de ser *Elsie*, nombre de la joven. Miré los mensajes anteriores y ví que, efectivamente, esta combinación terminaba la frase en tres inscripciones diferentes. Ya resultaba indudable que las tres letras intermedias eran L, S é Y. Faltaba saber si era una súplica ó una imposición lo que decían los monigotes. Entonces me fijé en la palabra anterior á *Elsie*, que se componía de cuatro letras y que terminaba también en E. ¿Sería *Cosmo*? (1). Examiné otras palabras también de cuatro letras y terminadas en E, pero ninguna encajaba en mi suposición. Como véis, ya conocía otras tres letras más—C, O y M—y por lo tanto podía intentar la solución del primer mensaje. Escribí, pues, las letras que conocía, sustituyendo por puntos las ignoradas, y resultó la siguiente combinación:

.M .ERE .E S..NE.

La primera letra de la inscripción debía de ser una A, puesto que, siendo tan corto el mensaje, apare-

(1) *Cosmo*: *venid*. (N. del T.)

cía tres veces. Luego pensé que la otra podía ser una H. Hice la prueba y obtuve la siguiente frase:

AM HERE A.E SLANE.

Y reemplazando los puntos por una B y una Y, que estaban indicadísimas, resultó:

AM HERE ABE SLANEY (1)

Tenía ya tal número de letras conocidas, que me sería muy fácil descifrar el segundo mensaje. Valiéndome, pues, de los conocimientos adquiridos, escribí lo siguiente:

A. ELRIES

La frase no podía formar sentido más que añadiéndole una T y una G. Es decir:

AT ELRIGES (2)

Y entonces comprendí que esta palabra *Elriges* sería el nombre de la posada ú hotel ó el del dueño de la casa donde estuviera el desconocido.

—¿Y qué hicisteis entonces?—interrumpió el inspector Martin, que, como yo, había seguido atentamente las explicaciones de Holmes.

—A juzgar por el nombre *Abe Slaney*—prosiguió Sherlock—debía de ser un americano quien escribía tales mensajes (3), y si recordamos que la carta que

(1) *Estoy aquí, Abe Slaney*—*Abe Slaney* era el nombre del autor del mensaje. (N. del T.)

(2) *En casa de Elriges*. (N. del T.)

(3) *Abe* es una contracción americana de *Abel*. (N. del T.)

recibió la mujer de Cubitt antes de aparecer los monigotes llevaba sellos americanos, la suposición tenía muchos visos de certeza. Además, las alusiones de Elsie á su vivir pretérito, la falta de confianza en su marido, parecían afirmar también la hipótesis. Entonces puse un telegrama á mi amigo Wilson Hargreave, de la policía de New York, y el cual me debe algunos favores, preguntándole si conocía á un tal Abel Slaney. Aquí tenéis el telegrama-respuesta:

—*Es el bandido más peligroso de Chicago.*

La misma tarde en que recibí esta contestación, Hilton Cubitt me mandó el último mensaje de Slaney, y después de sustituir los monigotes por letras, según la clave, obtuve lo siguiente:

ELSIE RE. ARE TO MEE THYGO.

Añadí una P y una D y al leer:

ELSIE RE. PARE TO MEE THYGOD (1)

comprendí que el bandido había pasado de las súplicas á las amenazas y que no tardaría en poner en práctica estas últimas. Inmediatamente salimos mi amigo y yo en dirección de Norfolk, pero desgraciadamente llegamos tarde. El crimen se había cometido ya.

—Nunca me felicitaré ni os agradeceré bastante que hayáis intervenido en este asunto—exclamó calurosamente el inspector Martín.—Sin vos yo no

(1) Elsie: prepárate á comparecer ante Dios.—(N. del T.)

hubiera sabido hacer nada. Sin embargo, permítidme una reflexión. Perdonad, pero se trata de mis jefes, ante los cuales tengo que justificar y explicar mi conducta. Si ese Abe Slaney, que estaba ó está en casa de Elrige es realmente el asesino, ¿no os parece que puede muy bien escaparse mientras hablamos aquí tranquilamente?

—Perded cuidado. No se escapará.

—¿Por qué?

—Porque su huída demostraría su culpabilidad.

El inspector Martín se levantó.

—¿Dónde váis?—preguntó Holmes.

—En busca de ese hombre.

—No hace falta. Dentro de un momento estará aquí.

—¿Aquí?

—Sí; le he citado.

—Pero ¿vendrá?

—Vendrá.

—Y no será posible que vuestra carta en lugar de obligarle á venir le incite á emprender la fuga?

—Creo que no. Me parece que he sabido... Pero ¡calla! ¡Ahí está!... Ese hombre que entra en el jardín es él.

El inspector Martín y yo nos acercamos á la ventana. Efectivamente. Por una de las avenidas venía un hombre alto y de porte distinguido. Tenía el rostro quemado por el sol y sobre la barba negra y enmarañada descendía una nariz aquilina. Vestía traje de franela gris, un sombrero Panamá le cubría hasta

los ojos y los dedos de la mano derecha jugueteaban con el bastón. Viéndole avanzar con aquella jactancia y aquella tranquilidad, nadie diría que se trataba de un asesino dirigiéndose al teatro de sus crímenes, sino un honrado propietario que volvía á su casa después de un corto paseo.

—Yo creo, señores—dijo Holmes con la mayor tranquilidad—que debemos escondernos detrás de la puerta y en cuanto entre echarnos encima de él. Tratándose de un canalla semejante todas las precauciones son pocas. Tened preparadas las esposas, inspector Martín. Y ahora, ni una palabra más.

Permanecimos en silencio durante un minuto, uno de esos minutos que nunca se olvidan.

Por fin se abrió la puerta. Entró el asesino. En un abrir y cerrar de ojos, Holmes le apoyó en la sien el cañón del revólver, y Martín le encerró los puños en las esposas de hierro. Con tal rapidez se le atacó que antes de que se pudiera dar cuenta, se vió sujeto é impotente para hacer la menor resistencia. Sus ojos lanzaron sobre nosotros rayos de cólera y de odio. Después soltó una estruendosa carcajada.

—¡Está bien, señores! Veo que no trato con tontos. Pero no me explico la razón de este atropello. Yo venía aquí citado por una carta de la señora Cubitt. ¿Ha sido ella la que me ha tendido un lazo? ¿Verdad?

—La señora Hilton Cubitt—contestó Holmes—está gravemente herida y tal vez muera antes de mañana.

Slaney lanzó un grito de dolor que hizo retemblar los cristales.

—¡Mentira! ¡El herido fué él!

—Y ella—repuso Holmes.

—¡No, no puede ser!—añadió el presunto asesino, temblorosa la voz y llameantes las pupilas.—¿Quién se iba á atrever con ella? Yo podré amenazarla de palabra, pero antes dejaría de existir que tocar á uno sólo de sus cabellos. Pero no, eso es una broma vuestra. Elsia no está herida, ¿verdad que no?

—Desgraciadamente es verdad. Se la encontré mortalmente herida junto al cadáver de su esposo.

Slaney se derrumbó en un sillón, y ocultando la cara entre las aherrojadas manos, sollozó largo rato. Luego, levantando la cabeza y con la desesperación pintada en el rostro, dijo:

—¡Voy á deciroslo todo, señores!—exclamó.—Os juro que si disparé sobre Cubitt fué en legítima defensa, contestando á su agresión. El fué quien disparó primero. Respecto á la herida de Elsia, yo no soy responsable. Nada más lejos de mí que hacerla el menor daño. Yo os juro que no existe ningún hombre en el mundo que ame á una mujer como yo quise y la quiero á ella. Además, en este caso, yo no hacía más que reclamar lo mío. Cuando ese maldito inglés se metió por medio, Elsia era mi prometida.

—No fué el inglés, sino vuestro comportamiento y vuestras inclinaciones lo que os separó. Cuando conoció á Hilton Cubitt fué después de huir de América y de vos. Vos destrozásteis su vida hasta el

punto de obligarla á abandonar á su marido, al hombre que más quería en este mundo, para seguiros á vos, el hombre á quien odiaba con toda su alma. Y para terminar, Abe Slaney, vos soís responsable de la muerte de Cubitt y del suicidio de su esposa. De ambos crímenes responderéis ante la justicia.

El americano se encogió de hombros.

—¡Muerta Elsia, todo me tiene sin cuidado!

Hizo un esfuerzo, y abriendo una de las manos, mostró la carta de Holmes.

—Sin embargo, no sé por qué se me figura—continuó con una leve sospecha en las crueles pupilas—que me estáis mintiendo. Si esa mujer está tan gravemente herida como decís, ¿quién me ha escrito esta carta?

—Yo—contestó Holmes.

—¿Vos?

—Sí; yo.

—¡Mentira! Nadie, excepto nosotros, conocía el secreto de los monigotes bailarines.

—Lo que un hombre puede inventar, puede ser descubierto por otro hombre—dijo Holmes sonriendo.—Pero en fin, no se trata ahora de eso. Dentro de poco llegará un coche que os ha de conducir hasta las autoridades de Norwich. Mientras tanto, váis á reparar en lo posible el mal que habéis hecho. ¿Sabéis que han acusado á la señora Cubitt de la muerte de su esposo, y que á no ser por mi intervención en este asunto, la gente y la justicia hubieran permanecido en esta creencia? Lo menos que po-

déis hacer es decir claramente que ella no ha intervenido de ningún modo en la muerte de su esposo.

—¡No deseo otra cosa!—exclamó el americano.—En mi propio interés está que se sepa la verdad de los hechos. Ya he dicho antes que todo me tiene sin cuidado, y que si ella muere mi vida no tendrá razón de sér.

—Entonces, ¿queréis contarnos cuándo y dónde conocisteis á Elsia?—dijo Holmes.

—Hace algunos años—empezó Slaney—se constituyó en Chicago una sociedad de malhechores, de la cual formaba yo parte, y cuyo jefe era el viejo Patrick, padre de Elsia. El fué quien inventó esa escritura secreta que, á no tener la clave, parece un entretenimiento infantil. Elsia vivió algún tiempo con nosotros, pero cansada de aquella vida y con algunos ahorros que ganó honradamente, se vino á Londres. Antes de abandonar á América estaba convenida nuestra boda, y tal vez se hubiera verificado á renunciar yo mi profesión, pues ella no quería tener el menor contacto con la banda. Pasado algún tiempo me enteré de su matrimonio con Cubitt y del lugar donde vivía, y la escribí dos cartas. No me contestó. Entonces vine aquí y empecé á dibujar en sitios donde ella pudiera ver todas esas inscripciones que ya conocéis.

Hace un mes que estoy aquí. En la granja de Elriges, donde alquilé un cuarto bajo con objeto de poder salir por la noche sin que nadie se enterara. Procuré por todos los medios posibles que Elsia se

escapara conmigo, sin conseguirlo. Sin embargo, me consta que leía mis ruegos, porque un día leí una negativa rotunda que escribió debajo de mi petición. Perdí la paciencia y empezaron las amenazas. Entonces ella me escribió suplicándome que la dejara en paz, que estaba destrozando su vida y que aquella noche, mientras su marido estuviera acostado, se asomaría á las tres de la mañana en la ventana del despacho y me daría el último adiós. Así fué. Cuando dieron las tres ella apareció en la ventana, y alargándome un saquito lleno de dinero, me rogó que la dejase, que volviera á América. Perdí la razón, y cogiéndola por las muñecas, intenté sacarla de la habitación y arrastrarla conmigo. En aquel momento apareció el marido con un revólver en la mano. Elsie cayó desmayada y él y yo nos encontramos frente á frente. Para asustarle saqué el revolver, y él entonces disparó el suyo sin herirme; contesté á la agresión, y sin esperar el resultado salí huyendo.

Hubo una pausa. Slaney dejó caer la cabeza y permaneció unos segundos con la barba clavada en el pecho; luego, levantándola, continuó:

—Os he dicho la verdad, toda la verdad. Y os juro que no volví á saber más de lo ocurrido hasta que vuestra carta me ha hecho caer como un imbécil en el lazo.

En aquel momento aparecieron en la puerta dos policías. El inspector se levantó, y apoyando la mano en el hombro de Slaney, dijo:

—Vamos. Ya es hora de partir.

—¿No podía verla antes de marchar?

—No; no puede ser. Sr. Holmes, no puedo expresaros cuanto es mi agradecimiento y cuanta sería mi alegría si os pudiera tener siempre á mi lado en ocasiones como ésta.

ce, iremos paseando hasta la estación. El tren sale á las tres y cuarenta, y, por lo tanto, llegaremos á Baker Street á la hora de comer.

Dos palabras para terminar. El americano Abe Slaney fué condenado á muerte; pero gracias á un indulto se le conmutó la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad. Respecto á la señora Hilton Cubitt, recobró la salud pasado mucho tiempo, y el resto de su vida permaneció viuda y consagrada á hacer obras de caridad.

Holmes y yo nos asomamos á la ventana y vimos desaparecer el coche que conducía al asesino.

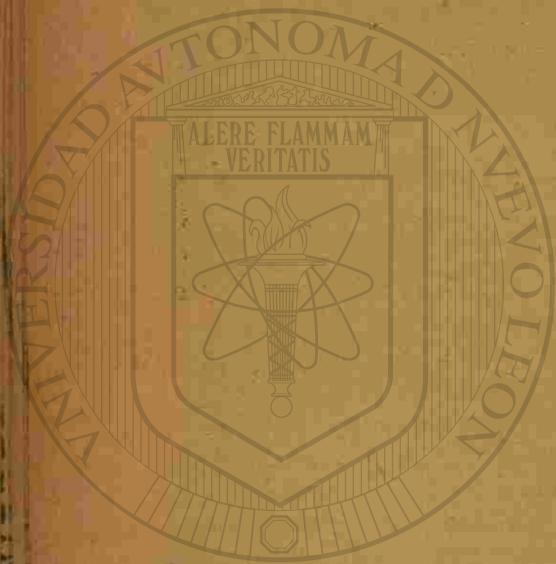
Luego volví la vista hacia el interior y mis ojos tropezaron con la carta que Holmes enviara á Slaney y que éste había dejado encima de la mesa.

—Haber si podéis descifrarla, Watson—dijo Holmes sonriendo.

Cogí el papel y ví lo siguiente (figura 8.<sup>a</sup>)

—Haciendo uso de la clave que os he dicho—continuó mi compañero—veréis que todo eso quiere decir: «Venid cuanto antes.» Yo estaba completamente seguro de que Slaney no dejaría de acudir á la cita, puesto que juzgaría la carta como de Elsie, no imaginándose que nadie supiera su secreto. Ya véis, amigo Watson, como esos monigotes que tantas veces fueron cómplices del mal, han servido

una vez para el bien y la justicia. Ahora, si os pare-



## UN DRAMA DE FAMILIA

### I

Entre las muchas y muy diversas apariciones de individuos en nuestro cuarto de Baker Street, ninguna tan súbita ni tan extraordinaria como la del profesor Thorneycoft Huxtable, doctor en Letras, doctor en Ciencias, socio correspondiente de... et-cétera. Su tarjeta, sobrado pequeña para contener tantos títulos, le precedió unos segundos solamente, luego entró él mismo con una actitud tan pomposa y tan enfática, que parecía la personificación de la sangre fría y del aplomo.

Y, sin embargo, apenas se cerró la puerta detrás de él, se tambaleó, vino á apoyarse en la mesa y, perdiendo el equilibrio, cayó cuan largo era sobre la piel de oso que había en el suelo.

Nos apresuramos á levantarlo, y durante los minutos que estuvo sin conocimiento, Holmes y yo examinamos atenta y curiosamente á aquel náufrago que el Océano de la vida arrojó á nuestra playa.

Mi compañero le puso un almohadón detrás de la cabeza mientras yo le arrimaba una copa de cognac

á los labios. Su frente estaba llena de arrugas, en la palidez del rostro resaltaban las manchas cárdenas de las ojeras, las comisuras labiales caían lamentablemente con un gesto de dolor. Por las mejillas corría la mancha de una barba de varios días. La camisa y el cuello denotaban su largo y turbulento viaje, y en cada punta de sus erizados cabellos brillaba una gota de sudor. Todo parecía indicar que aquel hombre estaba bajo el peso de una terrible conmoción.

—¿Qué tiene este hombre, Watson?—me preguntó Holmes.

—Presenta todos los caracteres de una extrema debilidad, producida, indudablemente, por la fatiga y el hambre—respondí tomándole el pulso y viendo lo débil de las pulsaciones.

—Aquí tiene un billete del ferrocarril para Makleton—dijo Holmes sacando un cartón rojo del bolsillo.—Y como es el de vuelta y aún no es medio día, resulta que ha debido salir de allí muy temprano.

Los párpados del enfermo se agitaron un momento, se levantaron, y sus ojos grises y de mirada todavía indecisa, se fijaron en nosotros. Un momento después se levantó rojo de vergüenza y balbuceando mil excusas.

—Perdonadme, Sr. Holmes. Estoy completamente trastornado. Os agradecería con toda mi alma que me diérais un vaso de leche y unas galletas, porque estoy desfallecido. Pensé escribiros ó poner un telegrama; pero no lo he hecho, temeroso de

que no tuvieran la fuerza suficiente para obligaros á salir de Londres. Por eso he venido. Voy á deciros lo...

—Aguardad un instante. Debéis reponeros un poco. Ahora os traerán un vaso de leche con un bollo...

—No, si ya estoy bien. Realmente no me explico cómo perdí el conocimiento, á pesar de... ¡Bueno! Es preciso, mejor dicho, es humanitario, que vengáis conmigo á Makleton en el primer tren.

Holmes sacudió la cabeza negativamente.

—Mi colega el doctor Watson os puede decir que por ahora es completamente imposible. Estamos agobiados de trabajo. Aparte de otros asuntos de poca monta, tenemos entre manos el de los documentos de Fener y el asesinato de Abergavenny. Sería preciso un motivo bastante grave para obligarme á salir de Londres.

Nuestro visitante levantó los brazos al cielo.

—Lo es ¡y gravísima! ¿No os habéis enterado del rapto del hijo único del duque de Holderness?

—¡Cómo! Del antiguo presidente del Consejo.

—Justamente. A pesar de que intentamos ocultar el suceso á los periódicos, *El Globo* de ayer tarde daba la noticia.

Holmes extendió el brazo, y cogiendo el tomo H de la Enciclopedia, lo abrió y leyó en voz alta lo siguiente:

—«HOLDERNESSE. Sexto duque K. G. P. C... etcétera...»—Todo el alfabeto para enumerar sus ti-

tulos.—«Barón de Berveley, conde de Carlton.»— ¡Dios mío! ¡Qué lista! Lord de Hallamshire desde 1900. Casó con Editt Appledore, hija de Carlos, en 1888. Su heredero es lord Saltire, hijo único. Tiene propiedades por una superficie de más de doscientas cincuenta mil acres. Posee minas en el Lancashire y el país de Gales. Señas: Carlston House Terrace.—Holderness Hall, Hallamshire.—Castillo de Carlston en Bangor.—Gales.—Lord del Almirantazgo en 1872.—Secretario de Estado en...» ¡Caramba! Bien puede vanagloriarse de ser uno de los hombres más importantes del Reino Unido.

—¡El más importante y el más rico de todos! Aunque me consta, Sr. Holmes, que tenéis en alta estima vuestra profesión y que trabajáis por amor al arte, debo deciros que su gracia lord Holderness ha prometido un cheque de mil libras al que le indique quien ó quienes han sido los autores del rapto.

—Efectivamente. Es una recompensa regia—dijo Holmes.—Me parece, Watson, que merece la pena de hacer un viaje por el Norte de Inglaterra. Y vos, doctor Huxtable, después que toméis este vaso de leche, váis á tener la bondad de explicarnos cómo, dónde, cuándo y en qué circunstancias ha ocurrido ese rapto y, por último, por qué habéis tardado tres días—según me indican vuestras barbas—en venir á buscarme.

Nuestro visitante se tomó el vaso de leche con galletas, y ya más repuesto, un poco más coloreadas las mejillas y más vivaces los ojos, empezó á hablar.

—Antes de nada debo deciros, señores, que yo soy director y fundador de un colegio titulado «El Priorato» y que es indiscutiblemente la mejor y más distinguida de las escuelas preparatorias inglesas. Lord Leverstoke, el conde de Blacwater, sir Cathcart Soames y otras ilustres personalidades me han confiado la educación de sus hijos. Pero nunca me sentí tan orgulloso de mi establecimiento, cuando hace tres semanas el duque de Holderness me envió á su secretario particular, Mr. James Wilder, para anunciarme la entrada en el «Priorato» de su hijo y único heredero el joven lord Saltire. ¡Qué lejos estaba de imaginarme entonces lo que me había de hacer sufrir esta honrosa distinción!...

El joven lord llegó el 1.º de Mayo al colegio. Desde el primer momento nos encantó á todo el mundo y se adaptó perfectamente á las costumbres y exigencias de su nueva vida. Debo deciros—aunque á primera vista os resulte indiscreto—que el muchacho no era muy feliz en su casa. La situación es conocida de todo el mundo. La vida del duque no es todo lo correcta y todo lo formal que debe ser la de un hombre casado, y esto originó una serie de disgustos en el matrimonio, que por acuerdo común se separó, yéndose la duquesa á vivir al Mediodía de Francia.

La separación y la falta de su madre impresionó de tal manera al muchacho, que el duque se decidió á enviármelo á ver si el cambio de ambiente le traía el olvido. Así debió ser, porque á los

quince días de estar en mi casa, el joven lord parecía completamente feliz.

La noche del día 31—el lunes último—desapareció y no se le ha vuelto á ver más.

Para llegar á su cuarto, que está situado en el segundo piso, hay que pasar por otro donde duermen dos colegiales. Interrogados estos dos últimos, han declarado que no sintieron lo más mínimo, que no salió por la puerta. Entonces nos fijamos en la ventana, que estaba abierta de par en par; junto á ella sube el enorme tronco de una liana, é indudablemente y á pesar de no haber notado huellas en el suelo del jardín, el joven lord ha elegido ese camino para escapar del colegio. Nos enteramos de la falta el martes por la mañana. La cama estaba deshecha. De su ropero faltaba precisamente el traje de uniforme, es decir, chaleco y americana negra y pantalón gris oscuro. Nada indicaba, pues, que el muchacho no hubiera salido por su propia voluntad, pues el menor grito, la mejor señal de lucha, hubiera sido oído por Canter, uno de los muchachos que duermen en el cuarto de al lado y que tiene el sueño muy ligero.

Inmediatamente se puso en pie todo el colegio y ordené que cuantos habitan en él, alumnos, profesores y criados, se reunieran en el patio central. Entonces adquirí la convicción de que el muchacho no había partido solo. Heidegger, el profesor de alemán, faltaba también. Su cuarto corresponde en el piso bajo con el de lord Saltire. Examinando dicho

cuarto vimos que la cama también estaba deshecha; pero no debió salir, como el joven lord, perfectamente vestido, sino con un pantalón y unas zapatillas. La demás ropa estaba sobre una silla. Su bicicleta, que estaba en una caseta del jardín, había desaparecido igualmente.

Heidegger llevaba más de dos años en «El Priorato», y durante este tiempo no hice más que confirmar las excelentes referencias que me habían dado respecto de su persona y su modo de ser. Sin embargo, no era muy querido, ni por los alumnos ni por los profesores, sin duda por su melancolía y su silencio obstinado y su amor á la soledad.

Se hicieron las pesquisas necesarias, pero no hemos conseguido averiguar nada absolutamente, y hoy jueves estamos igual, respecto de la carencia de indicios y de noticias, que el martes. Entre las diligencias practicadas fué de las primeras el ver á Holderness Hall, situado á algunas millas demi establecimiento á ver si el muchacho, en virtud de una crisis de *spleen*, corrió en busca de su padre. Pero tampoco se consiguió nada.

El duque está inquietísimo, y respecto de mí ya podéis juzgar á qué estado de postración nerviosa me ha conducido este suceso y la consciencia de mi responsabilidad. Ignoro, Sr. Holmes, si este asunto os parecerá lo suficientemente digno de vuestro talento, pero sea así ó sea lo contrario, yo os ruego por lo que más queráis, que no me abandonéis y procuréis descifrar este enigma terrible.

Sherlock Holmes había escuchado atentamente la narración del desgraciado director de «El Priorato»; y el fruncimiento de sus cejas, los labios tenazmente cerrados, la inmovilidad casi absoluta de su cuerpo, demostraban que no hacía falta excitar mucho su celo por una causa, que, aparte de los cuantiosos beneficios que podría reportarle, reunía todas las condiciones de misterio y de extravagancia para ser grata á su modo de ser.

Cuando el otro terminó de hablar, Holmes sacó su cuaderno y tomó algunas notas. Después, guardándose el cuaderno, dijo:

—No debisteis haber tardado tanto en venir á verme. Ahora voy á empezar las pesquisas en condiciones muy difíciles. Si me hubiérais avisado antes tengo la seguridad de que el examen de la liana y del césped me habían descubierto algo que para los demás habrá pasado inadvertido.

—No ha sido culpa mía, Sr. Holmes, su gracia, deseoso de evitar el escándalo, prohibió terminantemente que se hablara del asunto.

—Sin embargo, supongo que daría parte á las autoridades.

—Eso sí. Pero no hemos conseguido nada más que perder el tiempo. Descubrimos que un hombre, acompañado de un niño, había tomado el tren en una estación próxima aquella misma mañana. Se les siguió la pista, y hasta anoche, estando ellos en Liverpool, no nos hemos convencido de que no tienen nada que ver con el joven lord ni con el profesor de

alemán. Entonces yo, después de pasar una noche tan cruel como las anteriores, me decidí á consultaros y á rogaros que os encargáseis del asunto.

—¿De modo—dijo Holmes—que mientras perseguíais á ese hombre y á ese niño que iban á Liverpool, nadie se ha cuidado de examinar el lugar del suceso ni las cercanías?

—Nadie.

Holmes hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué torpeza! Se han perdido tres días lastimosamente.

—Ahora lo comprendo, Sr. Holmes.

—En fin, veremós á ver. El asunto merece que me ocupe de él. ¿Sabéis si existía alguna clase de relaciones entre lord Saltire y el profesor de alemán?

—No. Ninguna.

—¿Daba clase con él?

—Tampoco. Y hasta puedo aseguraros que jamás habían cruzado la palabra.

—Es raro. ¿Y el chico tenía bicicleta?

—No.

—¿Falta alguna más que la del profesor en el colegio?

—Tampoco.

—¿Estáis seguro?

—Completamente seguro.

—Sin embargo, me parece una estupidez creer que el profesor de alemán huyera del colegio montado en una bicicleta y con el chico en brazos.

—Eso dije yo desde el primer momento.

—Entonces, ¿cuál es vuestra opinión?

—Yo creo que la bicicleta la han hecho desaparecer con objeto de desorientar y hacer más difíciles los trabajos de la policía.

—No lo creo. ¿Hay más bicicletas en el colegio?

—Muchas más.

—¿En la misma caseta donde estaba la del profesor?

—Sí.

—¿No os parece entonces, Sr. Huxtable, que si pretendían hacer creer que habían escapado en bicicleta, hubieran ocultado dos en vez de una?

—Es verdad...

—Ya véis, por lo tanto, que esa hipótesis es inadmisibile en absoluto. Además, una bicicleta no es tan fácil de ocultar como un pañuelo de bolsillo. Y decid: ¿sabéis si el joven Saltire recibió alguna visita el día antes de la desaparición?

—No, no le visitó nadie.

—¿Y cartas?

—Sí; recibió una sola.

—¿De quién?

—De su padre.

—¿Tenéis la costumbre de leer las cartas a vuestros alumnos?

—No.

—¿Entonces cómo sabéis que esa carta era del padre del muchacho?

—Porque el sobre llevaba sus armas y estaba escrita del puño y letra del duque. Además,

éste me lo dijo cuando fui á comunicarle la desagradable noticia.

—¿Y no recibió ninguna otra por aquellos días?

—No.

—¿Y de su madre?

—Su madre no le escribe nunca.

—Perfectamente. El dilema es muy claro. O le han raptado á viva fuerza, ó marchó por su propia voluntad. En este último caso hay que suponer la existencia de una tercera persona que le auxiliaba y excitaba desde fuera del colegio. Por eso os he preguntado si había recibido alguna visita ó alguna carta.

—Que yo sepa no se escribía más que con su padre.

—Habéis dicho antes que el duque le escribió la víspera de la fuga, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Qué tales eran las relaciones entre padre é hijo?

—El duque es un hombre que no deja transparentar tan fácilmente sus sentimientos. Consagrado por entero á la política, parece que la política le ha enseñado una frialdad hostil á toda emoción. Sin embargo, casi puedo asegurar que quiere á su hijo bastante.

—¿Y el chico?

—Le corresponde; pero quiere más á su madre.

—¿Os lo ha dicho él?

—No.

—¿El duque?

—¡Quiá! Mucho menos.

—Entonces, ¿cómo lo sabéis?

—Por M. James Wilder.

—¿Quién es ese señor?

—El secretario particular del duque; él me sigo quien me puso en antecedentes respecto de los Saltire.

—¡Ah! ¿Y esa carta del duque la habéis encontrado en el cuarto del muchacho después de la fuga?

—No; debió llevarla consigo... Pero salvo vuestro parecer, yo creo, Sr. Holmes, que ya es hora de tomar el tren.

Holmes se levantó.

—Ahora mismo iba á proponérslo. Voy á mandar que venga un coche para conducirnos á la estación. Dentro de un cuarto de hora estaremos dispuestos. ¡Ah! Me vais á hacer el favor de poner un telegrama á vuestra casa diciendo que la pista de Liverpool era la verdadera, y con eso podremos el amigo Watson y yo trabajar tranquilamente en las cercanías del colegio y del castillo.

## H

Era ya de noche cuando llegamos á la montañosa región donde estaba situado «El Priorato». Sobre la mesa de la antesala blanqueaba una tarjeta, y el criado que nos abrió la puerta, cuchicheó al oído del doctor Huxtable.

Este se volvió hacia nosotros presa de la mayor excitación.

—Ha venido el duque—dijo.—Este muchacho me acaba de decir que está esperando con Mr. Wilder en mi despacho. Si os parece vamos allá y os presentaré.

Muchos retratos conocía yo del duque de Holder- nesse, pero cuando me ví frente á frente del altivo político, comprendí que ninguno de ellos daban clara idea del original. De porte noble y majestuoso, vestía con impecable corrección. Era alto y delgado y tenía el rostro pálido y fino, la nariz larga y gan- chuda y una larga y cuidadosa barba roja le cubría casi el chaleco blanco, y á través de sus hilos cen- tileaba la cadena de oro del reloj.

Este era el personaje que al entrar nosotros nos examinó de pies á cabeza con una mirada desprecia- tiva. Estaba de pie, recostado en la chimenea, y

junto á él un joven que desde el primer momento comprendimos que era su secretario particular. Este Wilder, pequeñaco y nervioso, tenía ojos azules, muy inteligentes, y él fué quien con un tono seguro é incisivo, rompió el fuego de la conversación, diciendo:

—Esta mañana he estado aquí, doctor, pero ya era tarde para impedirlo que fuérais á Londres. Me había enterado de que pensábais pedir auxilio al señor Sherlock Holmes, y monseñor estaba y está muy extrañado de que tomáseis tan grave determinación sin consultarle.

—Cuando ví que la policía había fracasado...

—Monseñor no cree que haya fracasado la policía...

—Sin embargo, Sr. Wilder.

—De sobra sabíais, Sr. Huxtable, que monseñor deseaba y desea evitar el escándalo y que, por lo tanto, cuantas menos personas se enteraran de ello, mejor.

—Bien. Bien—balbuceó el mísero doctor.—Todo puede arreglarse. El Sr. Holmes puede volver á Londres mañana mismo en el primer tren.

—¡De ningún modo, querido doctor!—exclamó Holmes.—Este clima del Norte es tan sano y tan agradable que pienso pasar algunos días entre estas montañas entreteniéndome en hacer lo que me agrade. Ahora que vos decidiréis si debo irme á cualesquiera fonda de las cercanías ó si puedo quedar bajo este techo.

El doctor se puso pálido y no sé que contestación hubiera dado si el duque no se hubiese dignado hablar con su voz sonora, de amplia sonoridad.

—Yo creo, Sr. Huxtable, como ha dicho muy bien el Sr. Wilder, que debísteis consultarme antes de avisar al Sr. Holmes; pero en vista de que ya conoce el asunto sería una estupidez no aprovecharse de sus méritos y servicios. Yo os agradeceré mucho, caballero—continuó, dirigiéndose á mi amigo,—que en vez de iros á una fonda, ó quedaros aquí, tengáis la bondad de aceptar un cuarto en Holderness Hall.

Holmes se inclinó.

—Mil gracias, monseñor, pero no puedo aceptar. Yo creo que estando aquí mismo, donde tuvo lugar el suceso, me será más fácil conseguir algo provechoso.

—Como queráis. Ahora el Sr. Wilder y yo estamos dispuestos á ayudaros y á facilitaros todos cuantos datos necesitéis.

Holmes volvió á inclinarse.

—Sois muy amable, monseñor; y yo, aprovechándome de esa amabilidad, voy á permitirme haceros algunas preguntas.

—Decid.

—¿Tenéis formada alguna opinión particular respecto de la desaparición de vuestro hijo?

—Ninguna.

—Y...—perdonadme si despierto en vos un recuerdo doloroso, pero no tengo más remedio.—Y

¿creéis que la señora duquesa haya intervenido en algo?

El duque tuvo un momento de innegable vacilación.

—No lo creo—contestó al fin.

—Hay quien opina que se trata de un secuestro con objeto de sacaros dinero. ¿Habéis recibido alguna petición de este género?

—Hasta ahora, no.

—Me han dicho también que el día de la desaparición escribisteis una carta á vuestro hijo.

—La vispera.

—Bueno; pero la recibió al día siguiente.

—¡Ah! Eso sí.

—¿Había algo en vuestra carta que le indujera á tomar esa determinación?

—Nada absolutamente.

—¿Echásteis vos mismo la carta al correo?

El noble duque no tuvo tiempo de contestar, porque se le anticipó su secretario, gritando algo incorrectamente:

—Monseñor no acostumbra á echar él mismo sus cartas. Esa carta la eché yo mismo con otras varias escritas ese mismo día.

—¿Estáis seguro de que esa carta salió en compañía de otras?

—Claro que sí.

—¿Cuántas cartas escribió monseñor ese día?—insistió Holmes.

—Veinte ó treinta. El duque tiene una corres-

pondencia considerable. Sin embargo, me parece que esto no tiene nada que ver con el asunto.

—Todo lo contrario—contestó Holmes.

—Por consejo mío—intervino el duque—la policía ha puesto sus miras en el Mediodía de Francia, no porque yo crea capaz á la duquesa de un acto tan monstruoso, sino por mi hijo. El muchacho tenía, respecto de su madre, unas ideas muy raras, y no es muy descabellado suponer que lograra hacerse acompañar del profesor alemán y se hubiesen ido en busca de la duquesa. Y ahora, Sr. Holmes, nos retiramos.

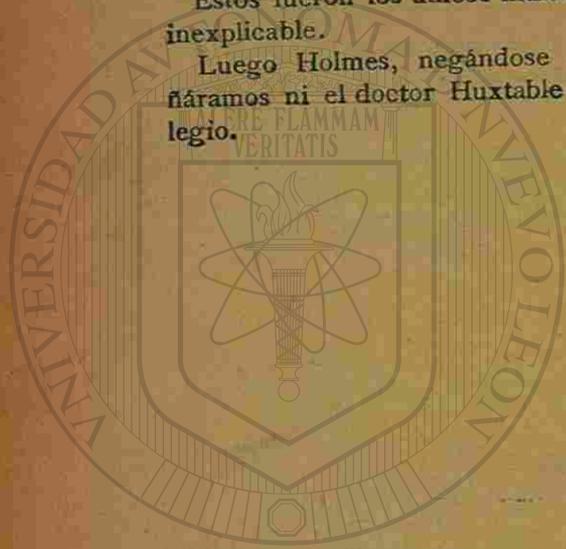
Bien claramente comprendí que Holmes deseaba hacer todavía algunas preguntas más; pero la actitud del duque no lo consintió. Se veía que estaba molesto en nuestra presencia. Aquella intrusión en su vida privada, molestaba á su aristocrático temperamento, y tal vez temiera que algunas preguntas más lograsen hacer luz sobre muchos puntos oscuros de su vida de gran señor.

En cuanto marcharon el aristócrata y su secretario, Holmes se puso á trabajar. Examinó primero, con la mayor atención, el cuarto del niño, adquiriendo la seguridad de que se había escapado por el balcón.

El cuarto del profesor alemán y sus ropas no le facilitaron ningún detalle más. Una rama de liana se había roto abajo, al peso de sus pies, sin duda, y á la luz de la linterna notamos la huella de sus talones en el césped.

Estos fueron los únicos indicios de aquella huida inexplicable.

Luego Holmes, negándose á que le acompañáramos ni el doctor Huxtable ni yo, salió del colegio.



### III

Volvió cerca de las once.

De no sé donde traía un plano de las cercanías, y extendiéndolo sobre mi cama, acercando la lámpara lo más posible, mientras lanzaba grandes bocanadas de humo, me fué señalando con el extremo de la pipa los puntos más interesantes.

—Decididamente, querido Watson, este asunto me va interesando conforme me voy enterando de él. Para que comprendáis mis deducciones, es preciso que os déis cuenta de la situación de todo cuanto nos rodea. Por eso os he traído este plano. Este cuadrado negro donde voy á colocar un alfiler es el edificio de «El Priorato»; esta línea es la carretera que, como véis, va de Este á Oeste, y que en muchas millas no tiene ningún camino trasversal. Como véis, los fugitivos han tenido que pasar por aquí necesariamente.

—Claro.

—Afortunadamente he tenido la suerte de hablar con una persona cuyo testimonio es de una gran importancia. Aquí, en este sitio, hay un guarda jurado desde la media noche hasta las seis de la mañana. Como véis, se coloca precisamente en la bifurcación

de la carretera con este otro camino, y me ha asegurado que la noche de autos no se movió un solo segundo de su puesto, y que durante las seis horas no vió pasar á nadie absolutamente. Ahora examinemos este otro lado de la carretera. Como véis, aquí está la posada del *Toro Rojo*, y precisamente el lunes por la noche se sintió malo el posadero y mandó á buscar al médico de Nockleton; como éste no vino hasta el día siguiente, nadie se acostó esperándole, y durante toda la noche hubo alguien en la carretera. He interrogado á esta gente y todos están conformes en afirmar que no pasó nadie por delante de la posada. Así, pues, de ser ciertos ambos testimonios, resulta que los fugitivos no hicieron uso de la carretera en su huida.

—¿Pero y la bicicleta? —interrumpí.

—Ahora, ahora llegaremos. Tened paciencia. Si no pasaron por la carretera es indudable que salieron por la parte de atrás del colegio. Esto es indiscutible. Ahora veamos por dónde pudieron tirar. Aquí al Sur, hay tierras de labrantío, separadas entre sí por pequeños tapiales, y resulta, por lo tanto, imposible el camino para la bicicleta; fijémonos, pues, en el Norte. Aquí hay un pequeño bosque que lleva el nombre de Dagged Shaw y un poco más allá se extienden en suave pendiente las landas de Lowergill. En esta dirección se encuentra Holderness Hall, y entre este castillo y «El Priorato» hay, viniendo por la carretera, diez millas de distancia, y únicamente seis atravesando por las landas. Esta

última parte del terreno está casi siempre desierto. Sólo de cuando en cuando se tropieza con alguna posada insignificante ó alguna cuadra de poca importancia. Fijaros aquí en esta parte. Esto es una iglesia, y rodeada de algunas casitas, entre ellas otra posada. Más allá empiezan los montes. De modo que todo parece indicarnos que por el Norte es por donde debemos dirigir nuestros pasos.

—Pero ¿y la bicicleta? —insistí yo.

—¡Y dale! —continuó Holmes. —Un buen ciclista no necesita la carretera para nada. Además, esa noche hacía luna llena y en la landa hay muchos y buenos senderos. ¡Qué! ¿Quién llama?

Estaban golpeando la puerta. Un segundo después abrimos y entró el doctor Huxtable, con una gorra azul en la mano.

—¡Ya hay un indicio! —exclamó al entrar. —Gracias á Dios, me parece que estamos sobre las huellas del muchacho. Esta es su gorra.

—¿Dónde la han encontrado?

—En un carro de bohemios que acampaban en la landa. El martes salieron de aquí y hoy les ha detenido la policía; les registró y les encontró esta gorra.

—¿Y qué explicación han dado ellos?

—Primero se callaron; luego dijeron que se habían encontrado en medio de la landa. Pero yo creo que mienten. ¡Esa maldita gente sabe dónde está el niño! Por fortuna ya están en la cárcel, y el miedo á la justicia por un lado y el dinero del duque por otro, les harán cantar de plano.

—¿Y no habéis descubierto nada más?

—Nada más.

Holmes bostezó.

—Me caigo de sueño, querido, y mañana hay que trabajar de firme.

—Tenéis razón—contestó el doctor Huxtable.—Yo también me voy á la cama. ¡Buenas noches!

—¿Véis?—me dijo Holmes en cuanto nos quedamos solos.—Esta gorra es una prueba más de que en la landa de Lowergill nos espera el triunfo. Después de todo, la policía, salvo la detención de esos bohemios, no ha hecho nada de particular. Fijáos aquí, Watson; como véis, existe una especie de riachuelo que en algunos sitios forma pantanos, especialmente en la región comprendida entre Holderness Hall y «El Priorato». Por tanto, si aquí en la parte seca no encontramos ninguna huella, es fácil que no suceda lo mismo en la pantanosa. En fin, lo que fuese sonará. Mañana por la mañana hay que levantarse temprano. Me acompañaréis, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Muy bien. Hasta mañana entonces, y ó somos muy torpes ó descubriremos el misterio.

## IV

Al día siguiente, apenas había empezado á salir el sol, sentí una mano que me agitaba bruscamente. Abrí los ojos y me encontré con Holmes que, completamente vestido, me decía:

—¡Arriba, holgazán! Ya he examinado el jardín y el depósito de bicicletas y he ido hasta el bosquecillo. En el cuarto de al lado os espera el desayuno. ¡Vamos, hombre! ¡Arriba! Nos espera un buen día.

Todo en su aspecto revelaba una interior é intensa satisfacción. ¡Qué diferencia del pálido y meditabundo soñador de Baker Street! Contemplándole me sentía más animoso para la lucha con el misterio y más confiado en la victoria.

Sin embargo, no fuimos por senderos de rosas desde el primer momento. Llenos de esperanza atravesamos la extensión gris de la landa surcada en todas direcciones por senderos abiertos por las patas de los rebaños, y llegamos á una parte donde la hierba tenía un verde más crudo, más intenso, señalando el comienzo del terreno pantanoso. Indudablemente, si el joven se hubiera dirigido al castillo de su padre, allí estarían sus huellas. Pero no las había, ni de él ni del profesor alemán. Holmes tor-

—¿Y no habéis descubierto nada más?

—Nada más.

Holmes bostezó.

—Me caigo de sueño, querido, y mañana hay que trabajar de firme.

—Tenéis razón—contestó el doctor Huxtable.— Yo también me voy á la cama. ¡Buenas noches!

—¿Véis?—me dijo Holmes en cuanto nos quedamos solos.—Esta gorra es una prueba más de que en la landa de Lowergill nos espera el triunfo. Después de todo, la policía, salvo la detención de esos bohemios, no ha hecho nada de particular. Fijáos aquí, Watson; como véis, existe una especie de riachuelo que en algunos sitios forma pantanos, especialmente en la región comprendida entre Holderness Hall y «El Priorato». Por tanto, si aquí en la parte seca no encontramos ninguna huella, es fácil que no suceda lo mismo en la pantanosa. En fin, lo que fuese sonará. Mañana por la mañana hay que levantarse temprano. Me acompañaréis, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Muy bien. Hasta mañana entonces, y ó somos muy torpes ó descubriremos el misterio.

## IV

Al día siguiente, apenas había empezado á salir el sol, sentí una mano que me agitaba bruscamente. Abrí los ojos y me encontré con Holmes que, completamente vestido, me decía:

—¡Arriba, holgazán! Ya he examinado el jardín y el depósito de bicicletas y he ido hasta el bosquecillo. En el cuarto de al lado os espera el desayuno. ¡Vamos, hombre! ¡Arriba! Nos espera un buen día.

Todo en su aspecto revelaba una interior é intensa satisfacción. ¡Qué diferencia del pálido y meditabundo soñador de Baker Street! Contemplándole me sentía más animoso para la lucha con el misterio y más confiado en la victoria.

Sin embargo, no fuimos por senderos de rosas desde el primer momento. Llenos de esperanza atravesamos la extensión gris de la landa surcada en todas direcciones por senderos abiertos por las patas de los rebaños, y llegamos á una parte donde la hierba tenía un verde más crudo, más intenso, señalando el comienzo del terreno pantanoso. Indudablemente, si el joven se hubiera dirigido al castillo de su padre, allí estarían sus huellas. Pero no las había, ni de él ni del profesor alemán. Holmes tor-

ció el gesto y con cara de mal humor y lentitud de desesperanzado continuó el camino, examinándole atentamente. Nada, nada más que las señales de las vacas y de los carneros de algunos rebaños.

—¡Fracaso completo!—dijo Holmes incorporándose y echando una mirada de desolación en torno suyo. Fra... ¡Calla! ¿Qué es esto?

Había descubierto una especie de sendero por el centro del cual corría la señal de una bicicleta.

—¡Hurrah!—grité.—Ya lo tenemos.

Holmes sacudió la cabeza con aire preocupado.

—No hay que cantar victoria tan pronto, amigo Watson. Esta es la huella de una bicicleta, no de la bicicleta—dijo.—Conozco cuarenta y dos clases de huellas dejadas por el caucho de los distintos neumáticos. Este es un Dunlops, mientras que los neumáticos de Heidegger eran de la marca Palmer, según me ha dicho Aveling, el profesor de matemáticas. Por lo tanto, ésta no era la bicicleta del alemán.

—¿Pero no podía ser la del muchacho?

—¿La tenía acaso?

—Es verdad—dije—bajando la cabeza convencido.

—Sin embargo, Watson, el que montaba esta bicicleta iba en dirección contraria al colegio, puesto que la huella más profunda es la de la rueda trasera; es decir, sobre la que recaía todo el peso. Pero, en fin, se relacione ó no esto con nuestro asunto, hay que seguirlo hasta el fin.

Así lo hicimos, y al cabo de unos cuantos centenares de metros, en cuanto terminó la humedad del terreno, cesaron las huellas. Volviendo pies atrás, y siguiendo otra dirección, volvimos á encontrarlas. Esta vez estaban medio borradas por el paso de una vacada, y cuando llegamos al fin del sendero nos encontramos en el bosquecillo de Dagged Shaw situado á espaldas del colegio. De aquí debió salir la bicicleta.

Holmes se sentó al pie de un árbol, apoyó el mentón en una mano, y ésta en la rodilla correspondiente, y así estuvo largo tiempo silencioso é inmóvil, mientras yo, tumbado boca arriba, fumé dos pitillos.

—¿Y quién me asegura—exclamó de pronto—que un hombre no pueda ser lo suficiente listo para cambiar el caucho de sus ruedas, con objeto de despistar á los que le conozcan? ¡Vive Dios que de ser así me gustaría conocer á ese hombre!

Hubo una pausa y luego Holmes, levantándose, prosiguió:

—En fin, Watson, reanudemos nuestra marcha.

Al poco rato fueron recompensados nuestros esfuerzos. En la parte más baja de la landa había un sendero cubierto de zarzales y plantas enmarañadas. Holmes lanzó un grito de alegría, y acercándome, vi en el suelo unas señales parecidas á las que dejarían los hilos telegráficos. ¡Eran las de un neumático Palmer!

—Por aquí sí que ha pasado Heidegger—exclamó

mi amigo entusiasmado.—Ya véis, amigo Watson cómo mi razonamiento no carecía de certeza.

—Es verdad y os felicito sinceramente.

—Sin embargo, aún nos falta mucho. ¡Eh, cuidado! No piséis las huellas; vamos por aquí, por la orilla, á ver dónde termina esto.

Conforme íbamos avanzando, notábamos que en aquella parte de la landa tan pronto la tierra estaba empantanada como seca, y las huellas aparecían y desaparecían con estas súbitas humedades y sequedades.

—Fijáos—decía Holmes,—el ciclista pedaleaba con todas sus fuerzas. Esta señal donde se marcan tan claramente los dos cauchús, lo demuestra. Las dos son igualmente profundas, y esto indica que el peso estaba perfectamente repartido, como se hace en el caso de forzar la marcha. ¡Caramba! Aquí tuvo una caída.

Efectivamente. En el suelo se notaba la señal de un cuerpo, luego había huellas de pasos, después la señal de los neumáticos reaparecía.

Cuando levanté la vista de la tierra ví á Holmes mirar con aire preocupado una rama florida y sangrienta. Un poco más allá, empezando en el sendero y terminando en la maleza, había un reguero sombrero de sangre coagulada.

—¡Malo!—murmuró Holmes.—¡Malo!—¿Qué opináis de todo esto, Watson?

Y sin darme tiempo para contestar, continuó:

—El ciclista cayó herido, logró levantarse, y mon-

tando de nuevo en la máquina prosiguió la marcha. Sin embargo, yo no veo... ¡Ah! Sí; aquí hay huellas de animales. ¿Habrá sido atacado por un toro? No lo creo. Pero el caso es que aquí no se notan huellas de personas. En fin, sigamos la pista, amigo Watson, ella nos dirá lo ocurrido.

El surco del neumático empezó á zigzaguear y de pronto, una vez que miramos á lo lejos, vimos en un grupo de aulagas centellear una cosa de metal. Corrimos hacia allá y nos encontramos con una bicicleta Palmer, cuyo estribo derecho estaba roto. Un poco más allá una gran mancha de sangre seca, luego un zapato y, por último, detrás de las aulagas, tendido boca arriba, hallamos el cadáver del misero ciclista. Era un hombre alto, de espesa y negra barba, y con gafas, uno de cuyos cristales estaba roto.

La causa de su muerte había sido un terrible golpe en la cabeza que le destrozó el cráneo. Indudablemente debía de ser un hombre de gran resistencia cuando pudo andar lo que anduvo después de recibir una herida tan tremenda. Tenía puesto un zapato—el otro ya dije que lo encontramos antes—pero no llevaba calcetines. El entreabierto abrigo dejaba ver la camisa de dormir. Todo, pues, parecía indicar que estábamos delante del profesor Heidegger.

Holmes dió cuidadosa y respetuosamente una vuelta al cadáver y empezó á examinarle. Durante largo rato pareció absorto en sus pensamientos,

cuando se levantó comprendí por la contracción del rostro que aquel encuentro no había servido de mucho.

—No sé qué hacer, Watson. Por una parte comprendo que no se puede perder tiempo, que debemos continuar nuestras pesquisas; pero, sin embargo, no dejo de comprender que hay que avisar á la policia para que se incaute de este cadáver.

—Si queréis—contesté—yo puedo volver al colegio y avisar.

—No, eso no. Me sois absolutamente necesario. Esperemos un poco á ver si... ¡Ah! Mirad aquel ladrador. Tened la bondad de llamarle.

Fuí en su busca, y al reunirnos con Holmes, éste lo envió con una carta urgente para el doctor Huxtable.

—Ahora, Watson—me dijo Holmes ya solos—resumámonos. Hemos seguido dos pistas: la una la del neumático Palmer, ya véis á dónde nos ha conducido. Nos falta la otra, y antes de seguirla debemos hacer un resumen de los hechos para no dejarnos engañar por detalles inútiles. Para mí resulta indudable que el chico salió del colegio por su propia voluntad.

Yo asentí con la cabeza.

—Veamos ahora la actitud del profesor. El muchacho salió completamente vestido, lo cual indica que ya estaba preparado para la fuga. Por el contrario, el profesor, no tuvo tiempo más que de meter en unos zapatos los pies desnudos y echarse un

gabán sobre la camisa de dormir; luego no estaba enterado de lo que iba á suceder.

Volví á asentir con la cabeza.

—¿Qué razón hubo entonces para obligarle á este viaje en bicicleta que había de conducirle á la muerte? Pues sencillamente, porque al ver bajar por la ventana al muchacho, comprendió que se trataba de una fuga y decidió correr detrás de él y detenerle.

Igual asentimiento por mi parte.

—Y ahora llegamos al punto delicado de la argumentación. Lo natural, lo inmediato hubiera sido echar á correr detrás del muchacho. Sin embargo, el alemán no hizo eso; el alemán, que era un excelente ciclista, montó en su bicicleta, y esto indica que el muchacho tenía á su disposición un medio—no sé cuál todavía—de rápida locomoción.

—¿La otra bicicleta quizá?—interrumpí.

—Yo no he querido afirmarlo—continuó Holmes.

—El alemán ha sido asesinado á cinco millas del colegio, no de un tiro—procedimiento que está al alcance de cualquiera, incluso de un niño—sino de un golpe tan fuerte, que indica una mano sobrado vigorosa. De todo esto se deduce que el muchacho tenía un compañero ó un auxiliar en su fuga, y que ésta ha debido ser muy rápida, puesto que un ciclista tan notable como el alemán, tuvo que recorrer cinco millas para alcanzarlos. Del examen del terreno no hemos conseguido más que descubrir el paso de unos animales, unas vacas tal vez. Luego el otro ciclista no tiene nada que ver en este asesinato.

—¡Eso es imposible!—exclamé involuntariamente. Holmes se encogió de hombros.

—¡Imposible! ¡Imposible!—dijo algo despectivamente.—¡Sois un observador delicioso! Nada más fácil que decir imposible y nada más difícil que explicar la posibilidad. Vamos á ver: los dos hemos recorrido el camino juntos y los dos hemos descubierto iguales indicios; yo ya he dicho mi opinión. A ver la vuestra.

—¿No ha podido romperse el cráneo al caer de la bicicleta?

Holmes se echó á reír.

—¿En un pantano, Watson?

—Pues yo no veo otra explicación—repuse algo malhumorado.

—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!... En mayores aprietos me he visto, amigo Watson. Si os parece, vamos á continuar las pesquisas y veremos dónde nos conducen las huellas de Dunlops.

Continuamos el rastro hasta que dimos con los matorrales y los arbustos donde terminaba. A partir de allí, el ciclista lo mismo podía haberse dirigido hacia Holderness Hall, cuyas torres grises se elevaban á algunas millas de distancia á nuestra izquierda, que hacia el pueblo, que estaba delante de nosotros, y nos indicaba la situación de la carretera de Chesterfield.

Echamos á andar en esta última dirección, y al poco rato llegamos cerca de la posada, bajo cuyas ventanas se balanceaba la enseña de un gallo dorado.

Holmes lanzó un gemido y se apoyó en mi hombro para no caer: se había torcido un pie. Un poco más lentamente por su cojera, seguimos andando hasta la puerta de la posada, delante de la cual había un hombre grueso y rechoncho, fumando en una pipa descomunal.

—¿Cómo va, Sr. Reuben Hayes?—preguntó Holmes.

El posadero se quitó la pipa de los labios, y mirándonos estupefacto, contestó con otra pregunta.

—¿Cómo demonios sabéis mi nombre?

Holmes señaló la muestra de la posada.

—¡Hombre!—repuso echándose á reír.—Lo acabo de leer.

—¿Y quién os ha dicho que yo era el posadero?

—¡Bah! Eso se conoce en seguida. ¿Tenéis algún coche?

—No; no tengo ninguno.

—Lo siento. No puedo poner el pie en el suelo.

—Pues no lo pongáis.

—Pero si es que no puedo andar.

—Pues entonces dad saltos.

A pesar de la brusquedad y de la grosería con que contestaba el posadero, Holmes no perdió la paciencia.

—Vamos, hombre, no hay que ser así. Reflexionad que no puedo continuar el camino en esta forma.

—¿Y yo que tengo que ver?—contestó el posadero con su inalterable amabilidad.

—Se trata de un asunto importantísimo, querido Sr. Hayes—continuó Holmes impasible.—Si me alquiláis una bicicleta os daré un soberano de oro.

El posadero pareció interesarse.

—¿Adónde queréis ir?

—A Holdernasse Hall.

—¿Sois amigos del duque?—repuso el posadero, mirando con cierta ironía nuestros trajes cubiertos de barro.

Holmes soltó la carcajada.

—Amigos no; pero se alegrará bastante al vernos,

—¿Por qué?

—Porque le traemos noticias de su hijo.

Por los ojos del posadero pasó un relámpago.

—¿Qué hijo?

—¿Cuál ha de ser? Lord Saltire. El que desapareció del colegio.

El posadero estaba visiblemente conmovido.

—¿Qué, sabéis dónde está?

—Si; le he visto en Liverpool y un día de estos le tendremos aquí.

Al oír estas últimas palabras el rostro del posadero se serenó, y, recobrando su sonrisa de antes, continuó ya menos huraño:

—Después de todo yo no tengo por qué guardaros consideraciones al duque. Yo he sido cochero suyo, y después de tratarme con muy poca consideración escuchó las calumnias de un proveedor de avena y me echó á la calle, negándose á facilitarme un certificado que me permitiera entrar en otra casa.

Sin embargo, no soy rencoroso y le voy á devolver mal por bien; yo os ayudaré á llevarle esa buena noticia.

—Perfectamente—dijo Holmes, frotándose las manos.—Ahora vamos á comer un poco y luego nos dejaréis la bicicleta.

—No tengo bicicleta.

Holmes le enseñó una moneda de oro.

—¿Cómo demonios os voy á decir que no tengo bicicleta!—continuó el otro ya enfurecido. Lo más que puedo hacer es alquilaros dos caballos.

—Bien, bien—contestó Holmes.—Iremos á caballo. Por de pronto vamos á tomar algo; me caigo de debilidad.

En cuanto nos quedamos solos en el comedor de la posada, noté con gran asombro que Holmes andaba con igual facilidad que antes y que la tocerdura del pie se había curado milagrosamente.

Era casi de noche, y desde por la mañana temprano no habíamos comido nada. Así, pues, permanecimos largo rato en la mesa. Durante la comida no hablamos una sola palabra. Holmes permanecía abstraído en sus reflexiones y yo restaba su silencio.

Por fin, y ya encendidos los cigarros, Holmes se levantó, y acercándose á la ventana miró al exterior. A través de los sucios cristales se veía un pequeño patinillo, en cuyo final había una especie de fragua: un hombre, ennegrecidas las carnes,

trabajaba junto al horno y arrimado al yunque. Al otro lado estaban las cuadras.

Holmes se volvió á mi, y con el rostro transfigurado, exclamó:

—¡Ya está, amigo Watson!

—¿El que está?— pregunté sorprendido.

—¿No os acordáis de las huellas de animales que hemos descubierto esta mañana?

—Sí.

—¿Dónde?

—No sé; en todas partes. En los senderos, en la parte pantanosa, y sobre todo en el sitio donde encontramos el cadáver de Heidegger.

—Justo. ¿Y cuantos animales habéis visto hoy en la landa?

—Me parece que ninguno.

—¿Verdad que es extraño, amigo Watson? Estamos toda la mañana viendo huellas de animales y no encontramos un solo animal. ¿Verdad que es raro?

—Sí que lo es.

—Haced un esfuerzo imaginativo y recordad cómo eran esas huellas. ¿Lo recordaréis?

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces ya sabréis que eran así primero.

Y Holmes, cogiendo el pan, colocó unas cuantas migas en la siguiente forma

o o o o o o o  
o o o o o o o

Y luego así:

o o o o o  
o o o o o  
o o o o o

Y, por último:

o o o o o  
o o o o o

—¿Os acordáis?

—No estoy muy seguro de que fueran así.

—Yo sí lo estoy, y hasta he obtenido una conclusión importantísima de ellas.

—¿Cuál?

—Pues esta. Resulta muy extraño el que una vaca pueda ir al paso, al trote y al galope, y esto me ha hecho pensar en que no ha sido un cerebro campesino el inventor de esta añagaza.

Luego, mirando en torno suyo como un traidor de teatro, continuó:

—Excepto ese joven herrero no hay nadie por allí. Salgamos.

Entramos en la cuadra. Allí había dos caballos. Holmes les fué levantando las patas, unas después de otras. Después se volvió hacia mí, y echándose á reír silenciosamente, me dijo:

—Aquí tenéis unas herraduras viejas que han sido colocadas hace poco tiempo. Mirad: los hierros son viejos y los clavos nuevos completamente. ¡Soberbio, querido, soberbio! Vamos ahora á la fragua.

El herrero no pareció enterarse de nuestra en-

trada; ni siquiera volvió la cabeza y continuó machacando en el yunque. Yo seguí con los ojos la mirada de Holmes y ví que se detenía en el suelo lleno de pedazos de hierro y de polvo metálico. De pronto sentimos pisadas á nuestras espaldas. Nos volvimos: era el posadero. Sus espesas cejas se unían con un fruncimiento de cólera sobre los ojos chispeantes; la boca tenía un esguince de saliva, y entre sus manos temblaba de tal modo un grueso bastón, que instintivamente metí la mano en el bolsillo y me cercioré de que llevaba el revólver.

—¿Qué hacéis aquí, malditos espías?—exclamó fuera de sí.

—¡Hola, Sr. Hayes!—contestó Holmes tranquilamente.—Diríase que tenéis algo que ocultar cuando tanta rabia os causa que veamos vuestras dependencias.

El posadero hizo un violento esfuerzo para contenerse y recobrar su sangre fría; luego, riendo con risa que nos sonó á hueca, prosiguió:

—No tengo nada que ocultar ni que temer; es que me molesta que nadie se meta á curiosear en mis cosas sin pedirme permiso. Por lo tanto, lo mejor que podéis hacer es pagarme el gasto y marcharos cuanto antes.

—Bien, bien, no os incomodéis, Sr. Hayes—continuó Holmes impasible.—Hemos venido á ver los caballos únicamente. Después de todo, me parece que no los necesitaremos va. El castillo no debe de estar lejos, ¿verdad?

—No; unas dos millas. Seguí todo ese camino de la izquierda.

Y desde entonces hasta que salimos de la posada no nos perdió de vista. Luego, ya en el campo, no anduvimos mucho. En el primer recodo, á cubierto de la curiosidad del posadero, Holmes se detuvo y yo le imité.

—Nos estábamos quemando—murmuró,—como dicen los chicos cuando juegan á encontrar una cosa. Por eso, á medida que nos alejamos de la posada nos enfriamos.

—Tenéis razón—contesté,—yo también tengo la seguridad de que ese Reuben Hayes está al corriente de todo. Pocas veces tropezaremos con un individuo que tenga el rostro tan de canalla como ese posadero.

—Veó que sois un notable observador. Realmente es una posada perfecta, con sus cuadras y su fragua. Creedme: no puedo resignarme á perderla de vista.

A nuestra espalda había una alta colina; trepamos por ella, y al llegar á la cumbre, miramos en dirección de Holderness. Rostro al camino venía un ciclista pedaleando furiosamente,

—¡Echáos boca abajo!—murmuró Holmes apoyándome la mano fuertemente en la espalda.

Nos tendimos en el suelo, y dos segundos después pasó por el camino el ciclista. Entre la nube de polvo que le envolvía distinguí un rostro desencajado, con ojos llenos de horror y la boca abierta en un

mudo grito de desesperación. Tal como lo entrevi era una cruel, una tristísima caricatura del elegante James Wilder que habíamos conocido la víspera.

—¡El secretario del duque!—exclamó Holmes.—Esto se complica, amigo Watson; venid, no hay que perder tiempo.

Saltamos de peñasco en peñasco, y unos minutos después estábamos en una elevación desde la cual dominábamos perfectamente la puerta de la posada. Contra la pared estaba apoyada la bicicleta de Wilder.

En torno de la casa reinaba un silencio absoluto. El sol se ocultaba detrás de las altas torres del castillo, y la paz infinita del crepúsculo descendía lentamente sobre los campos, poetizándolo todo, dando mayor misterio á cuanto nos rodeaba. De pronto oímos rumor de cascos caballunos; en la negrura de la puerta aparecieron las luces de dos linternas, y minutos después salió un coche, y rápidamente, al trote largo del caballo, tomó la dirección de Mesterfield.

—¿Qué os parece, Watson?—murmuró Holmes junto á mi oído.

—Eso parece una huída.

—No sé. Todo lo que he visto es que dentro del coche no iba más que un hombre y que no era mister James Wilder, porque éste acaba de salir ahora mismo.

Habían encendido luz en el interior, y en el luminoso cuadro de la puerta se recortaba en negro la si-

lueña del secretario. Su cabeza se adelantaba como queriendo robar su secreto á las tinieblas. Al poco rato sentimos pisadas, apareció otro individuo, cuchicheó con el secretario y entraron dentro. Se cerró la puerta y una obscuridad completa vino á hermanarse con el silencio. Minutos después brilló una luz en la ventana del primer piso.

—¿Sabéis, amigo Watson, que debe ser divertida la estancia en esa posada? ¿Qué demonios hará ahí el secretario del duque y quién diablos será el que está con él? ¡Vaya! Hay que arriesgarse á ver eso más de cerca.

Bajamos al camino y nos acercamos á la posada. La bicicleta permanecía apoyada contra la pared. Holmes encendió una cerilla y la acercó á la rueda de atrás.

—Me lo figuraba, Watson: neumático marca Dunlop.

Luego levantó la cabeza, y al ver encima de nosotros la ventana iluminada, continuó:

—Es preciso que vea yo lo que hay ahí dentro. Arrimáros á la pared, Watson, y á ver si podéis sostenerme.

Un minuto después tenía los pies sobre mis hombros para quitarlos en seguida.

—Vamos, Watson—dijo ya en el suelo.—Por hoy tenemos bastante. La escuela está muy lejos de aquí y cuanto antes lleguemos mejor.

Mientras atravesamos la landa no pronunció una sola palabra; pero en lugar de ir al «Priorato» nos

dirigimos á la estación de Makleton, donde expidió varios telegramas.

Luego entramos en el colegio y hasta muy avanzada la noche le oí desde mi cama hablar con el doctor Huxtable, y consolarle por la muerte de su colega el profesor de alemán. Cerca de las dos de la madrugada entró en la alcoba con igual animación y alegría en el rostro que por la mañana.

—Todo va perfectamente, amigo Watson. O mucho me engaño, ó mañana por la tarde ya estará descubierto el enigma.

## V

No eran las nueve de la mañana siguiente, cuando Holmes y yo entramos en el jardín de Holdernesse por la amplia avenida de seculares encinas. Luego de atravesar la monumental portada concluida en tiempos de la reina Isabel, un criado nos condujo hasta el despacho del duque.

Allí nos encontramos con James Wilder, frío, correcto, impasible, pero conservando en sus ojos el terror que reflejaban la víspera.

—¿Deseábais ver á monseñor?—nos dijo en cuanto entramos.—Lo siento mucho, pero no puede ser. El señor duque está muy disgustado. La noticia de haberse encontrado el cadáver del profesor alemán le ha conmovido extraordinariamente.

—Sin embargo, Sr. Wilder—contestó Holmes—es preciso que le veamos.

—No puede ser. Monseñor está en su alcoba.

—¡Iremos á su alcoba!

—Me parece que está en la cama todavía.

—¡Le veremos en la cama!

La seguridad y la decisión conque contestaba Holmes á sus objeciones, hicieron comprender á Wilder que toda resistencia era inútil.

dirigimos á la estación de Makleton, donde expidió varios telegramas.

Luego entramos en el colegio y hasta muy avanzada la noche le oí desde mi cama hablar con el doctor Huxtable, y consolarle por la muerte de su colega el profesor de alemán. Cerca de las dos de la madrugada entró en la alcoba con igual animación y alegría en el rostro que por la mañana.

—Todo va perfectamente, amigo Watson. O mucho me engaño, ó mañana por la tarde ya estará descubierto el enigma.

## V

No eran las nueve de la mañana siguiente, cuando Holmes y yo entramos en el jardín de Holdernesse por la amplia avenida de seculares encinas. Luego de atravesar la monumental portada concluida en tiempos de la reina Isabel, un criado nos condujo hasta el despacho del duque.

Allí nos encontramos con James Wilder, frío, correcto, impasible, pero conservando en sus ojos el terror que reflejaban la víspera.

—¿Deseábais ver á monseñor?—nos dijo en cuanto entramos.—Lo siento mucho, pero no puede ser. El señor duque está muy disgustado. La noticia de haberse encontrado el cadáver del profesor alemán le ha conmovido extraordinariamente.

—Sin embargo, Sr. Wilder—contestó Holmes—es preciso que le veamos.

—No puede ser. Monseñor está en su alcoba.

—¡Iremos á su alcoba!

—Me parece que está en la cama todavía.

—¡Le veremos en la cama!

La seguridad y la decisión conque contestaba Holmes á sus objeciones, hicieron comprender á Wilder que toda resistencia era inútil.

—Está bien, señores, voy á anunciarle que estáis aquí.

Después de media hora de espera apareció el aristócrata. Su rostro estaba más pálido, casi lívido, el cuerpo se doblaba lamentablemente. Sin embargo, nos acogió con igual impasibilidad que el día anterior y se sentó á su mesa. La barba roja descansó en la madera.

—¿Qué hay de nuevo, Sr. Holmes?—dijo con voz sonora y enfática.

Los ojos de mi amigo se clavaron en el secretario que se había colocado cerca del sillón del duque.

—Yo os agradecería que el Sr. Wilder nos dejara solos.

El secretario palideció, y mirando rencorosamente á Holmes, murmuró:

—Si monseñor lo manda...

—Sí; sí. Tened la bondad de dejarnos solos.

El secretario hizo una reverencia y salió lentamente.

—Ahora, Sr. Holmes—continuó el duque—podéis hablar.

Holmes esperó á que estuviera cerrada la puerta.

—Antes de nada, señor duque, desearíamos saber si lo que nos dijo el doctor Huxtable respecto de cierta recompensa al que descubriera al autor ó los autores de este enredo, es cierto. Celebraría mucho oír de vuestros propios labios la ratificación.

—Es verdad, Sr. Holmes.

—El doctor Huxtable aseguró que al que descu-

briera donde estaba vuestro hijo le daríais cinco mil libras esterlinas.

—También es verdad.

—Y al que os hiciera saber quiénes eran los raptos ó secuestradores, mil libras.

—También es verdad—repuso el duque ya impaciente.—Si vos, Sr. Holmes, sabéis todas esas cosas, decidlas sin temor, porque el duque de Holder-nesse sabe cumplir sus promesas.

Mi amigo se frotó las manos con tal alegría y se reflejaba tal avaricia satisfecha en su rostro, que no pude menos de asombrarme, conociendo como conocía su desprendimiento y su desprecio por el dinero.

—Perfectamente—dijo.—Si no me engaño eso que hay ahí es el talonario del señor duque; y celebraría que monseñor se dignara extender ahora mismo un cheque por valor de seis mil libras á mi nombre y contra la casa de banca «Capital and Counties», Oxford Street, Londres.

El duque no hizo el menor movimiento. Muy derecho en su sillón y mirando fijamente á Holmes, contestó con su voz amplia y tranquila.

—¿Os estáis burlando de mí? Me parece que la ocasión no es más oportuna para bromear.

—Os engañáis, señor duque. Nunca he hablado con más seriedad que ahora.

—¿Entonces que es lo que pretendéis?

—Sencillamente cobrar lo que he ganado. Yo sé donde está vuestro hijo y conozco á las personas

que le han raptado ó por lo menos las que le retienen actualmente.

El duque palideció más todavía.

—¿Dónde está?—murmuró.

—Está en la posada del *Gallo Audaz*, situada á dos millas próximamente de este castillo.

El duque se levantó de un salto.

—¿Y á quién acusáis?

No recuerdo impresión parecida á la que me produjo la contestación de mi amigo. Holmes se puso también de pie, y apoyando una mano en el hombro del duque dijo con voz clara y tranquila:

—¡A vos!

Hubo un momento de estupor. El duque retrocedió llevándose las manos á la cabeza.

—Ahora, monseñor—contestó Holmes tranquilamente,—espero que extendáis el cheque y me lo déis. Me parece que he ganado bien el dinero.

El duque parecía haber recobrado su sangre fría. Se sentó, y apoyando el mentón sobre las manos cruzadas cerró los ojos y meditó breves instantes.

—¿Qué pruebas tenéis?—dijo al cabo de un rato levantando la cabeza, pero con la voz algo temblorosa todavía.

—Yo os he visto ayer juntos á los dos.

—¿Lo sabe alguien además de vuestro amigo?

—Nadie absolutamente.

El duque cogió una pluma, y abriendo el talonario de cheques continuó:

—Yo no tengo más que una palabra, Sr. Holmes.

Como véis, y á pesar del disgusto tan grande que me habéis causado, voy á firmar el cheque. Sin embargo, cuando hice esta promesa ignoraba el rumbo que tomarían los acontecimientos, y ahora, en vista de lo que ha sucedido, creo que podré conseguir vuestro silencio, ¿verdad?

—No comprendo lo que queréis decir.

—Me explicaré mejor, Sr. Holmes. Quiero decir que, puesto que únicamente vuestro amigo y vos conocéis el secreto de este asunto, no deberé temer que se entere nadie más. ¿No es eso? Ahora voy á extender el cheque. Son doce mil libras, ¿verdad? (1).

Holmes sonrió y movió la cabeza denegando.

—Desgraciadamente, señor duque, me parece que las cosas no se pueden arreglar con tanta facilidad. Por lo visto habéis olvidado la muerte del profesor Heidegger.

—¡Yo os juro que James Wilder es inocente! ¡La culpa es toda de ese bárbaro, á quien cometió la estupidéz de mezclar en el asunto!

—Siento no ser de vuestra misma opinión, señor duque. Cuando un hombre concibe y ejecuta una falta es moralmente responsable de todas las faltas y hasta de los crímenes que se deriven de ella.

—Moralmente, sí, Sr. Holmes; pero judicialmente, no. La ley no puede condenar á un hombre por

(1) El lector verá en este hábil aumento del duque su deseo de comprar á toda costa el silencio de Holmes.—(N. del T.)

un asesinato que no ha cometido, y que reprueba y odia con igual odio y reprobación que nosotros. En cuanto se enteró de la muerte James se echó á mis pies y me confesó la verdad, toda la verdad de lo ocurrido. Yo os ruego, Sr. Holmes, por lo que más queráis que lo salvéis. ¡Salvadle! Salvadle y os estaré reconocido toda mi vida.

El duque había perdido por completo su altivez y su tiesura. Con el rostro alterado, la frente sudorosa, crispados los puños y temblona la voz, paseaba á grandes zancadas la largura del despacho. Por fin pareció tranquilizarse algo, y sentándose de nuevo en el sillón continuó:

—Yo os agradezo, Sr. Holmes, la atención que habéis tenido viniendo á verme antes de hablar con nadie, ni comunicarle á nadie vuestros descubrimientos. De ese modo tal vez logremos evitar el escándalo.

—Tal vez—repitió Holmes;—pero para ello necesito que me habléis con entera, con absoluta franqueza. Mi deseo es servirlos en cuanto pueda, pero debéis ayudarme poniéndome al corriente de lo que sepáis. Hace un momento habéis hablado de mister James Wilder, asegurándome que no es el asesino.

—No, no lo es. El asesino ha logrado escapar.

Sherlock Holmes sonrió.

—¿Cómo se conoce que monseñor no sabe con quién trata! Si lo supiera, no afirmaría eso tan rotundamente. Ayer, á las once de la noche, y á petición mía, han detenido en Chesterfield á Reuben

Hayes, autor de la muerte del Sr. Heidegger. Esta mañana, antes de salir del colegio, he recibido el telegrama.

El duque se puso en pie, y mirando estupefacto á Holmes, exclamó:

—¡Tenéis un poder sobrehumano! ¿De modo que han cogido al posadero Reuben Hayes? Dios quiera que esta detención no perjudique al pobre James.

—¿Vuestro secretario?

—No, mi hijo.

Ahora fué Holmes el que se quedó mirando al duque con la boca abierta.

—Confieso, señor duque, que ignoraba esa circunstancia.

—Voy á explicároslo todo.

Y el duque, volviendo á sentarse y recobrando su voz sonora y pausada, aunque algo temblona de cuando en cuando, empezó la narración:

—Por muy dolorosa que me sea la franqueza, comprendo que es el único medio de atenuar en algo el conflicto en que nos han envuelto la locura y la envidia de James. Durante mi juventud, señor Holmes, yo tuve unos amores intensos, unos amores de esos que se sienten una sola vez en la vida. Quise casarme con mi amante, pero ella se negó, alegando que era matrimonio desigual. Acaso me perjudicara en mi carrera. Sin embargo, si hubiera vivido, á pesar de sus protestas, nos hubiéramos casado; pero murió, dejándome ese muchacho. al

cual consagré todo mi cariño y mis cuidados en recuerdo de su madre.

En virtud de las conveniencias sociales tuve que ocultar el parentesco que me ligaba con él, y después de darle una educación excelente, cuando fué ya un hombre lo hice mi secretario particular para tenerlo siempre al lado mío. No sé cómo llegó á sorprender mi secreto y con él el partido que podía sacar de su silencio, y desde entonces mi vida no tuvo nada de envidiable. Todos mis disgustos caseros se los debo á él. En su corazón yo creo que no existe más que un solo sentimiento: el odio; un odio mortal, irreflexivo contra su hermano, mi hijo legítimo. Os extrañará que, dadas estas condiciones, yo le siguiera teniendo á mi lado; pero lo comprenderéis cuando os diga que físicamente es el retrato de su pobre madre. Todo en él me recuerda á la muerta, y en el menor gesto suyo, en el más nimio ademán, en el timbre de la voz, surge ante mí la figura inolvidable. Comprendiendo que me era completamente imposible separarme de él, y temiendo al mismo tiempo que su odio le obligara á cometer una locura, decidí enviar á mi otro hijo á «El Priorato» en calidad de interno.

James tenía cierto trato con Hayes, el cual estuvo á mi servicio y fué despedido por su mala conducta. Hayes, el tipo del perfecto bandido, y, á pesar de ello, James gustaba de pasar largos ratos con él, sin duda por un impulso natural que le empuja hacia las clases plebeyas. Cuando concibió el proyecto de

robar á lord Saltire, fué en busca de ese hombre, y los dos se pusieron de acuerdo para hacerlo del mejor modo posible.

Ya comprenderéis que la vispera del rapto mi hijo recibió una carta mía. Pues bien; en esta carta, antes de echarla al correo, James añadió una postdata citando á su hermano en el bosquecillo de Dagge Saw, valiéndose del nombre de la duquesa para acabar de convencerle.

Aquella misma tarde James montó en bicicleta, y reuniéndose con Arturo en el lugar de la cita, le dijo que su madre deseaba verle, que le esperaba en la landa y que si tenía el valor de salir á media noche del colegio, encontraría en aquel mismo sitio un hombre que le conduciría hasta donde estaba la duquesa. El pobre Arturo cayó en el lazo, y saliendo del colegio á media noche, se reunió con Hayes, que le esperaba con su coche y un solo caballo. Subieron en el carruaje y emprendieron en seguida la marcha. Según parece—James no lo supo hasta ayer—fueron perseguidos, y Hayes, deteniendo el carruaje, le dió un garrotazo en la cabeza. Siguieron su camino sin que nada ni nadie les volviera á interrumpir. Cuando llegaron á la posada, Hayes encerró á Arturo en un cuarto del piso principal y lo dejó al cuidado de su mujer, una excelente persona, pero que obedece ciegamente á su marido.

Tal era el estado de cosas hace dos días cuando os ví por primera vez. Yo entonces desconocía como vos la verdad, y tal vez, sin la muerte de ese pobre

alemán, no lo hubiera sabido nunca. ¿Os preguntaréis, como yo me pregunté cuando supe lo ocurrido, los móviles que ha tenido James para obrar de tal manera? Yo no los sé claramente aunque me los figuro por las palabras que se le han escapado en su confesión. Según él tenía y tiene más derecho á heredar mi fortuna y mis títulos que Arturo. No podía resignarse á que su hermano, á quien odia con toda su alma, le despojara de lo que cree exclusivamente suyo y entonces concibió el secuestro. Una vez que tuviera á Arturo en su poder, me plantearía el dilema: la entrega de mi hijo á cambio del testamento en su favor. Tenía, además, en favor suyo, la seguridad de que yo no había de recurrir á la policía para castigarle. Así las cosas, la muerte de Heidegger precipitaron el desenlace.

Cuando recibimos ayer el telegrama de Huxtable dándonos cuenta del fúnebre hallazgo, James quedó aterrado al principio, luego estalló en palabras de indignación y de sincera pena. Mis sospechas aumentaron con esto, y con gran dolor de mi alma le acusé de la muerte.

James protestó con gran energía suplicándome que guardara silencio durante tres días para darle tiempo á su miserable cómplice á que se escapara y evitar con ello el escándalo. Yo, como siempre, fui débil y accedí. En seguida montó en la bicicleta y fué á la posada á prevenir á Hayes y darle medios para la fuga. Como yo no podía, sin despertar sospechas ni graves comentarios, ir de día á la posada,

esperé á que fuera de noche para correr en busca de mi Arturo. Cuando nos vimos, se arrojó en mis brazos llorando, aterrado aún por la terrible escena de que había sido testigo é inquieto por su misteriosa situación. Con gran trabajo me separé de él, resignándome á dejarle tres días al cuidado de mistress Hayes, puesto que no era posible decir á la policía que había aparecido sin perder á Hayes, y que arrastrara en su pérdida á mi otro hijo.

Ya véis, Sr. Holmes, cómo he cumplido mi palabra de seros franco. Os he dicho todo, absolutamente todo. Ahora confío que me correspondáis de igual manera.

—Con mucho gusto, señor duque—repuso Holmes.—Correspondiendo á vuestra franqueza, debo deciros que desde el punto de vista judicial estáis en una situación muy crítica. Os habéis hecho cómplice de una felonía, contribuyendo á facilitar la fuga de un asesino; porque supongo que el dinero entregado por James Wüder á Hayes debía ser vuestro, ¿verdad?

El duque asintió con la cabeza.

—Además habéis cometido otra acción tan lamentable y tan reprochable como la anterior, dejando á vuestro hijo tres días más en poder de esa gente.

—Sí; pero me han dado palabra de...

—¿Y qué valor han de tener las palabras de esa gentualla? ¿Quién os garantiza que no le volverán á secuestrar? Por complacer á vuestro hijo culpable, exponéis á vuestro hijo inocente á un peligro inútil

y tal vez inminente. Eso no está bien, señor duque.

El aitivo señor de Holderness no estaba acostumbrado á que lo tratasen de tal manera, y mucho menos bajo el mismo techo de sus antepasados. Hubo un momento en que le creí próximo á protestar; pero la consciencia de su falta le contuvo y bajó ruboroso la cabeza.

—Sin embargo—continuó Holmes,—yo estoy dispuesto á ayudaros con una condición.

—Decidla—balbuceó el duque.

—La de que me dejéis obrar con entera libertad.

—Concedido.

—Perfectamente. Entonces tened la bondad de llamar á un criado para que le dé algunas órdenes.

Sin decir una palabra el duque apretó el timbre y apareció un criado.

—El señor duque—dijo Holmes—os encarga que vayáis con el coche á la posada del *Gallo Audaz* y en nombre suyo le roguéis á lord Saltire que os acompañe hasta aquí.

El criado se inclinó, y con el asombro pintado en el rostro, salió de la habitación.

—Ahora—continuó Holmes—que está arreglado el porvenir, seamos indulgentes con el pasado. Como yo no tengo carácter oficial, y como la policía obra por su cuenta, no tengo obligación de sacarla de su error ni de contar lo que sé. Respecto á Hayes, no puedo ni quiero hacer nada por él. Únicamente os aconsejaré, señor duque, que le hagáis ver la conveniencia de callarse y de negar á todo lo que le

pregunten. La policía creará que se trata de un simple secuestro y hasta, si queréis, yo afirmaré lo mismo. Por último debo advertiros que la estancia de James Wilder en este castillo no os servirá más que para daros muchos y graves disgustos.

—Ya lo sé, Sr. Holmes, ya lo sé. Sin embargo, me parece que le oí decir pensaba marchar á Australia en busca de fortuna.

—En ese caso, y puesto que monseñor me ha asegurado que la causa de su separación con la señora duquesa era precisamente James Wilder, me parece que ha llegado la hora de la reconciliación.

—Así lo creo yo también, y hoy mismo he escrito una carta á la duquesa.

—Perfectamente—repuso Holmes levantándose.—Mi amigo Watson y yo no tenemos ya nada que hacer aquí más que felicitarnos de que esto se haya descubierto y de... ¡Ahl Lo que desearía saber es quién le enseñó á Hayes á herrar sus caballos de manera que sus huellas parezcan las de unas vacas.

El duque nos miró asombrado; luego reflexionó un poco, y, por último, dándose una palmada en la frente, abrió una puerta y nos invitó á entrar en una amplia sala llena de vitrinas y estantes parecidos á los de un museo.

Entramos, y el duque, dirigiéndose á una de las vitrinas nos hizo leer la inscripción siguiente:

«Estos hierros fueron encontrados al limpiar los fosos del castillo. Son herraduras que dejan la hue-

•lla de los cascos vacuos y se empleaban con objeto de despistar al enemigo. Debieron ser empleadas por los señores feudales de Holdernesse en la Edad Media. •

Holmes abrió la vitrina, cogió una de las herraduras, y mojándose el dedo con saliva lo pasó por encima del hierro. Una ligera capa de barro lo manchó.

—Gracias, señor duque—dijo cerrando la vitrina. —Este es el segundo descubrimiento interesante que he hecho en tierras del Norte.

—¿Cuál fué el primero?

Holmes cogió el *cheque*, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en la cartera, y metiéndose ésta en el bolsillo—repuso con innegable satisfacción:

—El primero fué que soy un hombre pobre.

## PEDRO EL NEGRO

### I

Nunca el renombre de Sherlock Holmes subió á tanta altura como en el año de gracia de 1895. Nunca fué tan grande su fama ni tan productivos sus triunfos. El humilde cuarto de Baker Street recibió la visita de no pocas y augustas personalidades y la fortuna de Holmes no pocos ni despreciables aumentos.

Sin embargo, mi amigo, verdadero espíritu de artista, despreció muchas veces el dinero, y el caso del duque de Holdernesse no volvió á repetirse.

También, en muchas ocasiones, le he visto rechazar las ofertas de importantes personajes y negar su ayuda á generosos millonarios para consagrarse por entero á resolver problemas de gente humilde sólo por el interés que en él despertaban las excepcionales circunstancias en que se presentaban los asuntos.

Durante este año memorable tuvo ocasión de ejercitar su inteligencia en sucesos tan diversos y de tanta resonancia como el de la muerte del cardenal Tosca, para esclarecer la cual recibió encargo directo de Su Santidad, hasta la detención de Wilson,

•lla de los cascos vacuos y se empleaban con objeto de despistar al enemigo. Debieron ser empleadas por los señores feudales de Holdernesse en la Edad Media. •

Holmes abrió la vitrina, cogió una de las herraduras, y mojándose el dedo con saliva lo pasó por encima del hierro. Una ligera capa de barro lo manchó.

—Gracias, señor duque—dijo cerrando la vitrina. —Este es el segundo descubrimiento interesante que he hecho en tierras del Norte.

—¿Cuál fué el primero?

Holmes cogió el *cheque*, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en la cartera, y metiéndose ésta en el bolsillo—repuso con innegable satisfacción:

—El primero fué que soy un hombre pobre.

## PEDRO EL NEGRO

### I

Nunca el renombre de Sherlock Holmes subió á tanta altura como en el año de gracia de 1895. Nunca fué tan grande su fama ni tan productivos sus triunfos. El humilde cuarto de Baker Street recibió la visita de no pocas y augustas personalidades y la fortuna de Holmes no pocos ni despreciables aumentos.

Sin embargo, mi amigo, verdadero espíritu de artista, despreció muchas veces el dinero, y el caso del duque de Holdernesse no volvió á repetirse.

También, en muchas ocasiones, le he visto rechazar las ofertas de importantes personajes y negar su ayuda á generosos millonarios para consagrarse por entero á resolver problemas de gente humilde sólo por el interés que en él despertaban las excepcionales circunstancias en que se presentaban los asuntos.

Durante este año memorable tuvo ocasión de ejercitar su inteligencia en sucesos tan diversos y de tanta resonancia como el de la muerte del cardenal Tosca, para esclarecer la cual recibió encargo directo de Su Santidad, hasta la detención de Wilson,

uno de los bandidos más peligrosos que infestaban á Londres por aquella época.

Pero entre todos estos robos, asesinatos, desapariciones, herencias misteriosas y demás excéntricos aconteceres, ninguno tan interesante como la muerte del capitán Pedro Carey, que sirvió para que Sherlock Holmes demostrara una vez más lo privilegiado de su talento.

Durante la primera semana del mes de Julio desaparecía tan frecuente y largamente, que, aunque no me decía nada, supuse que algo muy importante debía traer entre manos. Esto, unido á que durante su ausencia venían muchos individuos de no muy buenas trazas á preguntar por el capitán Baril, me hizo comprender que mi amigo debía trabajar en alguna parte disfrazado de una de aquellas extrañas personalidades que tan maravillosamente le sirvieron en muchas ocasiones. Sin embargo, como no me hizo confidencias de ningún género, yo dominé mi curiosidad y no le pregunté nada absolutamente.

Cierta mañana en que yo estaba desayunándome tranquilamente, se abrió la puerta y yo lancé un grito de asombro al verle entrar. Con el sombrero echado sobre las cejas y un descomunal arpon bajo el brazo, á guisa de paraguas.

—¡Bondad divina!—exclamé.—¿A donde váis con eso, Holmes?

—No voy, vengo. He ido en coche á una carnicería.

—¿A una carnicería?

—Sí; y vuelvo con un apetito extraordinario. No hay nada mejor que un poco de ejercicio antes de comer. ¿A que no adivináis lo que he hecho hoy?

—Seguramente.

Holmes soltó la carcajada.

—Pues si hubiérais entrado esta mañana en la trastienda del carnicero Allardyce, hubiérais visto una escena muy curiosa. Colgado del techo pendía el cuerpo de un cerdo, y enfrente de él un *gentleman* en mangas de camisa intentaba atravesarle con arpon. Este *gentleman* era yo y me he convencido de que nadie que tenga igual fuerza que yo pueda hacerlo de un solo golpe. ¿Queréis probar vos?

—¿Yo? ¡Gracias! ¿Y con qué objeto hacíais eso? En el mismo momento llamaron á la puerta.

—Adelante—dijo Holmes.—Pues sencillamente porque tiene cierta relación con el crimen de Woodman's. ¡Hola, Hopkins! Ayer por la noche recibí vuestro telegrama y os esperaba. Sentáos aquí. ¿Queréis tomar algo?

Nuestro visitante era un hombre de unos treinta años próximamente; vestía un traje oscuro de americana, pero había algo en su aspecto que indicaba la costumbre de llevar uniforme. Aunque Holmes no hubiera dicho su nombre, yo le hubiese conocido en seguida. Era Stanley Hopkins, un joven inspector de policía en el cual fundaba mi amigo grandes es-

peranzas, y aquél á su vez profesaba un gran respeto por las teorías científicas é imaginativas del policía aficionado.

Su frente tenía arrugas de preocupación, y al sentarse denegó el ofrecimiento de Holmes.

—No, gracias; no tengo hambre. Me he desayunado antes de venir. He pasado toda la noche en vela.

—¿Y qué? ¿Hay algo nuevo?

—Nada. ¡Fiasco completo!

—Pero ¿no habéis adelantado?...

—Nada absolutamente.

—¡Vaya, hombre!... Veremos á ver si con mi ayuda...

—No deseo otra cosa, Sr. Holmes. Ya véis: se trata de mi primer asunto serio, y si no me dáis la mano soy hombre al agua...

—Perded cuidado. Estoy al corriente de todo; he leído todas las declaraciones, incluso la del doctor que hizo la autopsia. A propósito, ¿qué os parece esa bolsa de tabaco encontrada junto al cadáver? ¿No véis ahí el principio de una pista?

Hopkins le miró asombrado.

—Era la bolsa de la víctima, Sr. Holmes. Tiene sus iniciales. Es de piel de foca, y ya sabéis que Pedro Carey era un antiguo marino.

—¡Pero no fumaba!

—Tal vez tengáis razón, puesto que no hemos encontrado ninguna pipa en su casa; pero podía tener el tabaco para los amigos.

—Puede ser. Sin embargo, si yo me hubiese encargado del asunto, tened la seguridad de que hubiera tomado esa bolsa como punto de partida de mis investigaciones. Ahora, como el amigo Watson no sabe una palabra de lo que se trata, y á mi me gustaría recordarlo, váis á tener la bondad de decirnos los puntos esenciales del drama.

Hopkins, sacando un papel del bolsillo, empezó su narración:

—Aquí tengo apuntadas algunas fechas que resumen la carrera de la víctima, el capitán Pedro Carey. Nació el año 1845, y tenía, por lo tanto, al morir cincuenta años. Dotado de gran valor personal, obtuvo grandes éxitos en su juventud en la pesca de focas y tiburones. En 1883 mandaba un barco de pesca llamado *La Licorna*, de la matrícula de Dundee, é hizo algunos viajes felices y productivos. Al año siguiente, ó sea el 1884, se retiró y viajó por gusto otros cuantos años. Por último, compró una pequeña propiedad llamada Woodman's Lee, cerca de Forest Row, en el condado de Sussex. Allí vivió durante seis años, y allí ha encontrado la muerte hace ocho días.

Vivía en compañía de su mujer, de una hija suya que tiene veinte años y de dos criadas. Su manera de ser era de las más extrañas y más llenas de contrastes. En su estado normal era un perfecto caballero, algo triste y silencioso, pero correcto y atento como nadie. En cambio, cuando se emborrachaba, lo que era muy frecuente en él, enloquecía, hasta el

punto de transformarse en un energúmeno. Una noche expulsó de casa á su mujer y á su hija, y no contento con esto las persiguió á través del campo dándolas garrotazos hasta que los gritos de ellas despertaron á los vecinos. Respecto á las criadas, la que más duraba era un mes; todas se marchaban en cuanto conocían las costumbres del señor.

También en cierta ocasión fué citado á juicio por maltratar de palabra y de obra al anciano párroco de Forest Row, que fué á sermonearle amistosamente por su mala conducta.

En fin, señores, que era un hombre de una violencia y de una crueldad extremada en cuanto bebía lo más mínimo, no pudiéndose atribuir á los años este modo de ser suyo, puesto que, según me ha dicho, fué durante su juventud completamente igual. Entre sus compañeros se le conocía por *Pedro el Negro*, no solamente por el oscuro color de su rostro y la negrura de su larga barba, sino también por su carácter y por el terror que causaba á todos cuantos le conocían.

Vos, Sr. Holmes, habréis leído en los informes de los médicos y de la justicia la disposición de su camarote; pero como el Sr. Watson tal vez la ignora, voy á repetiroslo.

A un lado del jardín, y á bastante distancia de la casa, había mandado construir una especie de pabellón de madera, al cual llamaba su *camarote*, y en el que dormía todas las noches.

Constaba de una sola pieza de diez y seis pies por

diez, y no dejaba que entrase nadie en ella, limpiándola y arreglándola por sí mismo. Tenía dos ventanas provistas de espesas cortinas que no se descubrían jamás. Una de ellas daba á la carretera, y en las noches plácidas del verano como en las crueles del invierno, los caminantes que veían brillar una luz detrás de la espesa cortina, preguntaban con terror á qué macabras y misteriosas operaciones estaría entregado en aquellos momentos *Pedro el Negro*. Ya recordaréis, Sr. Holmes, que esta ventana ha sido el punto de partida del sumario.

En efecto; dos días antes del crimen, un albañil llamado Slater volvía de Forest Row, cerca de la una de la madrugada. Al pasar por delante de la casa del marino se detuvo y miró por entre los árboles el cuadrado de luz de la ventana. En sus declaraciones ha asegurado que vió destacarse perfectamente un perfil de hombre, pero que no era el de Pedro Carey, al cual conocía sobradamente, sino el de un hombre de barba corta y puntiaguda, muy distinta de la ancha y larga del capitán. Sin embargo, sus afirmaciones no son muy de tener en cuenta, porque había pasado la noche bebiendo en una posada, y además la ventana del *camarote* está á bastante distancia de la carretera. Además esto fué el lunes, y el crimen no ocurrió hasta el miércoles.

El martes *Pedro el Negro* estuvo excitado como nunca. Recorrió toda la casa blasfemando y dando golpes en los muebles, sin lograr encontrar á ninguna de las mujeres, pues éstas iban huyendo de habi-

tación en habitación conforme le sentían acercarse. Muy avanzada la noche se retiró á su camarote, y á eso de las dos de la madrugada su hija oyó un grito desgarrador; pero acostumbrada á las excitaciones y gritos de su padre no hizo caso y se volvió á dormir.

A eso de las siete de la mañana se levantó una de las criadas y vió que la puerta del camarote estaba abierta de par en par; pero era tal el terror que sentían todos en la casa ante las cóleras de *Pedro el Negro*, que hasta después de medio día no se atrevió á acercarse, y sin entrar dentro, ver la razón de aquel hecho insólito. No había hecho más que asomar la cabeza, cuando lanzó un grito y salió como joca corriendo en busca de gente. Una hora más tarde yo entraba oficialmente en la casa.

Ya me conocéis, Sr. Holmes, y sabéis que no se me encoge el corazón fácilmente. Pues bien; os confieso que sentí un escalofrío de terror al entrar en el retiro de Carey. Una infinidad de moscas verdes y azules runruneaban con tal fuerza que diríase el sonido lejano de un armonium. Las paredes y el suelo tenían grandes manchas y salpicaduras de sangre. Pedro Carey había llamado á aquel retiro su camarote y á fe que estuvo acertado en darle tal nombre.

Desde que se entra allí parece que se encuentra uno embarcado. Hay una especie de litera, un gran baúl cuadrado y en las paredes mapas y cartas de navegación amén de un cuadro represen-

tando *La Licorna* y un pequeño estante con libros marítimos.

En medio de la reducida habitación yacía el cadáver clavado en el pecho un arpón de acero. El arma debió ser lanzada con tal fuerza que, después de atravesar el cuerpo del marino, se clavó fuertemente en el entarimado. Diríase un descomunal insecto clavado en el cartón de un entoniólogo. La muerte debió ser instantánea y el grito que oyó su hija debió lanzarlo al sentirse atravesar las carnes por el arpón.

Recordando vuestro método, Sr. Holmes, procuré seguirle en todo.

Antes de que tocasen á nada examiné minuciosamente la parte de jardín que rodea al camarote y luego el suelo de éste. Nada. No había la menor huella de pasos.

—Eso quiere decir que no las visteis.

—No; esto quiere decir que no las había.

—Mirad, querido Hopkins; yo he intervenido en el descubrimiento de infinitos crímenes y todavía está por la primera vez que el asesino fuera un sér alado. Como no veo la razón para que el autor de éste que ahora nos ocupa lo fuese, necesariamente tendrá pies, y, por lo tanto, habrá dejado huellas de su paso. Que vos no hayáis acertado á verlas es otra cosa; pero de ningún modo debéis afirmar así, tan rotundamente, «no había huellas de ningún género». Precisamente vos mismo habéis dicho que el suelo estaba empapado de sangre, y en esta forma

resulta muy extraño que no hayáis encontrado ningún indicio.

El joven inspector se rebulló inquieto en la silla, y por fin, con voz algo despechada, contestó:

—Realmente ha sido una tontería no avisaros antes; desde el primer momento os hubiérais fijado en muchas cosas que tal vez se me hayan pasado á mí inadvertidas. Sin embargo, no todo han sido torpezas. Desde el primer momento vi que el arpón que atravesaba el cuerpo de Carey había sido cogido de una panoplia donde quedaban otros dos todavía. Sobre el mango se leía lo siguiente: «S. S.—*La Licorna*.—Dundée.» Esto indicaba que el crimen debió cometerse en un momento de cólera y que el asesino echó mano de la primera arma que encontró. Esto, unido á que el cadáver estaba completamente vestido, á que el crimen se cometió á las dos de la madrugada y á una botella de rom y dos vasos que había encima de la mesa, parecía indicar que el muerto había citado á su matador.

—Es posible—dijo Holmes.—¿Y no había más bebida en el camarote que esa botella de rom?

—Sí. En un rincón había una caja llena de botellas de cognac y de whisky. Pero esto no tiene importancia, puesto que ninguna de ellas estaba abierta, sino con los tapones y las etiquetas intactas.

—No obstante, siempre es un dato. Vamos á ver, enumeradme algo más de los objetos que encontrásteis en la habitación.

—Encima de la mesa había esta bolsa de tabaco.

—¿En qué sitio?

—En medio. Como véis, es de piel de foca, y se ata con una cinta de cuero. Aquí se leen claramente las iniciales *P. C.* Cuando la encontré contenía una onza de tabaco común.

—Muy bien, ¿y qué más?

Hopkins metió la mano en el bolsillo y sacó un cuaderno de cubierta gris. Tenía señales de haber sido muy traído y llevado, y las páginas habían perdido su color primitivo. En la primera se leían claramente las iniciales *J. H. N.* y la fecha 1883.

Holmes puso el cuaderno encima de la mesa y empezó á examinarlo atentamente. Por sobre sus hombros Hopkins y yo mirábamos. En la segunda página había las iniciales *C. P. R.*, luego seguían otras varias llenas de números, luego un título: «Argentina», y otro: «Costa Rica» y otro «San Pablo», y debajo de ellos una porción de letras y de cifras.

—¿Qué os parece de esto?—dijo Holmes levantando la cabeza.

—Parece una lista de valores cotizables en Bolsa. *J. H. N.* deben de ser las iniciales del corredor, y *C. P. R.* las del cliente.

—Vamos á ver: Canadian Pacific Railway (1) <sup>®</sup>

Hopkins barbotó un juramento, y dándose una palmada en la frente exclamó:

—¡Qué imbécil he sido! Eso debe ser seguramen-

(1) Camino de hierro del Canadá al Pacífico. (*N. de T.*)

te. Ya no nos falta más que averiguar lo que quieren decir J. H. N. He consultado las listas del personal que figuró en Bolsa el año 1883 y no he hallado ningún individuo cuyo nombre correspondiera a esas iniciales. Y sin embargo yo creo que ahí está la clave del enigma. Ese J. H. N. debe de ser el matador, y si logramos convencernos de que los números de este cuaderno son listas de cotizaciones y de operaciones bursátiles, abriremos un camino que nos conduzca al descubrimiento de los móviles que tuvo ese hombre para cometer el crimen.

Yo leí en la mirada de Holmes que esta última observación no le pareció muy descabellada.

—Tal vez tengáis razón, y este cuaderno, el cual no se menciona para nada en el sumario, me ha hecho cambiar de opinión. Ahora debo establecer hipótesis completamente distintas. ¿Habéis encontrado algún documento que os demostrara la existencia de esos valores públicos?

—No. Hemos abierto una información especial para ver quienes son los poseedores de valores americanos, cuyos números correspondan a los señalados en este cuaderno. Pero ya comprenderéis que esto es muy lento y que pasarán bastantes días antes de que tengamos una contestación definitiva.

Holmes volvió á examinar la cubierta gris, ayudándose esta vez con la lupa.

—¡Aquí hay una mancha!—exclamó.

—Sí; de sangre. Se me olvidó deciros que cogí ese cuaderno del suelo.

—¿La mancha de sangre estaba debajo ó encima?

—Debajo.

—Luego eso prueba que el libro cayó después de cometido el crimen.

—También hice yo esa misma observación, señor Holmes. El cuaderno se le debió caer al criminal al huir precipitadamente, lo que por otra parte confirma su situación.

—¿Dónde estaba?

—Cerca de la puerta.

—¿Y creéis que la víctima fuese propietario de estos valores?

—Creo que no.

—Entonces opináis que no se trata de un robo?

—Tal es mi opinión. En el cuarto no faltaba nada.

—Es raro, es raro... Cada vez me interesa más este asunto... me parece haber leído que encontrásteis un cuchillo, ¿es verdad?

—Sí; un cuchillo puñal, metido en su vaina. Estaba cerca de los pies del cadáver, y la señora Carey lo reconoció como de la propiedad de su marido.

Holmes permaneció un rato pensativo.

—¡En fin!—dijo con ademán resuelto.—Me parece que sería conveniente hacer una visita allá abajo, Stanley Hopkins lanzó un grito de alegría.

—¡Gracias, Sr. Holmes! Me quitáis un gran peso de encima.

Holmes sonrió.

—Sin embargo, Hopkins, sin embargo, no creo que pueda hacer ahora tanto como si me hubiérais

avisado en el primer momento. Hemos perdido ocho días.

—¿Entonces?—balbuceó algo apurado el policía.

—No, no hay que desesperar. Yo estoy dispuesto á trabajar de firme. ¿Tenéis algo que hacer, Watson?

—Nada absolutamente.

—En ese caso no me negaréis el placer de acompañarnos. ¿Queréis tener la bondad, Hopkins, de avisar un coche para que nos lleve á la estación?

## II

Dejamos el tren en el apeadero de Forest Row y recorrimos algunos kilómetros en carruaje á través de árboles centenarios. Son estos viejos árboles restos de aquellos tupidos bosques que resistieron tanto tiempo la invasión sajona, y que fueron por espacio de sesenta años un dique contra el impetuoso torrente. Luego, cuando se descubrieron las primeras minas de hierro, se empezaron á talar los árboles para la fundición de metal. Poco á poco la industria se fué extendiendo por toda la parte Norte, y hoy aquel terreno que fué tan frondoso, aparece aquí y allá roto por las amplias excavaciones mineras.

Por fin vimos la casa. Estaba situada en la cima de una colina y se llegaba á ella por un sendero abierto á campo traviesa. Un poco separado del edificio principal y más próximo á la carretera, casi embutido entre árboles, se veía el pabellón trágico.

Primero entramos en la casa. Stanley Hopkins nos presentó á la viuda de la víctima, una mujer flacucha y débil de ojos, constantemente azorados, como si se hubiese cristalizado en ellos el horror de la muerte. Empezó á contarnos la mala vida que le daba su marido, y pronto á su voz se unió otra, la

de su hija, y de la sombra surgió una figura esbelta y pálida, unos ojos que brillaban desafiantes y unas palabras brutalmente francas que decían júbilo por la muerte del padre y bendición y agradecimiento para las manos asesinas. ¡Bien satisfecho podía estar Pedro Carey de su obra y de la huella que había dejado tras de sí!

Cuando salimos al campo nos pareció respirar más á gusto que en la habitación donde las dos mujeres testificaban su odio más allá de la tumba.

Llegamos al pabellón de madera. Era de construcción sencilla, de sencillez primitiva. Tenía una puerta y dos ventanas: una de ellas daba á la carretera y la otra se abría ante la espesa arboleda.

Stanley Hopkins sacó una llave del bolsillo, y al ir á meterla en la cerradura lanzó un grito de asombro y volvió hacia nosotros la cara llena de estupor.

—¡Demonio! ¡Aquí han andado!

Holmes y yo nos inclinamos y vimos que la madera próxima á la cerradura estaba llena de rayas y de cortaduras. Holmes se dirigió á la ventana y la examinó igualmente.

—También han intentado forzar esta ventana—dijo—pero no lo han conseguido. El que fuera no debe tener muchas fuerzas.

—Es raro. Juraría que ayer por la tarde no había estas señales.

—Tal vez sea algún curioso—observé.

—No es probable. ¡Cualquiera se arriesga después

de lo ocurrido á asaltar la propiedad, y, sobre todo, á entrar en el camarote; ¿verdad, Holmes?

—Lo que yo creo es que hemos tenido mucha suerte.

—¿Qué? ¿Os parece que volverá el que ha hecho estas señales?

—Es casi seguro. El vino creyendo que la puerta estaría abierta. Al convencerse de lo contrario intentó abrirla con una navaja. Como no lo consiguió, volverá esta noche con herramientas más poderosas é infalibles.

—¡Ojalá! Y os aseguro que no será culpa nuestra si se escapa. Ahora, si os parece, veremos el interior.

Las huellas del crimen habían desaparecido; pero la disposición interior del camarote continuaba siendo la misma.

Sherlock Holmes estuvo por espacio de dos horas examinándolo todo detalladamente, pero sin que nada, al parecer, le revelara lo más mínimo. Sólo una vez se detuvo, y volviéndose hacia Stanley Hopkins le preguntó:

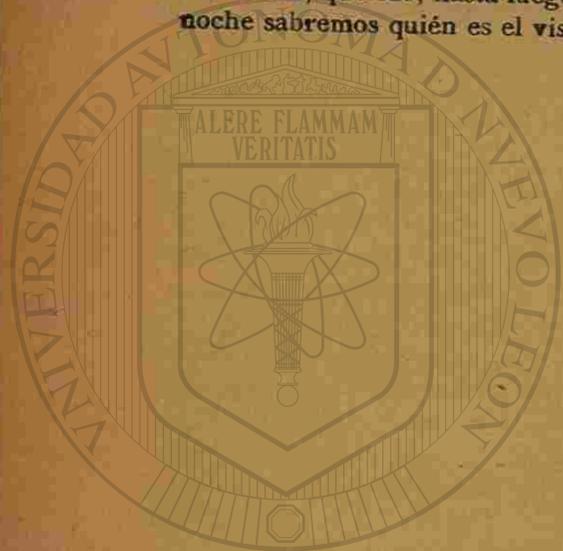
—¿Habéis quitado algo de este estante?

—No; no lo he tocado siquiera.

—Pues alguien lo ha quitado. Fijáos en el polvo. Aquí debía de haber una caja ó un libro. Ahora, si no tenéis inconveniente, el amigo Watson y yo vamos á dar un paseo por el bosque á gozar del aire libre, del vuelo de los pájaros y del susurro de los árboles. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas.

—¿Pero...?

—Nada, querido; hasta luego. Me parece que esta noche sabremos quién es el visitante nocturno.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

A las once de la noche establecimos la emboscada. Hopkins quería dejar abierta la puerta del camarote; pero Holmes se opuso diciendo que esta facilidad tal vez fuera sospechosa al nocturno visitante. Además, la cerradura era poco resistente y con una simple hoja de cuchillo podría violentarse. Nos colocamos, pues, detrás de los primeros árboles del cercano bosquecillo y esperamos pacientemente la llegada de nuestro misterioso personaje.

Fué larga la espera y más de una y de dos veces sentimos el calofrío del cazador en acecho. ¿Qué clase de fiera íbamos á cazar? ¿Sería un profesional del crimen con el cual tendríamos que desplegar todos nuestros recursos y nuestras fuerzas? ¿Sería un tímido chacal, peligroso únicamente para los débiles? Pronto saldriamos de dudas.

Estábamos tendidos boca abajo. En torno nuestro se iba extendiendo el silencio. Las pisadas de algunos trannochadores fueron cesando; las luces de la vecina aldea apagáronse poco á poco, y los aullidos de los perros, de numerosos que eran, cesaron uno á uno. Pasado un rato ya no oía más que de cuando en cuando las horas del reloj de la iglesia cercana

y el ruido de la lluvia fina y tenaz sobre las hojas de los árboles y el cinz de la caseta.

Sonó la media de las dos. Una obscuridad absoluta reinaba en torno nuestro. De pronto aguzamos a oído. Alguien había saltado la verja y avanzaba con pasos táticos jardín adelante. Luego cesaron los pasos y se oyó un chirrido ténue y constante. Estaban forzando la cerradura, y esta vez con más fortuna que la noche anterior. Sonó un chasquido seco y la puerta giró sobre sus goznes. Encendieron una cerilla, y un segundo después el camarote quedó iluminado por la luz de una vela. A través del visillo de la ventana que daba al bosque donde estábamos ocultos, vimos perfectamente la escena.

El visitante nocturno era un joven pálido y delgado, con un largo bigote negro que acentuaba la lividez del rostro. Aparentaba unos veinte años, y yo no recuerdo haber visto en mi vida un hombre en semejante estado de terror. Sus dientes castañeteaban y un temblor continuo estremecía todos sus miembros. Vestía decentemente, con una americana de cuadros y un pantalón claro, y se cubría la cabeza con una gorrita. Dominando su terror puso la vela encima de la mesa y se dirigió á uno de los rincones, desapareciendo de nuestra vista. Al poco rato volvió con un gran libro, y colocándole sobre la mesa, lo hojeó rápidamente, se detuvo en una página y lo cerró con un gesto de disgusto. Luego lo dejó en su sitio y apagó la vela. Ya se disponía á salir cuando nosotros entramos en el camarote, y Hol-

mes, cogiéndole por el cuello, le murmuró al oído unas palabras.

Hopkins encendió la vela y á su luz vimos al joven tembloroso, lívido, que se había dejado caer en un sillón y que nos miraba con los ojos desorbitados por el terror.

—Vamos, vamos, buen mozo—exclamó Hopkins.—No hay que asustarse. ¿Qué demonios hacíais aquí?

El joven, procurando recobrar su sangre fría, contestó:

—Seguramente debéis ser de la policía, y al verme aquí, habéis supuesto que yo he intervenido en el asesinato del capitán Carey. Os engañáis. Yo soy inocente.

—Bueno; eso ya lo veremos. ¿Cómo os llamáis?

—John Hopley Neligan.

Holmes y Hopkins cambiaron una rápida mirada de inteligencia.

—¿Qué hacíais aquí?

—¿Me prometéis guardar el secreto?

—No hacemos promesas de ningún género.

—Entonces no diré nada.

Hopkins se encogió de hombros.

—Como queráis; pero ese silencio no servirá más que para empeorar vuestra situación.

El joven se estremeció.

—Bien, bien, hablaré aunque con ello haga que... ¿Habéis oído hablar alguna vez de Dawson y Neligan?

En el rostro de Hopkins comprendí que era la primera vez que oía estos nombres; en cambio Holmes aguzó su atención.

—¿Os referís á los banqueros del Oeste?—dijo.— Ya sé quienes son. Quebraron por más de un millón, causando la ruina de muchas familias. Neligan creo que...

—Neligan era mi padre—balbuceó el detenido.

Por fin teníamos una pista, aunque no resultara muy clara y lógica de relación entre el asesinato de Carey y la quiebra de los banqueros Dawson y Neligan. Hubo una pausa; después el joven empezó su narración:

—Mi padre fué el único que sufrió con aquella quiebra. Dawson se había retirado ya. Entonces tenía yo diez años, y á pesar de mi poca edad, fué tal la desesperación de mi padre, que no he podido olvidar aquellos días ni los olvidaré mientras viva. Se dijo que mi padre huyó con los valores y eso fué una infame calumnia. Si le hubieran dado un plazo él hubiese cumplido con todos los acreedores; pero se lo negaron y antes de que lo detuvieran huyó á Noruega en su *yacht* de recreo. ¡Nunca olvidaré la noche de la despedida! Nos dejó una lista de los valores que llevaba consigo, jurándonos que no volvería hasta que pudiera rehabilitar su honor. No volvimos á saber más de él. La sombra y el silencio se lo tragaron á bordo de su *yacht*.

Mi madre y yo creímos en un naufragio. En medio de nuestra desgracia nos había quedado un leal

y antiguo amigo de mi padre que, seguro de su honradez, no nos abandonó un solo momento. Por él supimos que algunos de los valores llevados por mi padre habían sido puestos en circulación en el mercado de Londres.

¡Juzgad cuál sería nuestro asombro! Inmediatamente empecé mis pesquisas, y después de no pocas dificultades logré saber que el primer vendedor había sido el capitán Pedro Carey.

Procuré adquirir antecedentes de este hombre, y supe que había mandado un buque que se dedicaba á la pesca de la ballena, y que precisamente en la época en que mi padre emprendió el viaje á Noruega volvía él de los mares árticos.

Como el otoño de aquel año fué pródigo en tempestades, no resultaba disparatada la idea de que el *yacht* de mi padre hubiera sido desviado hacia el Norte, y tal vez hubiera tropezado con el barco del capitán Carey.

En este caso el capitán podría decirme la muerte de mi padre y sobre todo certificar que, quien había negociado los valores no fué mi padre, sino él, evitando con esto un nuevo estigma sobre la memoria del hombre honrado que me dió el sér.

Llegué aquí precisamente al día siguiente del asesinato. El suceso me contrarió muchísimo; pero luego, recordando que los periódicos decían haber sido encontrados en el camarote los libros de á bordo, se me ocurrió que examinando lo sucedido durante el mes de Agosto de 1883 en *La Licorna*, tal vez lle-

gara á saber algo respecto de la desaparición de mi padre. Ayer por la noche intenté entrar por la primera vez sin conseguirlo. Esta noche repetí la tentativa, cogí el libro y he visto que precisamente las páginas correspondientes al mes de Agosto han sido arrancadas. Lo demás ya lo sabéis.

—¿Habéis dicho la verdad?—preguntó Hopkins.

—Toda la verdad.

—¿No tenéis nada más que decirnos?

El joven no pudo ocultar un momento de vacilación.

—No; nada más.

—¿No habíais venido aquí anteanoche?

—No.

—Entonces, ¿cómo nos explicáis esto?—exclamó Holmes, enseñándole el cuaderno manchado de sangre.

El desgraciado dejó caer la cabeza entre las manos y empezó á sollozar.

—Vamos, contestad—continuó rudamente Hopkins.

Neligan levantó la cara y con voz temblona, mojada por las lágrimas, murmuró:

—¿Dónde lo habéis encontrado?... Yo creí que lo había perdido en el hotel.

—Ya véis que os hemos cogido en una falsedad—repuso Hopkins con acento severo. Veremos á ver si sois más explícito con el juez. Ahora váis á seguirme á la comisaría. ¿Vamos, Holmes? Aunque afortunadamente este asunto está ya terminado, sin

que haya sido precisa vuestra intervención, yo os estoy muy agradecido. Os he mandado preparar dos habitaciones en el Hotel Brambletye, de modo que podemos ir juntos hasta el pueblo.

## IV

A la mañana siguiente tomamos el tren, y mientras cruzaban rápidamente á nuestra vista los campos ubérrimos, los árboles copudos y el cielo azul, Holmes y yo charlamos.

—¿Qué opináis de todo esto, amigo Watson?

—Hombre... pues la verdad: no me parece que volvéis muy satisfecho.

—Todo lo contrario, querido. ¡Satisfechísimo!

—Stanley Hopkins...

—Stanley Hopkins, querido Watson, es un imbécil. Me he llevado un solemne chasco con él; le creía de mucho más talento. En todo asunto hay dos hipótesis que seguir: una la favorable y otra la contraria.

—¿Cuál es la segunda en este caso?

—La que yo estoy siguiendo. Tal vez me equivoque; pero estoy dispuesto á ir hasta lo último.

— Cuando llegamos á Baker Street nos encontramos una porción de cartas encima de la mesa. Abrió Holmes la primera, y después de leerla lanzó un grito de triunfo.

—¡Magnífico, Watson! Mi hipótesis se va haciendo certeza. ¿Tenéis ahí impresos de telegramas? ¡Sí! Perfectamente. A ver, escribid; despachos: «Summer, comisionista marítimo, Ratdiff Highway.—Enviadme tres hombres mañana á las diez.—Basil.» Este es mi nombre de guerra. Ahora otro: «Inspector Stanley Hopkins, Lord Street Brixton, núm. 46.—Venid á almorzar mañana á las nueve y treinta. Telegrafiad si no podéis.—Sherlock Holmes.» ¡Ajaja! Esto va tocando á su fin. Ahí tenéis lo que son las cosas, amigo Watson. Hace diez días no dormía pensando en el asunto, ahora ya me tiene sin cuidado.

El inspector Hopkins fué exacto á la cita, y en cuanto llegó nos sentamos á la mesa á hacer los honores al almuerzo que nos había preparado mistress Hudson. El joven *detective* parecía muy orgulloso de su triunfo.

—¿Qué, estáis satisfecho?—preguntó Holmes.

—Ya lo creo. Pocas veces se presentará tan claro un asunto.

—Sin embargo, Hopkins, sin embargo...

—¡Cómo! ¿Pero todavía dudáis, Sr. Holmes.

—¿Y cómo no? ¿Creéis infalible vuestro sistema?

—Infalible, no; pero tengo casi la seguridad de que es el verdadero. El joven Neligan llegó al hotel Brambletye la noche del crimen, diciendo que venía á jugar al *golf*. Su cuarto estaba situado en el

piso bajo, y, por lo tanto, podía entrar y salir sin que nadie se enterara. La noche misma de su llegada fué á Woodman's Lee; vió á Pedro Carey, tuvieron un violento altercado, y, por último, le mató clavándole un arpón en el pecho. Aterrado de su crimen salió huyendo, dejando caer inadvertidamente el cuaderno que había llevado para afianzar las preguntas que pensaba hacer al capitán respecto de los valores de su padre. Recordaréis que en esa lista hay algunas cifras señaladas, sin duda las referentes á los títulos vendidos en Londres. El resto de los valores debían estar, indudablemente, en posesión de Carey, y el joven Neligan intentaba recobrarlos para rehabilitar la memoria de su padre. Después de su fuga dudó unos días en volver para cerciorarse de si dichos valores estaban en el camarote. Por fin se decidió y ya sabéis lo ocurrido. Me parece que todo esto es sencillamente claro.

Holmes sonrió moviendo la cabeza.

—Salvo que todo eso es completamente falso, no está mal. ¿Habéis probado á atravesar un cuerpo con un arpón? No, ¿verdad? Pues debisteis hacerlo, querido colega, debisteis hacerlo. Mi amigo Watson puede deciros que yo he pasado toda una mañana entregado á ese ejercicio, y creedme: no se trata de una cosa muy fácil. Se necesita para ello tener un brazo muy fuerte y una gran costumbre de ello. Ya recordaréis que el golpe fué dado con tal violencia, que la punta del instrumento se clavó en el suelo después de atravesar las carnes. ¿Cómo pudisteis

pensar que un hombre tan débil hiciera una cosa semejante? ¿Era ese el hombre que estuvo bebiendo rom con Pedro Carey? ¿Era acaso su perfil el que vió á través de los visillos el albañil Slater? No, y mil veces no, Hopkins. Suponer lo contrario á lo que os digo, sería negarse á reconocer de día la luz del sol.

El rostro del *detective* se había ido alargando conforme Holmes amontonaba objeciones. Poco á poco se iban desvaneciendo sus esperanzas de triunfo, pero no renunciaría á la lucha.

—Sin embargo, Sr. Holmes, no podéis negarme que Neligan estuvo esa noche precisamente en el camarote; su cuaderno lo atestigua. Vos podéis soñar cuanto queráis; yo me atengo á la realidad de los hechos. Y si no, vamos á ver: mientras vos pensáis en un asesino imaginario é intangible, yo tengo bajo llaves y cerrojos á un hombre abrumado por un sin fin de pruebas. ¿Dónde está ese feroz asesino?

—Me parece—dijo Holmes tranquilamente—que ahora mismo sube la escalera. Creo, amigo Watson, que haréis bien en tener preparado el revólver.

Holmes se levantó, y poniendo encima de la mesa una cuartilla escrita, continuó:

—Ahora ya puede entrar.

Sonaron voces broncas y rudas en el pasillo, y la señora Hudson abrió la puerta, diciendo que tres hombres deseaban hablar con el capitán Basil.

—Que entren uno á uno—contestó Holmes.

Así lo hicieron.

El primero era un hombrecillo de rostro encendido y grandes patillas blancas. Holmes sacó una carta del bolsillo.

—¿Cómo os llamáis?

—Jacobó Lancaster.

—Lo siento mucho, Lancaster; pero la plaza está ya dada. Tomad este medio soberano por la molestia y tened la bondad de pasar á esta habitación y esperar un instante.

El segundo era un hombre alto y delgado, de cabellos largos y pómulos salientes.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó Holmes.

—Hugo Pattius.

—Lo siento mucho, Pattius; pero la plaza está ya dada. Tomad este medio soberano por la molestia y tened la bondad de pasar á esta habitación y esperar unos instantes.

Entró el tercero. Era un hombre hercúleo, con una cara de *boule-dogne* encerrada entre las dos enmarañadas selvas del cabello y de la barba. Bajo las espesas cejas centelleaban dos pupilas negras. Saludó torpemente, y dando vueltas al gorro entre las manos, esperó á que le preguntaran.

—¿Vuestro nombre?—dijo Holmes.

—Patrick Cairus.

—¿Arponero?

—Sí, señor. Veintiséis viajes.

—¿Sois de Dundée?

—Sí, señor.

—¿Qué sueldo deseáis ganar?

—Ocho libras mensuales.

—¿Podéis partir en seguida?

—En seguida; en cuanto tenga hecho mi equipaje.

—¿Tendréis documentos...?

—Sí, señor.

Y sacando del pecho una cartera grasienta se la entregó á Holmes. Este la examinó rápidamente, y devolviéndosela, le dijo:

—Perfectamente. Sois el hombre que necesitaba. Aquí está el contrato. Firmad.

El marino atravesó la habitación, y cogiendo la pluma, preguntó:

—¿Dónde hay que firmar?—dijo inclinándose sobre la mesa.

Holmes dió un salto, y apoyándose en su espalda le abrazó.

—¡Ya está!

Oí chirriar de cadenas y un mugido de toro furioso. Un segundo después Holmes y el marino rodaban por el suelo. La fuerza de Cairus era tal, que á pesar de las esposas que Holmes le había puesto con tanta destreza, no lo hubiera pasado muy bien nuestro amigo á no acudir en su ayuda. Cuando el arponero sintió en las sienés el cañón de mi revólver, comprendió que era inútil toda resistencia. Conseguimos atarle los pies con una soga y nos levantamos los tres resoplando y jadeantes.

—Perdonadme, amigo Hopkins, por haber suspendido tan violentamente el almuerzo—dijo Hol-

mes sonriendo;—pero supongo que almorzaréis con mucho más apetito sabiendo que ya tenemos al criminal, al verdadero criminal.

Stanley Hopkins miraba á mi amigo con ojos desorbitados por el asombro.

—La verdad, Holmes, estoy estupefacto. Ahora comprendo claramente dos cosas: que desde el primer momento me he portado como un imbécil, y que nunca llegaré á ser tan listo como vos. Os confieso, maestro, que todavía, después de ver lo que he visto, no sé cómo lo habéis descubierto todo y cómo habéis logrado que el mismo asesino haya venido á entregarse.

—¡Bah!—contestó Holmes.—No tiene nada de particular. Y esto os servirá para no dejaros engañar otra vez por las apariencias. Estábais de tal modo entregado á la pista del joven Neligan, que no tuvisteis tiempo de pensar en Patrik Cairus, el verdadero asesino de *Pedro el Negro*.

La voz ruda del marino dominó las de Holmes y Hopkins.

—¡Eh! Poco á poco. Una cosa es que me resigne á que me hayáis tratado de este modo y otra el que consienta que falseéis la verdad de los hechos. Se os está llenando la boca diciendo que he *asesinado* á Pedro Carey y no es verdad; yo le he *matado*. Hay alguna diferencia.

—A ver, á ver, tened la bondad de explicarnos eso—repuso Holmes.

—No tengo inconveniente y así se sabrá la ver-

dad de lo ocurrido. Yo obré en legítima defensa. Cuando vi á *Pedro el Negro* abalanzarse contra mí con un cuchillo en la mano, cogí un arpón de la panoplia y se lo tiré con todas mis fuerzas; yo le conocía de antiguo y me constaba que no era hombre que retrocediera ante una muerte. Como véis, no se trata de un asesinato; sin embargo, si se me condena, no os negaré que prefiero morir ahorcado que bajo el puñal de *Pedro el Negro*.

—¿Y por qué fuisteis á verle aquella noche?

—Vaya, voy á contaros la historia de cabo á rabo; pero antes tendréis la bondad de darme una silla. Esta postura es muy incómoda. ¡Ajaja! Mi conocimiento con el capitán Carey no era de ayer. En Agosto de 1883, cuando le encargaron del mando de *La Licorna*, yo formaba parte de la tripulación como arponero auxiliar. Después de algunas peripicias en los mares polares, emprendimos la vuelta á Inglaterra. Teníamos viento contrario y en medio de una rabiosa tempestad Sudeste nos encontramos con un buque naufrago. A bordo de él no había más que un sólo hombre, que no era marino, y nos dijo que la tripulación abandonó el buque desde el primer momento y que debía de haber perecido. Se trasladó á nuestro buque y durante la travesía celebró muchas y reservadas conferencias con nuestro capitán. Todo su equipaje consistía en una caja de hojadelata. Nadie supo su nombre y una noche desapareció del buque. A bordo se atribuyó su desaparición á alguna imprudencia ó á un suicidio; pero

nadie, excepto yo, sabía la verdad. Yo, estando de cuarto una de las noches más oscuras, cerca ya de los faros de Shetland ví al capitán atar una bala á los pies del náufrago y arrojarle por la borda. Callé lo que había visto en espera de los acontecimientos, y cuando llegamos á Escocia ya nadie hablaba del encuentro que habíamos tenido en alta mar ni de la misteriosa desaparición del náufrago. Poco tiempo después Pedro Carey dejó el mando de *La Licorna* y pasaron bastantes años sin que yo lograra descubrir su retiro. Como comprenderéis, yo tenía la seguridad de que el capitán había asesinado á aquel hombre para apropiarse la caja de hojadelata y estaba dispuesto á hacerle pagar caro mi silencio.

Llegué á Londres y un compañero me dió las señas de Carey. Inmediatamente fui á verle, y en nuestra primera entrevista estuvo muy razonable, mostrándose dispuesto á darme una cantidad lo suficientemente crecida para permitirme vivir tranquilamente lo que me restaba de vida. Convinimos en que nos veríamos dos noches después para ultimarle todo. Acudí á la cita y desde el primer momento comprendí que estaba algo bebido, lo cual le ponía de un humor insufrible. Nos sentamos, y mientras charlábamos del pasado, bebimos sendos vasos de rom. Poco á poco su mirada se iba haciendo más amenazadora y había más intervalos de silencio en nuestra conversación. Sabiendo la clase de individuo que era, giré la vista en torno mío y me fijé en una panoplia donde había tres arpones. En caso de ataque me defende-

ría con uno de ellos. Por fin estalló. Le ví sacar un cuchillo y venir sobre mí. Rápido como un relámpago cogí un arpón y, lanzándole con todas mis fuerzas, lo atrevesé. ¡Cristo! ¡Qué grito lanzó! Desde entonces lo oigo constantemente. Permanecí un momento sin saber qué hacer. La sangre salía á borbotones, encharcando el suelo. Arrimé el oído á la puerta; no se oía nada. Me armé de valor, y echando una mirada en torno mío, ví la caja de hojadelata encima de un estante. Como tenía tanto derecho á ello como el muerto, la cogí y salí precipitadamente sin fijarme en que dejaba en el suelo una prueba terrible: mi bolsa de tabaco.

Y ahora llega lo más extraño de esta historia. Al salir del camarote oí ruido de pasos. Me oculté entre los árboles y ví un hombre que avanzaba de puntillas, que entró en el camarote y que salió en seguida con los cabellos erizados y el rostro lleno de terror. ¿Quién era? No lo sé. Yo emprendí la marcha también y en lo que restaba de noche recorrí las diez millas que me separaban de Tunbridge Wells, donde tomé el tren que me dejó en Londres con toda felicidad.

Luego, examinando la caja, ví que no tenía dinero y sí unos valores que nunca me atrevería á vender. Había, pues, perdido toda esperanza de enriquecerme, y me encontraba en pleno Londres sin un céntimo en el bolsillo. Ví los anuncios de una agencia marítima, en los cuales se prometía colocación para arponero en condiciones inmejorables, y

acudí á la agencia, que me envió aquí, en busca del capitán Basil.

Es todo lo ocurrido; y si bien es verdad que he matado á *Pedro el Negro*, la justicia debe tener en cuenta que la he ahorrado el gasto de verdugo y de soga para ahorcarle.

—Perfectamente—dijo Holmes levantándose y encendiendo la pipa.—Me parece, amigo Hopkins, que haríais bien en trasladar á este hombre á un sitio más seguro. Este cuarto no reúne las suficientes condiciones, y además el Sr. Patrick Cairus ocupa mucho sitio.

—No sé cómo expresaros mi agradecimiento, señor Holmes—contestó Hopkins;—pero no he de ocultaros que estoy rabiando por saber cómo habéis descubierto todo.

—Pues sencillamente, porque desde el primer momento seguí la buena pista. Si los periódicos hubieran dado cuenta del descubrimiento del cuaderno, tal vez me habría desorientado como vos; pero no fué así, y me formé mi composición de lugar, fijándome en que todas, absolutamente todos los detalles indicaban la presencia de un marinero: la fuerza Hercúlea, la destreza y seguridad en el manejo del arpón, el rom, la bolsa del tabaco, la calidad de este tabaco, etc. Además, estaba seguro de que las iniciales P. C. que llevaba la bolsa, no eran las de Pedro Carey, puesto que el ex capitán no fumaba, sino las de otro nombre, que por rara coincidencia empezaba con las mismas letras. Recordaréis que os

pregunté si había más licores que el rom en el camarote?

—Lo recuerdo. Y os contesté afirmativamente, asegurando que estaban intactas las botellas.

—Era otro detalle. Ningún inglés, á no ser marino, concede esa preferencia tan exclusivista al rom.

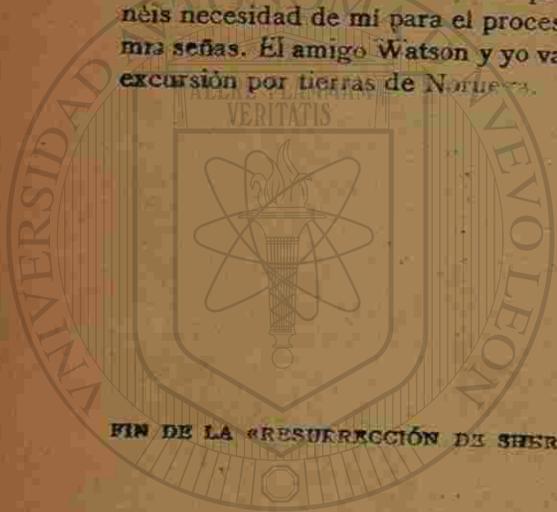
—¿Y cómo descubristeis al asesino?

—Esto era más sencillo todavía que lo anterior. Desde el momento en que tenía la seguridad de que se trataba de un marino, comprendí que tenía que ser alguno de la tripulación de *La Licorna*, puesto que Carey no había mandado ningún otro barco. Puse varios telegramas á Dundée, y por fin obtuve los nombres de todos los individuos que sirvieron en *La Licorna* el año 1833. En cuanto supe que había entre los arponeros un tal Patrick Cairus, di por terminadas mis pesquisas. Seguro de que Cairus no tendría actualmente más deseo que salir de Inglaterra cuanto antes, frecuenté los tugurios, los muelles, las tabernas, todos cuantos lugares visita la gente de mar. Y aquí y allí dejé la convicción de que se preparaba una expedición ártica á las órdenes del capitán Basil, y que la tripulación estaría espléndidamente recompensada. Ya habéis visto el resultado.

—¡Maravilloso!—exclamó Hopkins.

—No; es cuestión de lógica sencillamente—repuso Holmes. Ahora lo que debemos procurar antes que nada es la libertad del joven Neligan. Le debéis un sin fin de excusas, y convendrá también hacerle entrega de la caja de hojadelata. Respecto á los valo-

res que vendió Pedro Carey hay que darlos por perdidos para siempre... Ahí tenéis el coche, querido. Ya podéis llevaros á esta buena pieza. Si acaso tenéis necesidad de mí para el proceso, ya os dejaré mis señas. El amigo Watson y yo vamos á hacer una excursión por tierras de Noruega.



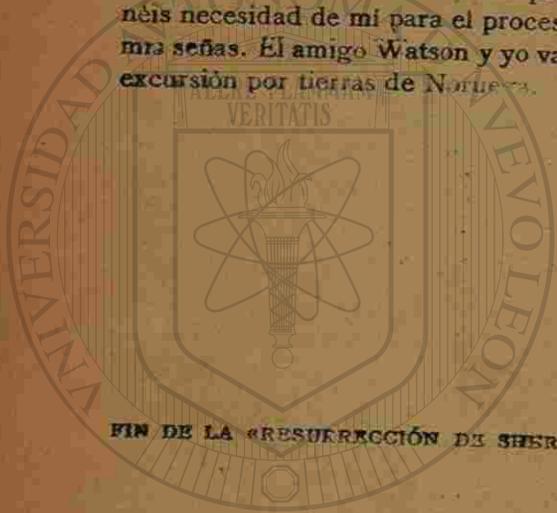
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	<u>Págs.</u>
La casa vacía . . . . .	5
El misterio de Lower Norwood . . . . .	51
Los monigotes . . . . .	99
Un drama de familia . . . . .	147
Pedro el Negro . . . . .	201

res que vendió Pedro Carey hay que darlos por perdidos para siempre... Ahí tenéis el coche, querido. Ya podéis llevaros á esta buena pieza. Si acaso tenéis necesidad de mí para el proceso, ya os dejaré mis señas. El amigo Watson y yo vamos á hacer una excursión por tierras de Noruega.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	<u>Págs.</u>
La casa vacía . . . . .	5
El misterio de Lower Norwood . . . . .	51
Los monigotes . . . . .	99
Un drama de familia . . . . .	147
Pedro el Negro . . . . .	201



UEV

OTEC